

**MIGUEL
MARMOL:
EL SALVADOR
1930-32**

Roque Dalton

Los temas latinoamericanos están instalados en nuestra revista desde el inicio de su publicación. Es consecuencia natural de la pretensión de ser un vehículo de cultura cubana, hoy que ésta se halla definitivamente ligada por la revolución socialista a su destino americano. Esta vez se abordan dos momentos de la revolución: la historia que se traduce en experiencia y en tradición de luchas, y los problemas que la acción actual plantea a los combatientes argentinos; y el análisis social y sus instrumentos desde ángulos y posiciones diversas. Un signo indudable del poder espiritual y el ascenso de una cultura es la capacidad de investigar y de integrar ideológicamente a ella la historia de los movimientos revolucionarios que han precedido a su circunstancia. En la revolución de liberación nacional y socialista se genera la necesidad de una interacción efectiva de investigación y posición ideológica: sólo los que aprenden a cambiar y a comprender la situación actual tienen la posibilidad de abrir caminos para una comprensión e integración de la historia por el pueblo. Se trata sobre todo de liberar el presente del pasado, pero también se va haciendo cada vez más necesario liberar al propio pasado.

En América Latina, una de las formas de prisión del pasado es el olvido. Millones tienen datos de las andanzas históricas de Napoleón, muy pocos reaccionan al estímulo de palabras tales como Farabundo Martí, el "brujo" Hernández Martínez, insurrección salvadoreña de 1932. El relato de Miguel Mármol, revolucionario comunista, nos lleva a los tiempos de la fundación de partidos comunistas tras la huella de Octubre y de la Tercera Internacional, de la tarea ardua de organizar y de aprehender la política correcta, y en el caso salvadoreño, la inmersión en el torbellino de la insurrección popular, y la matanza.

A veces Mármol ofrece reflexiones de entonces o de ahora que dan el sentido profundo de los sucesos; otras muchas, pinta con una anécdota el espíritu de sacrificio, el sectarismo, la incipiente conciencia política, el color local, la eficiencia criminal de la reacción, la necesidad de rescatar la insurrección de 1932 de manos de los asesinos para convertirla en un arma de hoy. El cronista Roque Dalton explica en una breve introducción los datos biográficos del entrevistado y del libro que ha compuesto a partir de su extenso relato —del que forman parte los tres fragmentos que publicamos aquí— y que contendrán también, al publicarse completo, los resultados del análisis que ha hecho Dalton de aquellos acontecimientos. Algunos documentos completan la visión que ofrecemos aquí.

Esperamos contribuir en algo, como fue nuestro propósito con el N° 39 y la revolución cubana del 30, al impulso de los estudios de nuestra historia revolucionaria americana. El auge de ellos acabará con el prejuicio que parcializa y tergiversa —esa otra prisión del pasado— y ayudará a afilar las armas de los combatientes de hoy.

La entrevista de Prensa Latina a dirigentes de organizaciones armadas argentinas ofrece, en las opiniones de los combatientes, el hecho político más importante

de Argentina hoy: la insurgencia armada. Ellos parten del aviso del poder del pueblo y la necesidad de organización para vencer qué significó Córdoba 1969, y piensan su acción en cuanto a la estrategia y las tácticas de lucha, el peronismo y las ideologías que deben hacer viable la liberación argentina, el lugar de la lucha de aquel país en la revolución latinoamericana. Para Pensamiento Crítico —que cumple cuatro años con este número— es más que una feliz coincidencia publicar, como en el primero, análisis de la estructura, el movimiento político, las ideologías en la América nuestra, debidos a estudiosos; y sobre todo, la expresión cultural más importante del continente en las voces de sus protagonistas: la Revolución.

INTRODUCCION

Las páginas que entrego a Pensamiento Crítico y por su medio al pueblo cubano, forman parte de un libro que publicaré en breve Miguel Mármol. Se trata de un extenso testimonio en primera persona, recogido directamente en el transcurso de una prolongada entrevista tenida en Praga en la primavera de 1966, cuando yo desempeñaba funciones como representante del Partido Comunista de El Salvador en la Revista Internacional (Problemas de la Paz y el Socialismo) que se edita en la capital Checoslovaca. Miguel Mármol regresaba del XXIII Congreso del PCUS y se hallaba en Praga para asistir al XIII Congreso del PCCH.

Como apunto en la introducción al libro-testimonio, Miguel Mármol es “una personalidad legendaria entre los comunistas salvadoreños, un comunista muy conocido entre los marxistas y revolucionarios de Guatemala y otros países centroamericanos y un revolucionario totalmente desconocido por los revolucionarios latinoamericanos de hoy. Activista del movimiento obrero salvadoreño desde los años veinte; miembro fundador del Partido Comunista de El Salvador; primer delegado de la clase obrero-salvadoreña a un congreso de trabajadores en la URSS (Congreso de la PROFINTERN celebrado en Moscú en 1930); preso en la Cuba de Machado, acusado de espía, en ese mismo año; participante en los preparativos de la insurrección armada abortada en 1932 en El Salvador; capturado, fusilado y milagrosamente sobreviviente en aquella oportunidad; importante elemento en la reorganización del PCS; recapturado por la tiranía de Martínez en 1934 y mantenido incomunicado y esposado durante dos años; reorganizador del movimiento obrero abierto bajo la dictadura; participante indirecto en los sucesos de abril y mayo del 44 que marcaron el fin de la dictadura martinista; fundador del Partido Comunista y del Movimiento Obrero Organizado de Guatemala; miembro del Buró Político del Partido Comunista de El Salvador y posteriormente del Comité Central (cargo que ostentaba al otorgar el testimonio); preso y torturado por la guardia nacional salvadoreña en 1963, etc., el camarada Mármol es una de las encarnaciones más prototípicas del dirigente obrero y campesino comunista latinoamericano de la que suele llamarse época clásica, época heroica de los partidos que, como secciones de la Internacional Comunista, surgieron y se desarrollaron en la casi totalidad de los países del continente”.

El testimonio de Mármol abarca el período transcurrido entre 1905 (año de su nacimiento) y 1954 (año de la caída del gobierno de Arbenz en Guatemala) y por la actividad vital del personaje es prácticamente una historia (personal, desde luego y por lo tanto, relativamente parcial) del movimiento obrero salvadoreño,

del Partido Comunista de El Salvador y de las luchas revolucionarias del pueblo salvadoreño. Por esta razón el testimonio de Mármol pasa a ser un trozo de la historia del movimiento comunista internacional.

En las páginas que se publican en *Pensamiento Crítico* el testimonio de Mármol se circunscribe a un hecho central: la insurrección armada del pueblo salvadoreño de 1932 y la espantosa represión realizada por el gobierno oligárquico del general Maximiliano Hernández Martínez, como resultado de la cual más de treinta mil trabajadores salvadoreños murieron asesinados. Para mejor situar al lector frente a tan importantes hechos, he creído útil publicar también los fragmentos en que Mármol se refiere a la penetración de las ideas marxistas en El Salvador y los detalles generales de la fundación del Partido Comunista de nuestro país. Se agregan apéndices documentales y notas. Considero que el análisis de los hechos narrados por Mármol, que se relacionan con problemas históricos actuantes en el presente latinoamericano, es indispensable para los revolucionarios salvadoreños y muy importante para todos los revolucionarios latinoamericanos. Independientemente de que el camarada Mármol hace sus propios análisis me he permitido hacer en el inicio del libro una amplia introducción analítica y crítica que influye una explicación sobre la metodología usada para recoger y estructurar el testimonio, el examen político-cultural de la personalidad testimoniante, la ubicación histórica de la etapa a la cual el testimonio se refiere y el planteamiento de problemas, hipótesis de trabajo, posible resumen de experiencias, etc., en relación con los fenómenos testimoniados. No para dar opiniones definitivas sobre los mismos ("la última palabra") sino muy por el contrario, para tratar de comenzar a develarnos innumerables aspectos de nuestro pasado revolucionario, que aparecen sumergidos en diversos tipos de tinieblas. En esta publicación, pues, me limito a dar, sin comentarios, la narración testimonial del camarada Mármol sobre los aspectos puntualizados arriba, remitiéndome, para la discusión de los problemas (de contenido o de forma) que la misma levanta objetivamente, a la introducción analítica aludida que aparecerá en la primera edición del libro.

En la primera parte del material que se presenta, Mármol narra sus experiencias en el seno de la Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños, núcleo del movimiento obrero salvadoreño de los años veinte y principios de los treinta, sobre todo en lo referente a las luchas entre las varias corrientes ideológicas, la llegada de la propaganda y las ideas revolucionarias desde el extranjero, la labor de las primeras escuelas de formación política en el país, el arribo de cuadros internacionalistas para la asistencia ideológico-organizativa, etc., y asimismo los detalles de la fundación y las primeras actividades del Partido Comunista de El Salvador (1930). (Capítulo IV del libro).

En la segunda parte, el testimoniante se refiere a la etapa transcurrida después de su regreso de la URSS, que se caracteriza por el agotamiento de las vías políticas pacíficas para resolver la crisis nacional (particularmente con el fraude electoral anticomunista), la irrupción de la violencia generalizada, la creación de una situación revolucionaria en el país, es decir, la creación de las condiciones para la insurrección armada popular y a las discusiones internas del PC sobre la misma. Se refiere también a su participación personal frustrada en las acciones de la insurrección, o sea a su captura, breve prisión y a su fusilamiento. (Fragmentos del Cap. VI).

En la tercera parte el camarada Mármol hace el análisis del por qué de la insurrección y su fracaso, partiendo de recordar el primer análisis escrito que se hizo sobre este problema general, elaborado en las reuniones clandestinas de reorganización del partido en la zona de Usulután en 1933. (Fragmentos del Cap. VII).

Roque Dalton

I

LLEGADA DEL MARXISMO Y NACIMIENTO DEL PARTIDO

La sede de la Federación Regional de Trabajadores en San Salvador era el centro donde nos llegaba la intensa propaganda internacional de aquella época. Recibíamos materiales de Holanda, Argentina, Francia, Italia, Estados Unidos, México, etc, en los cuales se reflejaban varias tendencias y posiciones que por entonces influenciaban al movimiento obrero mundial. Así llegaban a nuestro país las tendencias reformistas, anarcosindicales, anarquistas y comunistas que se disputaban la hegemonía en el movimiento obrero internacional. Por el carácter gremial de la Federación Regional, la corriente que mayor acogida tuvo en los primeros tiempos fue el anarcosindicalismo, pero también cundió en sus filas el reformismo impulsado por los oportunistas de la II Internacional desde Amsterdam. Sin embargo, con el transcurso de los días, un grupo de carpinteros, sastres, tejedores manuales, zapateros y activistas de la Liga Inquilinaria (que se había desarrollado paralelamente al movimiento sindical) comenzamos a coincidir en las posiciones comunistas, nutriéndonos en los folletos de Losovsky, la propaganda que llegaba desde la URSS, el periódico *El Machete* del Partido Comunista Mexicano, el *Boletín del Buró del Caribe* de la Internacional Comunista, las primeras críticas del camarada Stalin a la colectivización, etc. A estas alturas nuestra Federación Regional estaba ya afiliada a la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA) que también nos prestó gran ayuda moral y material. Con grandes dificultades, a causa principalmente del atraso en el nivel ideológico de todo el movimiento, comenzó a plantearse la lucha por la dirección del proletariado salvadoreño organizado. Desde el punto de vista de su influencia real entre las masas, la regional tuvo éxito desde sus comienzos y rápidamente aglutinó en su seno a los sindicatos de mecánicos, motoristas, textiles, zapateros, panaderos, vendedores ambulantes, carpinteros, sastres, albañiles, barberos, hojalateros, saloneros, ferrocarrileros y, lo que era importantísimo, también a los sindicatos de fincas, que estaban formados por los proletarios del campo y sólo como excepción por los campesinos más pobres, y a los llamados Sindicatos de Oficios Varios, urbanos y suburbanos, como el que nació en Ilopango en el proceso que he narrado antes, es decir, sindicatos mixtos tanto por las diversas ramas de la producción de las cuales provenían los afiliados como porque en ellos entraban indistintamente obreros urbanos, artesanos y proletarios agrícolas. Por aquel entonces llegamos a tener en la regional unos 75 000 afiliados (el número de trabajadores que movilizábamos e influenciábamos era aún mayor) que casi en un sesenta por ciento eran jóvenes. La lucha ideológica, precisamente por su nivel primitivo, tomaba, en ocasiones numerosas, los cauces más violentos y no era nada raro que en las sesiones sindicales se llegara a las manos y se apoyaran los puntos de vista a puras trompadas. También salían de vez en cuando a relucir

los cuchillos. Y hasta más de alguna pistola. En uno de esos bochinches al Dr Salvador Merlos lo iban a matar a puñaladas por una intervención suya muy atinada y se salvó únicamente porque los que para entonces ya nos creíamos comunistas, actuamos magníficamente lo defendimos de la agresión y lo pudimos sacar del local y ponerle fuera de peligro. La enconada lucha entre las corrientes en el seno de la regional nos convenció de la necesidad de que, persiguiéndose la unidad y la estabilidad de la organización, alguien debería ser arrojado por la ventana. Ni pensábamos en que podía ser posible una conciliación parcial o total. De manera que, en espera de las batallas siguientes, nos preocupábamos por pertrecharnos ideológicamente en el menor lapso posible. A estas alturas comenzamos a leer al camarada Lenin, que fue quien verdaderamente nos abrió los ojos hacia las nuevas formas de organización y hacia las nuevas actitudes personales y colectivas que la revolución y el movimiento obrero necesitaban en los nuevos tiempos. Leímos poco de Lenin, lo que pudimos conseguir. Pero por lo menos conocimos **El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo, La revolución proletaria y el renegado Kautsky**, etc. Hacíamos en derredor de las obras de Lenin, vida de lectores y discutidores, por así decirlo. Y es que Lenin es un mundo inagotable de enseñanzas del cual, desgraciadamente, repito, sólo pudimos conocer en aquellos tiempos pequeños folletos, artículos, fragmentos, etc. Por ese entonces comenzamos asimismo a ser atendidos por el movimiento obrero y revolucionario internacional. Con ese objeto llegaron al país camaradas de experiencia y preparación como Jorge Fernández Anaya, de la Juventud Comunista Mexicana; Ricardo Martínez, del Partido Comunista de Venezuela, a quien le decían "Rolito" y había sido activista del movimiento sindical reformista dependiente de Amsterdam, pero que luego había evolucionado hasta las posiciones revolucionarias, leninistas, ganando gran prestigio y autoridad, por cierto; Jacobo Jorowics, marxista-aprista del Perú, en el tiempo que el Apra no era aún la bacinica que fue después y sigue siendo. El camarada Rolito nos fue utilísimo aclarándonos los problemas de la composición social de la población del campo. Jorowics impartía economía política, particularmente para aclararnos el concepto de la plusvalía y su significado fundamental en el proceso de toma de conciencia revolucionaria de los proletarios explotados. Y Jorge Fernández Anaya trataba los problemas de organización. La revolución salvadoreña tendrá siempre una deuda de gratitud con estos camaradas que con tanto esfuerzo y abnegación sentaron en muchos de nosotros por lo menos las bases conceptuales para afrontar la lucha de clases en forma científica. Claro que es menester aclarar y decir que aún antes de la llegada de estos valiosos camaradas extranjeros, nosotros habíamos hecho por nuestra cuenta varios intentos de formar la escuela de educación comunista. El primer intento se hizo en torno al bachiller Alfredo Díaz Nuila, que tenía algunos conocimientos marxistas, fruto de sus estudios en el extranjero. El nos explicaba a un grupo de trabajadores las lecciones contenidas en **El ABC del Comunismo**, de Bujarin. Era un amigo muy buena gente y muy cordial con todos nosotros, pero no acabó de calar en nuestro medio de proletarios ya excesivamente golpeados por la vida. Puede ser que hayamos sido demasiado exigentes con él. Finalmente se retiró de aquella actividad educativa por las presiones de su familia, especialmente de su señora madre. Con el maestro Francisco Luarca, conocido como "El Indio" Luarca, medio poeta y medio compositor mafferreriano y soñador, hicimos el segundo intento en 1928, pero con este compañero, que clasistamente estaba más cerca de nosotros que el bachiller Díaz Nuila, había el problema puro y simple de que no era marxista. Aún más: desconocía hasta los rudimentos del marxismo-leninismo. Era un radical de anhelos revolucionarios,

SOCORRO ROJO INTERNACIONAL
SECCION DE EL SALVADOR

SECRETARIADO DEL CARIBE
40 EAST 11TH STREET, ROOM 430
NEW YORK CITY, U. S. A.

CARNET DE MIEMBRO

Nombre *Sisto Diaz*
 Grado *Hempstenger*
 Local *B. de Polanco*
 Ciudad *San Juan*
 Departamento *Sourashtra*
 Pais *El Salvador*
 Fecha de ingreso *14 de Oct. de 1931*
Antonio Quilizapa
 Firma del Sio. del Grupo

CUOTAS PAGADAS

Cuota mens *2.00*

En	En	En	Ab.	My.	Jun.	1931
	As.	St.	Oc.	Ny.	Dic.	
En	Feb.	Mi.	Rb.	My.	Jun.	1931
	Ag.	St.	Oc.	Nv.	Dic.	

CUOTA DE INGRESO \$10.00
 El Secretario de Fin del Grupo debe firmar en cada cuadro mensualmente.

De *A* Transfido *A*

Nombre *Sisto Diaz* Grupo *Hempstenger*
 Ciudad *San Juan* Ciudad *San Juan*
 Pais *El Salvador* Pais *El Salvador*

muy honesto y muy apasionado, muy "salvadoreño", pero nada más, y por lo menos nos ayudó a elevar el espíritu de los jóvenes sindicalistas que asistíamos a sus cursos, cursos que no eran sino una mezcla muy divertida de literatura y sociología rudimentaria, en donde las figuras cumbres eran el sinvergüenza de José Vasconcelos y José Enrique Rodó Alfonso Rochac, que luego llegaría a ser Ministro de Economía de El Salvador y que ha sido uno de los cuadros más inteligentes en cuestiones de organización económica con que han podido contar el imperialismo yanqui y la oligarquía en nuestro país —para dar al César lo que es del César—, llegaba a meterse frecuentemente en aquellas intentonas nuestras de estudio organizado, pero sólo participaba para confundirnos y embrollar los problemas. Repito que se trata de un hombre muy inteligente, no me ha cabido nunca la menor duda de eso, pero ya desde entonces tenía una mañosidad rara para darle vuelta a las cosas claras. Nos quería imponer el gusto por la literatura romántica, por el gusto de la forma, dejando de lado las cuestiones de contenido. Decía que Vasconcelos era mejor que Rodó porque manejaba la forma literaria con más calidad. Un día me regaló un libro encauchado en blanco poesía romántica. Esa fue la oportunidad precisa para plantearle de una vez por todas mi inconformidad con sus posiciones. Y no porque a mí me desagradara la poesía romántica, al contrario, ella siempre me hizo vibrar, nunca fui sordo para un buen poema, inspirado, profundo, sino porque de lo que se trataba en aquellos momentos era de centrarnos en una tarea exclusiva y excluyente en el terreno del estudio y la discusión, es decir, la tarea de formar ideológicamente a un grupo de obreros y artesanos casi analfabetos que se enfrentaban con grandes insuficiencias a las durezas extremas de la lucha social. Todo lo que fuera diferente a este propósito y diversionista con respecto a las necesidades fundamentales que enfrentábamos, hacía daño y había de ser combatido frontalmente. Ya fuera la poesía romántica o las discusiones sobre el fondillo de la reina de España. Algunos compañeros decían inclusive que yo exagera y que era de un sectarismo que daba miedo, pero aquel choque con Rochac sirvió mucho para poner las cosas en su lugar y guardarnos de maniobras, sirvió inclusive para que el profesor Luarca subrayara muchísimo más, en sus charlas, los aspectos políticos, sociales y hasta organizativos. Precisamente desde este punto de vista puede decirse sin exagerar la nota que el indio Luarca incluso desde posiciones literario-sentimentales, pudo hacernos ver el poder de la asociación, de las formas organizativas en el seno de una sociedad. En las excursiones que hacíamos por el campo, costumbre nacida en Ilopango pero que ampliamos en el seno de la militancia sindicalista en San Salvador, Luarca nos mostraba la armonía de la naturaleza, los insectos, las flores. Y siempre hallaba punto de comparación para una anécdota de contenido positivo para nosotros. Entre tantas y tantas anécdotas tuyas, yo recuerdo especialmente algunas que han sobrevivido a las brumas del tiempo. Por ejemplo, la anécdota de la serpiente y los zancudos. Hubo una vez, en una charca, una enorme serpiente que se comía a cuanto zancudo llegara a beber agua o a poner huevos en la shuquía. Como eso no podía seguir así —decía Luarca—, el más inteligente de los zancudos pidió audiencia a Dios y fue a suplicarle que eliminara a la serpiente para que sus hermanos zancudos pudieran seguir viviendo. Dios no quería intervenir en los problemas de sus criaturas, pero por no dejar, aceptó hacer algo y le lanzó una pedrada desde el cielo a la serpiente. Pero la pedrada de Dios apenas le golpeó la cola a aquel animal y los zancudos incautos que siguieron llegando al charco fueron devorados. Entonces el zancudo inteligente organizó a sus compañeros en guerrillas. Mientras unos le picaban los ojos, otros atacaban por la panza y otros por el chunchucuyo, hasta que al fin la ser-

piente tuvo que irse para el carajo y dejar el charco y para acabar de joder agarró un paludismo de tembladera que la mató bien matada. La moraleja era que cuando surge la organización hasta los zancudos pueden hacer de Dios con todo y piedras. Otra anécdota era la de la rana y el conejo. Resulta que ambos decidieron hacer una carrera para ganar un gran premio que iba a dar el rey de la selva o sea el puma. El conejo tenía todas las de ganar porque es muy veloz y en cambio la pobre rana sólo puede dar saltos de vieja afligida. Pero entonces la rana habló con sus compañeras ranas y les pidió que se colocaran en gran número a lo largo del camino real, señalado como ruta de la competencia. A cada cerrar de ojos del conejo, una rana se ocultaba y otra nueva salía de su escondite de la orilla de la ruta y le decía: "Apúrate, conejo lento, que adelante estoy". Hasta que el vanidoso conejo terminó por agotarse y las ranas, que aquel creía eran una sola, ganaron el premio. Estos cuentecitos de Luarca los recogíamos, los escribíamos y los publicábamos en la prensa obrera de entonces. La mera verdad es que nos ayudaron mucho para afilar la ingeniosidad en las tareas organizativas. Luarca nos sensibilizó mucho el espíritu sin necesidad de hacernos escoger, como quería Rochac, entre lo bonito y lo práctico, pero de todos modos no era esa educación la que exactamente necesitábamos entonces. Así se organizó un tercer grupo de estudios dirigido por el profesor Juan Campos Bolaños, migueloño. El había leído un poco de marxismo, pero su verdadera base estaba en Gustavo Le Bon y otros por el estilo. También este grupo se dispersó y era natural: la fugacidad mayor o menor de estos grupos se debía principalmente a la falta de capacidad de su dirección. Sin embargo, jugaron un gran papel, tuvieron un gran valor, fundamentalmente porque agruparon en una labor común, aunque fuera una labor temporalmente fallida, precisamente a aquellos trabajadores que ya para entonces nos sentíamos comunistas o anhelábamos ser comunistas y queríamos crear las condiciones para serlo de una manera consciente y organizada. Del seno de esos grupos de estudios, precursores y primitivos, salimos por lo menos conocedores de la crítica y la autocrítica como método de discusión y avance entre revolucionarios y además, como aprovechábamos las reuniones para discutir también los problemas concretos del movimiento obrero, gran parte de las líneas y directivas sindicales comenzaron a salir estructuradas de ahí, o sea, del grupo "comunista". Perfectamente conscientes de nuestra propia debilidad ideológica y política, de nuestra incapacidad para impulsar hasta donde era necesario la educación de nuestros incipientes cuadros y de nosotros mismos, pusimos los ojos en el extranjero. Si el sistema de la opresión y de la explotación es internacional, ¿por qué los obreros van a ser tan estúpidos de depender exclusivamente del nivel nacional? Primero fuimos a un panificador llamado Calixto para que fuera a estudiar sindicalismo a México y luego, como ya dejé dicho arriba, comenzaron a llegar los cuadros del movimiento internacional para ayudarnos. Esta fue la forma definitiva de acabar con la educación sindical y revolucionaria improvisada que, con todo y lo bien intencionada, no era propiamente marxista y menos aún leninista. Esa educación improvisada para los trabajadores se había iniciado en El Salvador allá por 1920, en el seno del Centro Cultural Obrero "Joaquín Rodezno". Recuerdo que yo asistí irregularmente a ese centro cuando comencé a trabajar en San Salvador, porque mi maestro Gumercindo me pagaba las clases. En ese centro, el animador principal fue el profesor Francisco Morán, que daba charlas sobre los soviets y sobre las brillantes perspectivas universales de la revolución bolchevique, sobre lo que los rusos iban a hacer de su patria liberada. En ocasiones, hablo siempre de la primera parte de los años veinte en estos momentos, algún espectador bien intencionado le decía al profesor Morán que tuviera cuidado con lo que decía pues

posiblemente habría en el auditorio más de algún policía secreto u "oreja" Entonces don Chico tronaba y decía: "No le tengo miedo a los leones, contímás a los ratones".

La consigna revolucionaria mundial en el seno del movimiento obrero era entonces la de arrebatar la dirección a los reformistas y a los anarcosindicalistas. A estas alturas, mi maestro Gumercindo Ramírez, el tal Raúl B. Monterrosa, unos obreros de real mérito humano y gremial apellidados Tejada y Soriano, y el famoso orador proletario Joya Peña, se habían vuelto reformistas y tataratas. Los expulsamos en 1928. No fue tarea fácil porque a pesar de sus posiciones regresivas mantenían el prestigio que les había conseguido su pasado y eran respetados todavía por la masa, pero con el peso a nuestro favor de las organizaciones suburbanas, principalmente las de Ilopango y cercanías, los fregamos por completo. En 1929 se llevó a cabo el V Congreso de nuestra Federación Regional y los que nos considerábamos ya comunistas tomamos la dirección regional del organismo. Para entonces, habiendo sido desplazados los reformistas en la forma mencionada, la pelea central se planteó con los anarcosindicalistas. Yo quedé encargado de las finanzas de la Federación con el apoyo de los "comunistas" y el de los anarcosindicalistas, pero cuando éstos vieron que en el desempeño de mi cargo yo no me plegaba a sus posiciones y no hacía concesiones a su línea, como había sido su esperanza cuando me apoyaron, tomaron venganza: acordaron dejar de pagar sus cuotas y comenzaron a desarrollar una campaña de sabotajes financieros entre la base para debilitar nuestras posibilidades como dirección. En las condiciones económicas tan precarias en que se encontraba la federación, aquel sabotaje nos hizo un daño tremendo y fue la causa de enormes sacrificios por parte nuestra y de la masa que nos seguía firmemente. El dueño del local en que habíamos instalado nuestra sede nos hizo desalojar por morosos y a puras penas logramos conseguir los fondos para trasladarnos a otro local, situado frente al parque Belloso. Aquí el problema tomó otro carácter: como la lucha ideológica era tan subida de tono y degeneraba en frecuentes escándalos, muy poco tiempo pasó sin que los propietarios nos quitaran el nuevo local. De nuevo nos encontramos con que debíamos mudarnos, pero esta vez no podíamos pagar otro local porque la caja estaba vacía. Hicimos un extraordinario esfuerzo de financiamiento en el cual cada quien dio lo que tenía, ya fuera en dinero en efectivo, objetos personales, animales domésticos para vender, joyas humildes de las mujeres, boletas de empeño, ropa, zapatos usados, muebles, etc. En una sola jornada reunimos cien colones, que eran suficientes para alquilar una casa que el Dr. Enrique Córdoba padre tenía en ofrecimiento. Entre angustias y esfuerzos de este tipo, fuimos empujando y consolidando la línea revolucionaria dentro del movimiento obrero salvadoreño, hasta hacerla por sí misma motor de desarrollo de todo el movimiento de masas del país.

Por esa época asimismo comenzó nuestro movimiento obrero a hacerse representar en diferentes conferencias y congresos internacionales. El obrero David Ruiz fue así a Washington para participar en el V Congreso Panamericano de Trabajadores. Gumercindo Ramírez y Raúl Monterrosa habían ido antes de su expulsión a representarnos al Congreso de la CROM en México y habían venido muy bien impresionados por el movimiento revolucionario y anticlerical de aquella etapa de la revolución burguesa mexicana. Pero la concurrencia más importante fue la que hicimos a la I Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina que se realizó en Montevideo con posterioridad a una reunión de la CSLA, en 1929, si no

me equivoco. Los delegados salvadoreños a la reunión de la CSLA fueron invitados a la conferencia de los partidos y recibidos en ella como "grupo comunista salvadoreño". Ellos eran Serafín G. Martínez, mecánico, que muriera fusilado a mi lado en el año de 1932; José León Flores, del sindicato de zapateros, que luego hizo estudios económicos y llegó a ser cónsul de El Salvador en Nueva York y conocido hombre de negocios en nuestro país; y Luis Díaz, carpintero. Ninguno de ellos era comunista entonces y el único que llegaría a serlo formalmente sería Luiz Díaz, quien por cierto fue elegido en su oportunidad Secretario General del primer Comité Central de nuestro partido, es decir, cuando éste se fundó, en 1930. Sin embargo, cuando regresaron al país, hicieron un importante trabajo de divulgación de las consignas de la conferencia en las fábricas de San Salvador, en los sindicatos gremiales y en la Empresa de Electricidad. La cosa no llegó a más entonces porque el grueso de la actividad de la regional se dedicaba al trabajo organizativo en el campo y las zonas suburbanas, donde como ya he dejado esbozado, habíamos penetrado con una profundidad sin precedentes en la historia nacional. Por aquellos días, recuerdo, se dieron algunas ocupaciones de tierras por parte de los campesinos y peones, entre ellas la invasión a la finca "Turín" y a los terrenos antiguamente ejidales que se había robado la familia Salaverría. Un cura dominico, el padre Díez, español oscurantista y fanatizante, denunció a la regional como una organización sovietizante. Así llegamos a la preparación del VI Congreso de la Regional, en un ambiente de polémica y hostigamiento. Todavía teníamos problemas económicos agudos por la actitud de sabotaje de los disidentes anarcosindicalistas e inclusive pasaba que, por no estar claro en la mente de importantes sectores de masa quién tenía la razón en la disputa interna, muchos sindicatos se abstendían de pagar su cuota esperando mayor claridad. En aquellas condiciones, la convocatoria para el nuevo congreso fue un golpe de audacia por parte nuestra, porque debido a la insistencia mía, la regional se comprometió a pagar los gastos de concurrencia y estancia a los delegados de las zonas rurales, que por cierto eran mayoría. El VI Congreso fue un éxito. Pero es que para entonces ya había algo nuevo en el movimiento revolucionario salvadoreño: ya había surgido nuestro Partido Comunista.

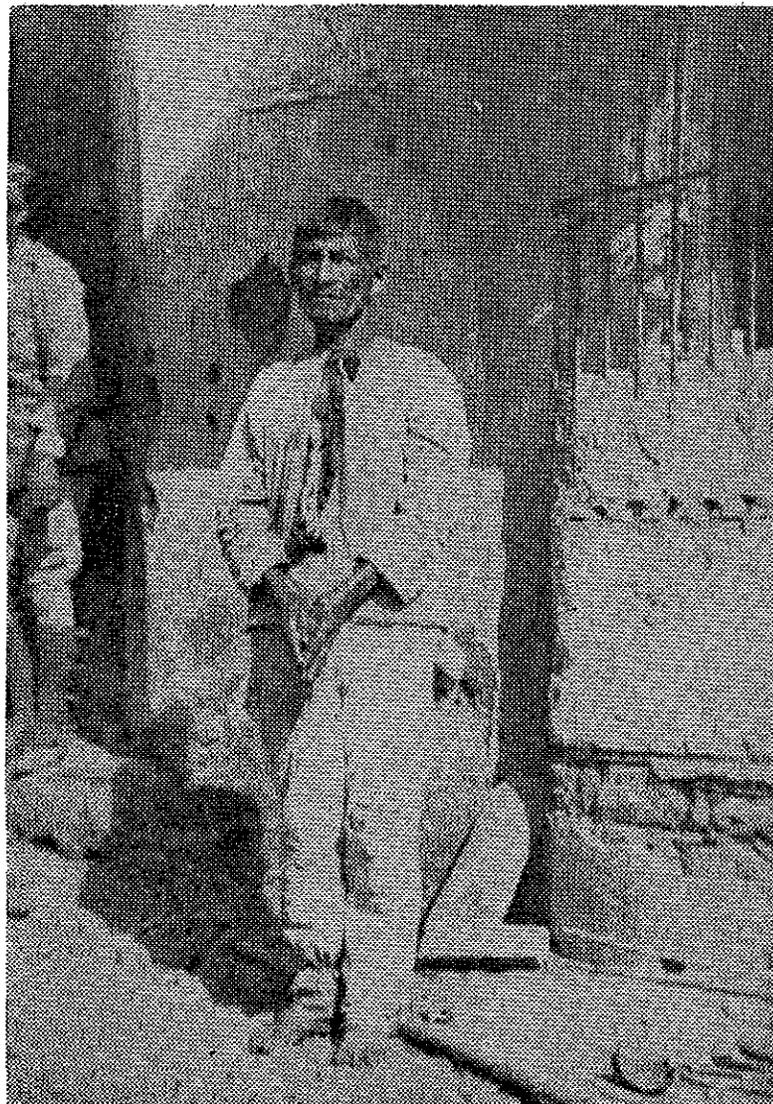
Hasta 1929, los obreros en el terreno político éramos simples juguetes de los partidos electoreros. Los estudiantes universitarios hacían un tipo de oposición al régimen que yo calificaría de chocarrero, destinada únicamente a poner en ridículo al gobierno de turno, sin profundizar en las causas básicas de los problemas del pueblo. Era una oposición satírica, de caricaturas, carrozas bufas, bromas y tomaduras de pelo. Esa oposición, en definitiva, favorecía al régimen social injusto, le daba al descontento popular una válvula de escape totalmente inofensiva. Aprovechándose de su innegable influencia entre las masas, principalmente en las ciudades grandes, los estudiantes universitarios proponían además a través de los diversos partidos electoreros a los candidatos que se les antojaba, aunque fueran los más descalificados, política y moralmente hablando. Los estudiantes decían que actuaban así "por joder". Por estas vías es que llegaron a ser alcaldes de San Salvador individuos como el Dr. Antonio Romero, un borracho consuetudinario, y el famoso Severo López, apodado "Talapo", que era verdaderamente un pícaro de siete suelas. Es natural que ante tal bochornoso espectáculo fuera reforzándose en la mente de la clase obrera la idea de que era conveniente contar con un partido político propio, que defendiera los intereses específicos de nuestra clase en todos los terrenos. El núcleo revolucionario, el de los que nos sentíamos comunistas, al cual pertenecíamos un número cada día mayor de compañeros, estaba aún más

claro frente a este problema: sabía que ese partido solamente podría ser el partido marxista-leninista, el Partido Comunista. La idea pasó a concretarse más y más y tuvo las condiciones para su realización definitiva con la llegada del joven comunista mexicano Jorge Fernández Anaya, que al mismo tiempo de llegar a El Salvador para trabajar en la atención teórico-política del movimiento sindical, vino a servirnos, objetivamente, de enlace con el movimiento comunista internacional.

En marzo de 1930 se citó para la reunión de constitución del Partido Comunista Salvadoreño. Fueron convocados a ella los cuadros más destacados, más firmes, más revolucionarios del movimiento obrero y sindical de aquella época. No forzamos la historia patria cuando decimos que nuestro Partido Comunista es hijo de la clase obrera salvadoreña, pues entre nosotros no se dio el caso, ocurrido en otros países, de que el PC se organizara primeramente en el medio universitario o entre la intelectualidad pequeño burguesa. Nuestro PC salió de las entrañas mismas de la clase obrera, de nuestro movimiento sindical, como una forma superior, política, de organización de clase. Los cuadros intelectuales que dieron los apotes principales en el aspecto teórico, fueron cuadros ya formados por el movimiento obrero mundial. La intelectualidad pequeño burguesa salvadoreña propiamente dicha jugó un papel de precursora del partido con la divulgación de algunos elementos de la ideología comunista, pero su papel directo en la creación del partido, en los momentos de su fundación, fue escaso. En el futuro inmediato sí sería muy importante la penetración de los pequeños burgueses, por lo menos de los pequeños burgueses de origen, en el seno del partido. Para bien y para mal. Pero esto se verá un poco más adelante.

Con ayuda de los pescadores del lago de Ilopango, se encontró un lugar adecuado, discreto, para la reunión de constitución del partido: una playa oculta por el follaje de los árboles, en las cercanías de Asino. Los asistentes a la reunión seguramente iban a ser confundidos con los grupos de paseantes que, en las tardes calurosas, llegaban hasta aquellos lugares para comer y beber, tomar fresco y bañarse. La casa de habitación de quienes íbamos a pasar a ser comunistas de verdad, es decir, organizados, eran muy pobres: ranchitos de adobe, cuartuchos en algún mesón barato etc., y no constituían lugar seguro para una reunión tan importante como aquella. Entre amates y almendros, pues, se instaló la reunión de nuestro partido de clase.

No pasábamos de treinta o treinta y cinco personas, pero ahora yo considero que hasta muchos éramos si tomamos en cuenta que, por ejemplo, los camaradas chinos fundaron su gran partido partiendo de una reunión de cincuenta personas. Después de concienzudas discusiones acordamos dejar fundado el Partido Comunista Salvadoreño y pasamos a elegir el Primer Comité Central. La memoria me falla en detalles, pero puedo decir que entre los miembros del Comité Central que resultaron elegidos entonces, estaban los siguientes camaradas: Luis Díaz, carpintero, que pasó a fungir como Secretario General; Luis López, albañil; profesor Víctor Manuel Angulo, Secretario de Organización; profesor Juan Campos Bolaños, Secretario de Propaganda; etc. Estos dos profesores fueron los dos primeros intelectuales en el seno del CC, aunque la verdad que a esas alturas estaban ya sumamente proletarizados e inclusive trabajaban como obreros y no como profesores. Había asimismo en el CC secretarios de finanzas, de asuntos sindicales, de asuntos campesinos, culturales, etc. Después de esta elección alguien planteó el



problema de organizar especialmente a los jóvenes comunistas y de responder a nuestras obligaciones internacionales fundando y echando a andar la sección salvadoreña del Socorro Rojo Internacional, la organización de ayuda y defensa del proletariado mundial, en la lucha antiimperialista que producía tantas víctimas de diverso tipo presos, muertos, heridos, procesados, perseguidos, torturados, viudas, hijos abandonados, enfermos, desempleados, etc. Se aceptaron ambas proposiciones. La dirección de la Juventud Comunista Salvadoreña quedó integrada por los camaradas de apellido Belloso y Sorto, ambos tipógrafos, un muchacho zapatero llamado Ladislao cuyo nombre completo se me escapa, el zapatero José Umaña, quien es policía, "oreja", en la actualidad; el carpintero José Centeno, quien luego fue becado para ir a estudiar a la Unión Soviética, donde pasó unos años, regresando después de los acontecimientos del año 32 a Cuba, donde se quedó a vivir, perdiendo todo contacto con nosotros. Tal vez se podría preguntar a los camaradas cubanos si se supo o se sabe algo de él. Yo mismo fui electo como secretario de organización de la J.C. Como responsables del Socorro Rojo Internacional quedaron los camaradas José Ismael Hernández, zapatero, y Balbino Marroquín, albañil. Desde luego que la fundación del Socorro Rojo no tuvo como fin únicamente el de responder a nuestra obligación internacional, como he dicho que fue introducida la proposición en aquella reunión, sino que principalmente para enfrentar las necesidades de la lucha que avizorábamos llena de víctimas de la reacción y del imperialismo. El Socorro Rojo se hizo cargo de canalizar nacionalmente no sólo la ayuda y la solidaridad internacional con nosotros sino, y en medida principal, la ayuda que a las víctimas de la represión burguesa daba el pueblo salvadoreño en general, incluidas las capas de la pequeña burguesía y de algunos sectores menos maleados de la burguesía. La Juventud Comunista por su parte tuvo como objetivos inmediatos la penetración en los medios universitarios y la organización de los obreros jóvenes. Asimismo, fue la encargada principal de la penetración comunista en el ejército, cuya masa fundamental estaba formada por el campesinado joven, reclutado forzosamente.

Ni en el partido ni en la juventud existió en aquel entonces la organización celular. Los organismos de base eran comités locales de ocho, doce, quince y hasta veinte personas, pero prácticamente podían crecer sin límites, y que si bien estaban supeditados a una dirección departamental y a la dirección nacional, tenían un gran radio de acción autónoma sobre todo en su organización interna y en el trabajo en su localidad. Optamos por este tipo de organización, no por ignorancia de los principios leninistas de estructura del partido, pues a esas alturas, sobre todo a través de las revistas argentinas que nos llegaban, hasta de memoria conocíamos los esquemas de una organización celular, sus ventajas y sus fines. Pero por el nivel político específico de la masa obrera salvadoreña, por sus características, el comité local se adaptaba mejor que la célula a nuestras necesidades de rápido crecimiento.

A partir de entonces, de la constitución del Partido Comunista, el movimiento revolucionario salvadoreño se fortaleció multiplicadamente en todos los frentes de la vida nacional, presentando un carácter orgánico sin precedentes, una gran claridad de miras y objetivos y un elevadísimo espíritu de combate. Pero, desde luego, como consecuencia de ese auge popular, la represión del enemigo también multiplicó su crueldad. A medida que los mítines y manifestaciones se celebraban en todo el país, el número de perseguidos, de encarcelados y apaleados crecía. La lucha por la libertad de los presos, el reclamo proveniente de las fuerzas solidarias

en el mundo, eran nuevos medios para elevar la conciencia de nuestro pueblo y hacer que nuestra batalla diaria trascendiera hasta el conocimiento del movimiento obrero internacional y formara parte de la actividad por la revolución mundial |

La dirección de la Federación Regional estaba en manos de los "comunistas" y a partir de marzo de 1930 pasó a estar en manos de los comunistas. Carlos Castillo, que era un dirigente del partido, aunque no recuerdo si formaba parte del Comité Central, pasó a ocupar el cargo de secretario general de la Federación. De Castillo hablaré más adelante pues a su respecto hay cosas que se deben decir y hay cosas que no sé si se deben decir. Aunque en el seno de la federación quedaron militando varios núcleos influenciados por el reformismo y el anarcosindicalismo, nuestra línea partidaria pasó a encarnarse en la acción y el programa de la misma. Es más, el programa y las tesis de los comunistas comenzaron a prender en las más amplias masas populares y no sólo en el marco del movimiento obrero organizado. Yo creo que esto se debió a que habíamos comenzado a actuar en la política nacional partiendo de nuestras necesidades concretas, de las condiciones específicas de El Salvador, aunque nuestra visión cada día se nutría más de la concepción científica del marxismo-leninismo y de la experiencia internacional. Aunque fuera de manera primitiva y vaga, teníamos ya la idea de la importancia que tiene para la revolución conjugar las posibilidades reales del país en el seno del amplio marco internacional. Dentro de esa manera de comprender la tarea organizativa político-revolucionaria, nuestro partido se proponía encabezar al pueblo unificado en torno de un gran objetivo la realización de la revolución democrática-burguesa. Yo creo que esa consigna era justa en aquella época y que nuestros pasos organizativos y agitativos se ajustaron a ella en forma bastante positiva. Después de tomar en nuestras manos la dirección del movimiento obrero organizado luchamos por su unidad y su fortalecimiento y sólo cuando estuvieron dadas estas condiciones por lo menos en la medida mínimamente necesaria, fue que pasamos a insistir en nuestro programa revolucionario, cuya realización presuponia ineludiblemente la toma del poder político por parte del pueblo salvadoreño. Se equivocan rotundamente quienes nos acusan de haber levantado la consigna de la revolución democrático-burguesa en forma mecánica, por consigna recibida de la IC. Es verdad que aquella era la consigna general de la época para los países dependientes y semicoloniales, pero en nuestro caso ello surgió del análisis de nuestras condiciones. No es cierto que con ese planteamiento nuestro partido trataba de mediatizar a una burguesía que no existía. Estábamos en un país que ya había entrado en la segunda fase de su desarrollo industrial, independientemente de sus muchos resabios. ¡Y entonces no existía el poderío del campo socialista como hoy! No podíamos, sin caer en la irresponsabilidad plantear de una vez las nacionalizaciones, la reforma agraria profunda o el desarrollo no capitalista de la economía como se puede hacer ahora por ejemplo en Africa. La revolución democrático-burguesa tendría que haber operado entre nosotros como un concepto bastante limitado, circunscrito a sus características más esenciales, y aún éstas habrían tenido que ser modificadas en la práctica para resultar óptimas en el seno de la débil estructura económica y de clases del país. Tuvimos el cuidado de no desligar esta consigna general, de la lucha diaria por las demandas más urgentes de los trabajadores y los campesinos, buscando despertar en el pueblo la confianza en sus propias fuerzas, medio para mí insuperable de la formación de la conciencia revolucionaria. Nuestros errores, incluso los errores debidos a nuestro estrecho sectarismo, no fueron de estrategia, de consignas generales como esta de la revolución y su carácter. Creo que esto quedará claro cuan-

do yo entre a analizar los hechos de la insurrección del 32 Repito que, eso sí, huimos como el diablo de las consignas huecas. No escatimábamos los motivos más cotidianos para movilizar a las masas. Por ejemplo, en el campo llevábamos a los peones y colonos a la concepción de la revolución democrático-burguesa, con las amenazas de huelga contra los patronos o con la realización efectiva de esas huelgas, hasta por la obtención de tortillas más grandes en el rancho diario, por mayor cantidad de frijoles en cada tiempo y la inclusión del café en dicho rancho, por la abolición de las tiendas de raya y el sistema de fichas en las haciendas, por aumentos de salarios y mejor trato, por la reparación o renovación por cuenta de la hacienda de los ranchos de paja en que los colonos vivían, etc. Los frutos de esas formas de lucha en cuanto a acercar la masa a nuestra línea programática general no se hicieron esperar. Y tampoco se hicieron esperar en el terreno de la obtención de reivindicaciones laborales, lo que aumentaba la confianza de la gente en los métodos de lucha que nosotros proponíamos. En la hacienda "Aguas Frías", para el caso, propiedad de la familia Sol, situada en los alrededores de Santa Tecla, después de algunos días de planteada la huelga, la patronal cedió, aumentando los salarios, de 37 centavos diarios a un colón. Lo mismo pasó en la hacienda "Colombia" y en otras. Hubo una huelga de gran repercusión, dirigida, como todas las demás, por nosotros, contra la empresa constructora del balneario "La Chacra" y los tanques de Holanda, en San Salvador. Pararon en su trascurso novecientos trabajadores y se ganó un aumento del 50 por ciento en los salarios. Recuerdo que ahí tuvo gran lucimiento el entonces camarada Carlos Castillo. Perdimos una huelga muy batallada contra la empresa pavimentadora de San Salvador, pero ganamos las demandas de rebajas de alquileres en los mesones y las tarifas del alumbrado eléctrico, demandas que fueron apoyadas con grandes campañas de masas. En Santa Ana triunfamos también consiguiendo rebaja en las tarifas eléctricas, pero el triunfo fue sólo aparente pues la empresa se las ingenió para reducir al mismo tiempo que los precios, las horas de servicio. Yo digo que las empresas eléctricas de El Salvador han sido unas de las mayores chupasangres de nuestra historia.

Toda esta actividad representaba, desde el punto de vista personal, sacrificios enormes. La miseria era espantosa, el desempleo era feroz. Coníamos cuando se podía y andábamos sucios y casi harapientos. El secretario general del partido tuvo que meter de cocinera a su mujer en una casa de gente rica y como él no tenía ni para comer diariamente, con frecuencia iba a esperarla cerca de la casa a fin de que ella le diera las sobras de comida que hubiera podido recoger en la cocina. O sea, ni más ni menos que lo que los salvadoreños llamamos "la papelada". Yo y mi familia y el camarada Ismael Hernández y la suya, nos amontonamos en un pequeño cuarto de mesón que parecía corral de cerdos, porque no nos alcanzaban los centavos para más éramos en total siete personas, tres niños y cuatro mayores. Nuestras mujeres vendían frutas por la mañana y por la tarde hacían tamales también para vender, a fin de sobrellevar la situación y a fin de que los hombres nos pudiéramos dedicar por completo al trabajo organizativo y revolucionario.

Con el año de 1930 se había abierto un nuevo período electorista. El Partido Constitucionalista, que postulaba para presidente de la república al Dr. Miguel Tomás Molina, me ofreció un cargo como propagandista con un sueldo mensual de 150 colones. Por cierto que fue la señora madre de los hermanos Marín, los que serían héroes y mártires en la insurrección cívico-militar de 1944 contra Martínez, quien me hizo el ofrecimiento en nombre del propio Dr. Molina. Otro partido

político, no recuerdo cuál, hizo el mismo tipo de ofrecimiento a Ismael Hernández. Decidimos, por insistencia de Ismael, consultar al partido qué hacer frente a tales ofrecimientos, sobre la base de que mi opinión era desde el principio la de que no debíamos aceptarlos porque eso significaría ponerse al servicio de la farsa electoral de la burguesía, aún cuando en ella participaran personas más o menos limpias, como podía ser el caso de Molina. El secretario general del partido, camarada Luis Díaz, compartió mi opinión y nos dijo que primero estaba el prestigio del partido, que los comunistas debíamos cuidar nuestro honor sobre todo en un medio como el salvadoreño, en el cual, por ejemplo, la gente se da cuenta de que una muchacha era honrada a partir del momento en que se hace público que ha metido la pata Luis Díaz le quitó así todas las dudas a Ismael.

Claro, al lado de la inevitable miseria y de estos afanes para mantener la verticalidad de conducta de los comunistas, también surgían entre nosotros diversas actitudes exageradas extremistas, y pueriles. Por ejemplo, la ola de lo que yo llamo "proletarismo estúpido" nos hizo mucho daño entonces y después. Prácticamente era considerado como un crimen el uso de la corbata por parte de los comunistas. Yo tuve que botar mis camisas de cuello porque sólo en camiseta era uno bien recibido entre los compañeros. En caso contrario caían sobre uno las burlas, las cuchufletas y en ocasiones hasta los insultos. En lugar de cinturón de cuero llegué a usar una pita de cáñamo para sostener los pantalones. Desde luego que esto era incomprensible para nuestras familias y para muchos compañeros. Hubo militantes abnegados que nos manifestaron sus dudas ante aquellas actitudes. "Por la gran chucha, camaradas, ¿quiere decir que para ser comunistas tenemos que llegar a ser los más pobres y andar todos jodidos?". La presión de mis hermanas (que por cierto nos ayudaban económicamente para medio comer y para pagar la renta del cuarto del mesón) era la más insistente, ellas no comprendían por qué siendo nosotros obreros jóvenes, fuertes y hábiles, pasábamos tanta miseria. Un día que llegó mi mamá a casa de mi hermana mayor en momentos en que yo estaba también allí, mi mencionada hermana me dijo en tono dramático y emocionante "Hoy que está aquí mi mamá, quiero que digas de una vez en frente de ella lo siguiente: ¿a quién quieres más, a esas tonterías en que andas metido o a mi mamá?" "Yo quiero mucho a mi mamá —le contesté, mirándola fijamente— pero estas tonterías en que ando metido son cosas necesarias para todos y alguien tiene que hacerles frente. Mi mamá me ha hablado siempre de los grandes hombres y me los ha diferenciado de los traidores. También me ha hablado de los sufrimientos de la Virgen María, la madre de ese revolucionario que era Cristo. Aquí estamos hablando nosotros tres y sé que nos queremos mucho, pero yo estoy luchando por millones de hombres, que tienen millones de mamases y millones de hijos y millones de esposas y millones de hermanos y hermanas. ¿Qué dirían ustedes si el general Sandino bajara del Chipotón y se rindiera a los gringos por complacer a su mamá?" Mi madre me vio fijo a los ojos y luego se volvió a mi hermana y le dijo: "Ve, Pilar, yo lo he parido a éste y sé que sus sentimientos son buenos, a pesar de que yo no entiendo nada de lo que dice". Mi mamá había recibido una gran impresión hacía poco con la muerte de mi tío Feliciano Mármol, su hermano más querido, quien en su lecho de muerte le había dicho: "No desdeñen a Miguelito, yo lo comprendo. Esa actividad en que anda metido lo va a llevar a la muerte, pero se trata de una actividad muy grande y muy digna, en la que sólo participan los mejores de entre los mejores".

De cuando en cuando mi mujer me contaba que algún pariente de ella o alguna amiga de confianza le aconsejaba que me abandonara, porque conmigo no había porvenir. Yo le respondía que quienes tal cosa le decían tenían toda la razón del mundo y que posiblemente se lo decían por su bien, pero que así era la triste vida de un soldado de la revolución y que yo no podía ponerle remedio a nuestra pobreza sin dejar de ser un hombre honrado. Ella me quería mucho, como quiere la mujer a su hombre, y yo la quería a ella también mucho, como quiere el hombre a su mujer. Con la juventud y el amor disimulábamos hasta el hambre y mi mujer rechazaba los consejos sensatisimos de la gente. Eso sí, yo siempre le advertí que cuando ella decidiera otra cosa, que fuera sincera y leal conmigo porque el amor es una cosa que se puede acabar en cualquier momento, pero sí queda la lealtad como lazo común entre las personas, se puede superar cualquier circunstancia o se puede resolver de común acuerdo acerca de un camino mejor para ambos. Lo que sí jode todo es la mentira.

No se vaya a creer que estas miserias eran las únicas penalidades que pasábamos los revolucionarios de entonces. Cuando en varias ocasiones he dicho que la represión se multiplicaba no lo he hecho por hacer frases. Lo que pasa es que no me gusta insistir tanto en este aspecto de las persecuciones que sufrimos porque esta *no es una narración de aventuras, sino simples anotaciones de mis recuerdos más generales* en lo que de útil tengan o puedan tener para la juventud revolucionaria de hoy. Y porque yo sé que a los revolucionarios de verdad nunca les ha gustado insistir demasiado en sus desgracias. Pero la verdad es que todo el odio y la saña de la burguesía y de sus títeres de turno se derramaba sobre nosotros cada día más. Ya durante los últimos meses de 1929 y durante 1930 yo tenía que usar varios escondites y refugios para huir de la policía y hasta me vi obligado en varias oportunidades a disfrazarme. Mi refugio principal seguía siendo Ilopango porque allí la gente me conocía más y me protegía mejor. Y luego, pasaba que las autoridades, sobre todo la guardia y la policía tenían un personal intercambiable que no se quedaba mucho tiempo y por lo tanto no llegaban los esbirros a conocerlo a uno a la perfección. Los campesinos de los alrededores me hicieron un pequeño subterráneo y en él trabajaba a cualquier hora con mi máquina de escribir, haciendo octavillas, manifiestos, documentos, etc. Unos niñitos, hijos de comunistas, eran mis centinelas y avisaban la proximidad de la guardia o de simples peatones con una campanita o con el estallido de unos cohetillos que yo mismo les compraba. Se divertían ellos y me ayudaban mucho a mí. En las ciudades grandes, sobre todo en San Salvador, sí que tenía que andar con pies de plomo. En una ocasión tuvimos una cita en el Parque Centenario con Carlos Castillo. Hablamos unos minutos y nos separamos. Al tratar de salir nos vimos rodeados por la policía. A Castillo lo capturaron pero yo pude escaparme. Cuando lo volví a ver me dijo que lo habían soltado después de un interrogatorio acompañado de una santa paliza. Luego, la casa de nuestras mujeres, digo, la casa de la mujer de Ismael y la de la mía, estaban permanentemente vigiladas. Los policías llegaban a fingir ser borrachos que dormían la mona en plena calle, para ver si me sorprendían. Pero siempre me les pude zafar e inclusive me las arreglaba para ver a mis criaturas, que siempre han sido la debilidad de mi corazón. Una vez logré penetrar en mi casa pensando que no había vigilancia en los alrededores. Mi hijito estaba gritando como un loco porque se *había cagado en los pañales* y no estaba la mamá en la casa. Cambiándole los pañales estaba cuando por la ventana alcancé a ver que la policía estaba rodeando la casa. Con gran dolor de mi alma tuve que dejar a mi hijo todo cagado y me escapé.



THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
LIBRARY

por el techo, por una parte desentejada que había. Después me fui caminando por los techos de las casas vecinas hasta poder saltar hacia una vía férrea y me perdí en el monte. Otra vez que estaba escribiendo un manifiesto contra Araujo, me sorprendieron tres policías. Pero conmigo estaban dos camaradas jóvenes y fuertes que demostraron estar dispuestos a romperse la madre con los cuilios. Estos salieron corriendo con intenciones de pedir refuerzos y nosotros aprovechamos para escapar. Un vecino, que era guatemalteco, que ni siquiera era amigo de nosotros, pero que suponía en lo que andábamos y se dio cuenta del conato de escaramuza, entró al cuarto nuestro, tomó la máquina de escribir y los materiales y lo colocó todo en el asiento del cochecito de su niño, sentando a éste, lleno de pañales, encima de todo el bulto. De inmediato llegó un grupo grande de policías pero ellos ya no hallaron nada en la casa. Luego el guatemalteco, usando siempre el cochecito como transporte, nos llevó la máquina y los documentos a un lugar donde le avisamos que lo esperaríamos. Había gran simpatía popular en favor nuestro. Incluso una vez que me escapé de las manos de la policía, saliendo de un refugio que tenía en las inmediaciones de la Maestranza General del Ejército por un albañal de aguas negras, resultó que vine a desembocar en una calle pavimentada y de mucho tránsito y cuando los vecinos del lugar me vieron salir, creyeron que era algún ladrón fugitivo y me quisieron capturar. Pero cuando les dije que yo era simplemente un obrero perseguido por razones políticas, me abrieron paso, me señalaron una ruta segura y hasta me dieron dinero.

Y ni se diga nada de nuestros militantes. Existía un alto nivel de disciplina tanto en el partido como en la juventud y también en amplios sectores del movimiento sindical. Puede ser que se haya caído en extremismos de rigidez, pero la verdad es que a base de disciplina y de ejemplo fue que la unidad revolucionaria y proletaria fue pronto un hecho. La puntual asistencia a las reuniones era una exigencia permanente y seria, así nos tocara a los dirigentes recorrer a pie decenas de kilómetros a monte travesía. En una ocasión yo tenía que dirigir una reunión de pescadores al otro lado del lago. Como estaba lloviendo a mares, los riachuelos habían crecido mucho y hubo uno que era imposible de atravesar a pie. El tiempo pasaba y yo no hallaba cómo hacer para seguir. Primeramente pasó una carreta con los bueyes medio desbocados y el carretero luchaba por controlarlos. Cuando le dije tímidamente que si por favor me llevaba encaramado en la carreta para atravesar el río, el hombre, con la cabeza puesta exclusivamente en su problema con los bueyes descontrolados, me mandó a la mierda. Cuando pasó otra carreta ya yo le hablé al carretero con tono de autoridad: "Alto ahí". Y me llevó, por miedo. Luego, por la pena y porque era lo único que llevaba, le di una peseta. Llegué a las cinco de la mañana a la reunión y los pescadores no estaban reunidos. Pero cuando llegaron los primeros, con la seguridad de que no iba a haber reunión ni nada por el estilo, se avergonzaron de ver que yo ya estaba allí y fueron corriendo a traer a los demás y la reunión fue una maravilla. Eso enseñaba: el dirigente, así llueva, truene o caigan rayos del cielo, debe cumplir siempre con la masa y darle ejemplo.

Claro que también metíamos la pata. Ya dije del proletarismo estúpido. Creo que la peor manifestación de aquella actitud fue la destitución de su cargo en la dirección del partido de quien fue el primer secretario general, el camarada Luis Díaz, quien siempre fue un comunista. Sucedió que en una manifestación muy combativa que se llevó a cabo en Santa Tecla y en la cual participaron unas doce mil personas, hubo varios muertos y heridos por la brutalidad policíaca y numero-

Los camaradas nuestros cayeron presos batallando contra las fuerzas represivas. Entre ellos cayó preso el camarada secretario general. Fueron procesados y recluidos en la penitenciaría local. Pero resultó que en esa ciudad había una señora millonaria de apellido Guirola, doña Violeta creo que se llamaba, la cual había hecho una promesa a la Virgen del Carmen en el sentido de que si curaba a un niño enfermo que ella tenía, iba a cumplir con una obra de caridad anual. Como el cipote se curó, la señora se sintió obligada con la Virgen del Carmen y una vez al año llegaba hasta la penitenciaría y regalaba a cada preso un sobrecito con un billete de a peso adentro. La cosa era ya una tradición y cuando llegaba el día de la caridad de doña Violeta, la dirección del penal no andaba preguntando el parecer de los presos sino que de una vez los formaba en el patio y ahí pasaba la vieja repartiéndoles los sobrecitos. En esa ocasión que cuento le tocó también su sobrecito de a peso al secretario general del Partido Comunista Salvadoreño. Cuando éste contó el hecho, sin darle importancia, a unos camaradas que le visitaron el siguiente domingo, éstos se indignaron y pusieron la queja al Comité Central y este organismo acordó destituir a Luis Díaz de la dirección del partido "por haber aceptado limosnas de la oligarquía".

II

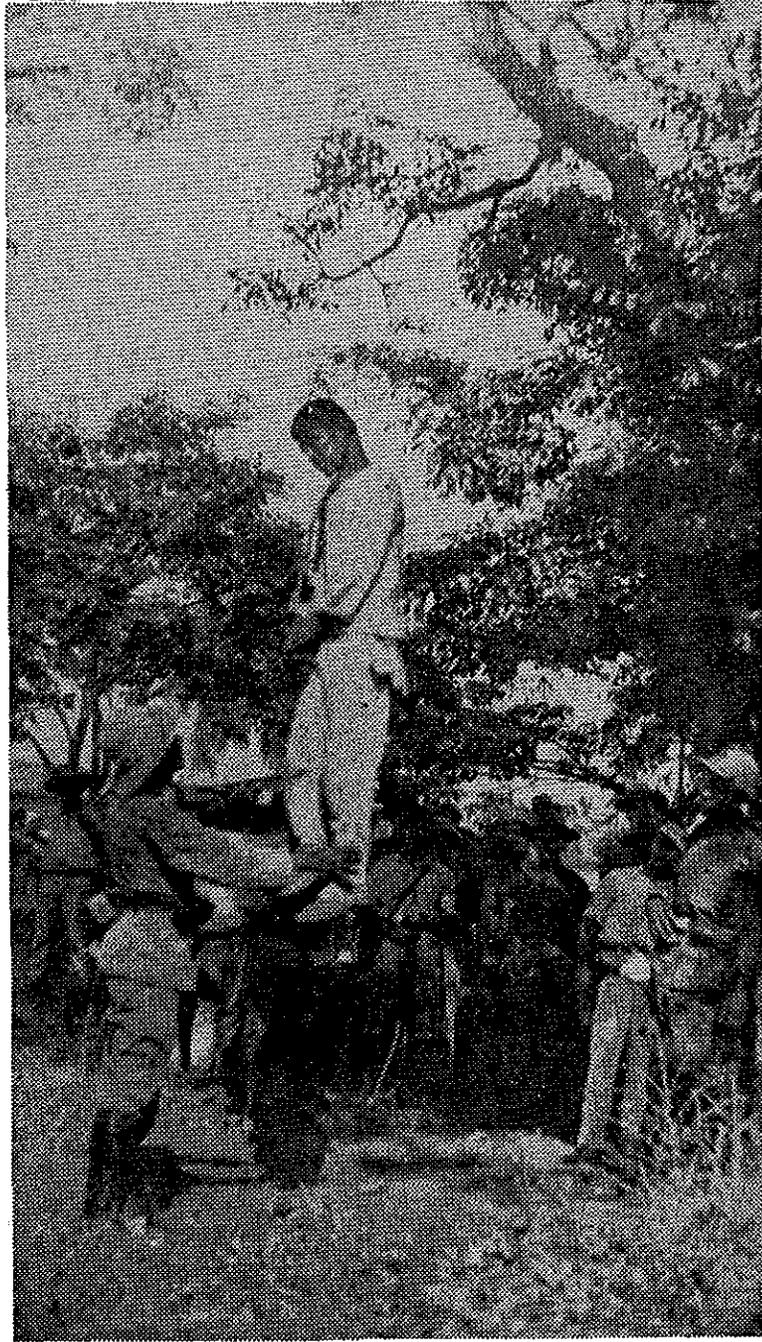
COMO SURGE UNA INSURRECCION

Como es fácil entender por estos relatos, no hay derecho para que los jóvenes comunistas de hoy digan olímpicamente que todos nosotros éramos hombres de arraigada mentalidad artesanal. Aunque estrictamente hablando es cierto que la mayoría de nosotros (hablo de los cuadros dirigentes) éramos artesanos, la vida que hacíamos era de revolucionarios proletarios. Lo que pasaba es que nosotros no permanecíamos mucho tiempo trabajando en un mismo taller porque la presión del trabajo de masas, el excesivo trabajo político, nos lo impedían. Los patronos no nos tenían confianza como trabajadores estables. Y es que efectivamente, no íbamos a perder el tiempo haciendo un par de zapatos de señora en los momentos en que era necesario producir un manifiesto. Por eso pensamos en el pequeño taller propio, para ganarnos la vida y conservar la independencia. En el período de luchas al que me vengo refiriendo yo trabajé según recuerdo, después de salirme del taller del maestro Angulo, en los establecimientos de Luis Rivas; en "La Elegancia", de Cirilo Pérez, contiguo al Primer Regional de Infantería; en la zapatería de un señor llamado Prudencio, que era de Zacatecoluca y quien por cierto lloró cuando me tuve que ir para otra parte; e incluso en la zapatería de don José Enrique Cañas, que fue un excelente patrón conmigo, que en varias ocasiones me ocultó de la policía y que fue quien me regaló el par de zapatos con que hice el viaje a la URSS. Pero entre taller y taller, y entre taller y la lucha, yo no tenía la mentalidad artesana de estar pensando en el taller propio, en la maquinita por la maquinita. Repito: si uno pensaba en tener su tallercito era por la libertad que éste daba de trabajar sin horario y poder dedicarse a conveniencia al trabajo político. Si algunos de nosotros tuvimos nuestro taller en esa época fue por razones tácticas y no por ser artesanos pequeño-burgueses. Así fue en el caso mío, en los casos de Ismael Hernández o de León Ponce. Además había otras razones fuera de la del tiempo libre: el taller lo encubría a uno. Como dueño de taller uno pasaba a ser el maestro don

Miguel Mármol, lo cual era más estimado por la generalidad de la gente que eso de ser el compañero Mármol, el operario Mármol. Y eso no denotaba arribismo de ninguna especie. Se trataba nada más de aprovechar las mejores condiciones para penetrar en círculos más amplios. Desde luego, hubo un momento en que la represión llegó a un nivel tan agudo que nuestros tallercitos tuvieron que ser abandonados en manos de compañeros no quemados, o de una vez cerrados. La represión no era localizada, se efectuaba en todo el territorio nacional. Yo trabajaba en perfeccionar mis métodos para eludir la acción de la policía, al grado de que en esta etapa de intensa persecución solamente una vez caí preso. Fue a principios de 1931, durante las actividades de la campaña electoral en que nosotros participamos. Ocurrió en ocasión de un mitin de masas en Juayúa y caímos Chico Sánchez (el dirigente campesino de Izalco que sería fusilado en el año 32) y yo. La guardia nacional nos retuvo en las cárceles locales y nos amenazaron con matarnos, a pedimento, según ellos, del alcalde Emilio Radaelli, que moriría por cierto en las acciones del 32. En esa ocasión las masas de Juayúa protestaron en forma violenta y las autoridades tuvieron que soltarnos. La gente se dispersó y entonces nos volvieron a capturar. Pero las masas volvieron y nos tuvieron que soltar de nuevo. Es conveniente detenerse un poco en lo de estas elecciones, pues ellas estuvieron muy ligadas al estallido de la insurrección popular. Las elecciones para diputados y alcaldes a que me voy a referir ya fueron bajo el gobierno de Araujo, que había subido al poder con apoyo popular pero que se había desprestigiado rápidamente. El proceso electoral sería interferido por el golpe de estado que derrocó a Araujo, organizado y de inmediato aprovechado directamente por el archicriminal general Maximiliano Hernández Martínez. Estas elecciones significaron el cierre de toda solución pacífica para el problema político salvadoreño de aquella época. ¿Por qué fue que los comunistas participamos en aquellas elecciones? En realidad nosotros no hicimos sino recoger una inquietud de las masas. Las condiciones en todo el país eran terribles desde el punto de vista económico porque la crisis mundial del capitalismo estallada en 1929 azotó a nuestro país en forma especialmente perturbadora. En el campo la situación era en extremo miserable, había hambre de verdad y una auténtica desesperación entre las masas campesinas. Estas masas comenzaron a intensificar su labor política canalizando sus inquietudes hacia nuestras filas. Y bastó apenas esta primera expresión política del campesinado y de los peones agrícolas para que la burguesía y el gobierno, para que los terratenientes y sus aparatos de poder, iniciaran la violencia contra el pueblo. En realidad hubo violencia organizada de la burguesía contra las masas trabajadoras de El Salvador desde 1930. Los terratenientes incendiaban los sembrados de los campos pobres y medianos, echaban el ganado en las milpas de los colonos y los aparceros, usaban el despido masivo contra el proletariado rural como medio para descargar la crisis en el lomo de los trabajadores, creando además un clima de terror físico en el cual los crímenes a nivel individual fueron innumerables. Las fuerzas represivas del gobierno colaboraban en la creación de este clima, pues bastaba la menor denuncia de los terratenientes contra los trabajadores para que se castigara a éstos sin misericordia. La represión más aguda por aquel entonces fue la que se dio en la finca "Asuchillo", en el Departamento de La Libertad, a principios del año 31. Sucedió que se convocó a una reunión del sindicato de esa finca para discutir sobre los problemas de la crisis económica. El dueño de la finca prohibió la reunión y llamó a la guardia nacional. Llegó un destacamento de este cuerpo que disparó contra la gente reunida y hubo muchos muertos. Con ese motivo, Farabundo Martí salió de la clandestinidad y fue a entrevistarse con el presidente Araujo, pero no logró ningún entendimiento.

con el mandatario laborista Farabundo se violentó e insultó al presidente. En la calle lo capturaron y lo enviaron a la prisión pero Farabundo se declaró inmediatamente en huelga de hambre, como en su detención anterior. Veintisiete días estuvo el negro Martí en huelga de hambre y veintisiete días estuvo el pueblo salvadoreño en las calles peleando por su libertad. Hubo una gran agitación en la prensa alrededor de la prisión de Martí y de los actos de masas y el desprestigio del gobierno araujista se multiplicó. Este desprestigio, desgraciadamente, fue capitalizado por los enemigos políticos burgueses del gobierno de Araujo y abrió las posibilidades de maniobra al astuto y zorro ministro de la guerra de aquel régimen debilitado, el general Martínez, que había sido candidato a la presidencia en las elecciones que le dieron el triunfo a Araujo. En todo caso, la lucha por la libertad de Martí culminó exitosamente, ya que se decretó su libertad ante la presión de las masas. ¡Y pensar que hay más de un escritor salvadoreño revolucionario que ha tratado de reducir este hecho a un incidente provocado por el negro Martí pasado de copas, pateando al presidente Araujo y encarcelado por tan ridícula circunstancia! No era Martí el único preso político del país. Las cárceles retumbaban de gente y los destierros estaban a la orden del día. La violencia oficial comenzó a generalizar en las masas un nivel de respuesta cada vez más adecuado. Grandes combates de masas e incluso choques frontales contra el ejército y la guardia nacional, se daban en Sonsonate, Santa Ana y otros lugares del país. Por ejemplo el 17 de mayo de 1931 hubo en Sonsonate una concentración popular en favor de la libertad de Martí. Contra ella intervino violentamente la caballería de Santa Ana conjuntamente con tropas del regimiento de Sonsonate y se armó la de Dios es Cristo, una masacre tremenda. Mataron a diez o doce compañeros y hubo decenas de heridos graves, golpeados, presos. Frente a esa violencia, la masa y no el partido, comenzó a plantear a través de los sindicatos y otras organizaciones, el deseo de la batalla a la burguesía en las elecciones para diputados y alcaldías municipales. El Partido Comunista no había participado en las elecciones presidenciales que dieron el triunfo a Araujo y que tienen la fama, no del todo falsa, de haber sido las únicas elecciones verdaderamente libres que se han dado en El Salvador en este siglo. Por eso al viejo zorro de don Pío algunos le siguen llamando "el padre de la democracia salvadoreña". En aquellas elecciones habían participado varios otros candidatos, tales como Claramount, Enrique Córdova, Miguel Tomás Molina, el general Martínez, etc. Las masas habían elegido a Araujo. Y a pesar del golpe de estado que se veía venir las masas no estaban convencidas de que la vía electoral estuviese agotada sino todo lo contrario. En ese tiempo, el control de una alcaldía permitía el control completo del gobierno local, policía municipal, funcionarios judiciales, etc. Las masas creían plenamente que un cambio de autoridades en el aparato administrativo resolvería realmente muchos problemas. Era una verdadera necesidad de las masas que se planteaba en las concentraciones en forma pertinaz. A mi modo de ver, los comunistas no entendimos que a pesar de la debilidad última de aquel planteamiento, el mismo significaba el gran anhelo de politizar su lucha que tenían los trabajadores salvadoreños. Pues no hay que olvidar que a pesar de la violencia en que se enmarcaba la lucha de nuestro partido y del movimiento obrero organizado, ella era hasta entonces y fundamentalmente una lucha económica. Incluso a aquellas alturas el Comité Central hizo circular una resolución prohibiendo estas instigaciones para participar en las elecciones municipal-diputadiles, recordando a las masas que nos encontrábamos en una lucha económica y que no había por lo tanto que hacer política. En nombre de la Juventud Comunista y de la Regional de Trabajadores me tocó a mí y a muchos compañeros la labor de calmar al pueblo

en este terreno. La verdad es que la masa se disciplinó. Pero ya en octubre el partido acordó la participación en las elecciones después de una prolongada y violenta discusión interna. Esta discusión se hizo en el seno de un pleno ampliado del CC., en el cual hubo representación de todos los organismos de masas, que se llevó a cabo clandestinamente en los terrenos de lo que hoy es la colonia Flor Blanca, que entonces era campo abierto. Los representantes de la Juventud Comunista y de la Regional de Trabajadores estuvimos en contra de la participación en las elecciones, pero no por los motivos que había esgrimido antes el partido, o sea, los de no confundir la lucha política con la lucha económica. Por el contrario, nosotros dijimos que la consigna economista que había prevalecido hasta entonces había apagado el entusiasmo político del pueblo, pero que la realidad concreta desfavorable era la siguiente: las elecciones iban a ser en diciembre y por lo tanto quedaban apenas unas semanas para el trabajo de agitación y propaganda y que en último caso, aun suponiendo que se pudiera hacer un trabajo exitoso y que inclusive pudiéramos lograr una buena votación que nos permitiera ganar algunos puestos, éstos nos iban a ser negados sin duda alguna por el fraude electoral que preparaba el gobierno o por la fuerza del aparato represivo y que tales ocurrencias, en medio de la agitada lucha de clases nacional, iba seguramente a desatar la violencia generalizada, a alturas que no estábamos preparados todavía para dirigir y encausar revolucionariamente. El CC mantuvo su nueva tesis de participar en las elecciones y los mejores exponentes de la misma en aquella discusión fueron los camaradas Moisés Castro y Morales y Max Ricardo Cuenca. Moisés Castro dijo que aun cuando no ganáramos las elecciones, la campaña nos serviría para hacer contacto con el pueblo, para darle a conocer nuestra posición y para pasar a organizarlo políticamente sobre la base de un programa amplio. En realidad sus argumentos fueron muy convincentes, como lo han sido los argumentos de quienes siguen defendiendo el "contacto electoral con la masa" en los últimos años. Max Ricardo Cuenca se atenía a lo que él llamaba la disciplina de las masas y decía que nuestro trabajo debería consistir en reforzar esa disciplina y alinear a las masas en dirección a los propósitos a largo plazo del partido. Yo decía hoy que nos debimos haber preguntado seriamente (y esta es una pregunta que se debe hacer siempre un partido) hasta qué punto estábamos nosotros en capacidad de garantizar una línea de masas frente a la violencia organizada del estado burgués. En todo caso, Farabundo Martí estuvo de acuerdo con Castro y Morales y con Cuenca y finalmente todos aceptamos ir a elecciones, con la reserva propuesta por la Juventud Comunista y la Regional de Trabajadores (a través de mi persona) en el sentido de que, simultáneamente, se debería trabajar en la preparación de una gran huelga nacional de los peones cafetaleros, planificada para conseguir aumentos sustanciales de salarios, pero que podía avanzar hasta posiciones políticas si se le relacionaba con un evento como las elecciones. Este planteamiento era sumamente importante para nosotros. Era de un gran avance en el terreno huelguístico de los trabajadores salvadoreños pues se trataba de una huelga concebida a nivel nacional, que contemplaba además la posibilidad de la solidaridad de los trabajadores de otras ramas de la producción y dejaba atrás el trabajo tradicional de las huelgas parciales. De esta discusión informamos inmediatamente al Buró del Caribe de la Internacional Comunista, pidiendo una opinión, un consejo. La verdad es que nunca recibimos respuesta sobre el particular. De inmediato se nombró la Comisión Electoral, adjunta al CC, que sería el organismo por medio del cual el partido y el movimiento revolucionario salvadoreño dirigirían la campaña. Yo fui nombrado responsable para la movilización en el departamento de San Salvador, en lo referente a los pueblos y zonas rurales



del departamento En esos días salió de la cárcel el entonces camarada ebanista Carlos Castillo, cuadro destacado por el partido en la dirección de la regional, de quien ya he hablado varias veces, y lo primero que hizo cuando me encontró fue regañarme por no haber sostenido firmemente en el plano ampliado la posición de la regional de no ir a las elecciones Castillo tenía entonces mucha influencia y logró convocar para una reunión de reconsideración de los acuerdos tomados, que se llevó a cabo también en los terrenos de la Flor Blanca Asistí a esa reunión por indicación expresa de Castillo, pero al llegar me di cuenta de que mi presencia no les fue simpática a Max Cuenca y otros camaradas En esa reunión yo retomé el problema de no ir a las elecciones Pero todos los asistentes me acallaron y dijeron que era un problema ya votado y aprobado Castillo coincidió conmigo: el fraude electoral sería fatal y ante él el pueblo recurriría a la violencia. Y dio informaciones concretas. Dijo por ejemplo que en Ahuachapán la población tenía ya preparado un plan en el sentido de que si se le arrebatara el triunfo por fraude, se asaltaría el cuartel y se impondría la voluntad popular con las armas en la mano Castillo aseguraba que nuestro partido no estaba en capacidad de dirigir al pueblo en una insurrección por la toma del poder Max Cuenca dijo que la experiencia de las elecciones sería un precedente histórico y se puso a citar a Lenin. El resultado de la reunión fue que se confirmó el acuerdo de ir a elecciones Mi labor pasó a ser, por disciplina, la de rebacer y elevar el ánimo político electoral del pueblo, estando personalmente en desacuerdo con aquella actividad El tiempo pasaba volando y los acontecimientos se precipitaban, de hora en hora. Hubo un momento en que se citó a una reunión urgente para considerar una serie de informes secretos que habían llegado a la dirección del partido y que evidenciaban que se avecinaba un golpe de Estado contra el gobierno de Araujo, posiblemente inspirado por el mismo Ministro de Defensa, el general Martínez Varios camaradas nos pronunciábamos en principio por adelantarnos al golpe de Estado, llevando a las masas a la insurrección nacional, pues era de preverse que un gobierno encabezado por el general Martínez, responsable individual y directo de la mayoría de las masacres y represiones que he venido relatando, iba a tener el carácter de una feroz dictadura terrorista antipopular Creo que la perspectiva de una dictadura tal le quitaba todo cariz aventurero a una insurrección planteada en aquellas circunstancias y la verdad es que contábamos con fuerzas populares suficientes para ser optimistas Ya veremos en adelante qué era lo que nos faltaba Farabundo Martí estuvo sin embargo muy sereno ante nuestras proposiciones y dijo que no importaba tanto que el general Martínez tomara el poder, que en todo caso nuestras posibilidades reales de evitarlo eran muy escasas y que una insurrección nacional era demasiado precio para evitar el ascenso de un gobierno dictatorial Agregó que inclusive las condiciones para el éxito de una insurrección se darían mejor bajo un gobierno criminal Farabundo citaba copiosamente a Lenin y decía que el ejército salvadoreño no estaba todavía suficientemente desprestigiado ante el pueblo y en cambio los gobiernos civiles como el de Araujo tenían para entonces un desprestigio total. Era posible por lo tanto que el golpe de un militar como Martínez encontrara apoyo en sectores importantes. Farabundo dijo que no nos deberíamos dirigir a la insurrección sino a la toma de medidas para enfrentar positivamente el golpe de Estado, resguardar las organizaciones, mantener la influencia de masas en las nuevas circunstancias, etc. Esa misma noche llegó a la reunión quien era nuestro candidato a alcalde de Ahuachapán, un obrero de apellido Contreras Llegó agitado, para informar que el cuartel de Ahuachapán estaba sitiado por un contingente de novecientos campesinos que habían decidido cobrarse las cuentas por las

arbitrariedades de que eran víctimas por parte de las autoridades militares. Informé que de nada habían valido las exhortaciones del comandante del regimiento coronel Escobar, y que los dirigentes locales del Partido Comunista pedían un delegado del Comité Central para que fuera a calmar a los campesinos y para que lograra que se retiraran a sus casas antes de que comenzara la matazón. Yo fui designado para hacer esa labor y partí inmediatamente. Al llegar a Ahuachapán hablé a los sitiadores y pude convencerlos para que se retiraran hacia sus trabajos. El coronel Escobar dijo: "Estos hijos de puta sólo entre ellos se entienden". Ocho días después se dio la misma situación: setecientos campesinos sitiaron decididamente la comandancia local. Es decir, la gente en Ahuachapán, y en todo occidente, estaba moralmente en armas. De nuevo fui yo destacado para pacificar a la masa y de nuevo tuve éxito, pero en esta ocasión los campesinos me dijeron que esa era la última vez, que yo debía decir al partido que tuviera cuidado con seguir mandando a la gente a echarle agua al fuego, pues los próximos delegados pacificadores (incluso si era yo mismo) iban a correr el riesgo de que "se les encaramara el machete aun antes que al enemigo de clase". La gente estaba caliente, no daba para más. El partido me ordenó que me quedara en la zona de Ahuachapán para continuar allí el trabajo preelectoral en el campo. La labor fue tremenda y sometida a todas las presiones. Yo trabajaba de día en la ciudad y de noche en el monte, comía cuando podía y dormía una vez cada tres días. Ya cerca de las fechas señaladas para las elecciones, comencé a sufrir alucinaciones por la debilidad y el exceso de trabajo. Llegué a ver guardias nacionales que me disparaban y me mataban y llegó el momento en que caí con patatús, desvanecido. El Socorro Rojo me llevó a Santa Ana y de allí me enviaron a San Salvador, pero no pude descansar ni siquiera una semana pues la dirección local de Ahuachapán reclamó mi presencia allá. La perspectiva de que se desatara la violencia ya no era un fantasma lejano, aquello se sentía venir a la vuelta de la esquina. Yo tenía mucho miedo de que viniera la violencia generalizada porque sabía que al pueblo le iba a tocar la peor parte y por ello en mi trabajo trataba de canalizar la furia popular hacia la perspectiva de la huelga general, nivel intermedio entre el electorerismo y la insurrección. Esto no lo sabía el partido, era una labor puramente personal. Y es que en esos momentos, quienes estábamos en los frentes de masas conocíamos realmente el desarrollo de la lucha, y nuestras opiniones tenían que prevalecer sobre los cálculos que allá en el Comité Central se hacían en nombre de la doctrina. Creo que por no haber hecho esto con mayor profundidad y en forma organizada fue que perdimos en forma tan aplastante la batalla de 1932. Porque la dimos, como decimos los salvadoreños, con los calzones en la mano.

A las reuniones electorales del partido llegaba en todo momento una corriente de información muy completa acerca de los preparativos que el enemigo hacía para masacrar al pueblo. En esa época la contrainformación enemiga funcionaba muy mal. Inclusive llegaban a vernos oficiales del ejército que eran simpatizantes nuestros para asegurarnos que el plan del gobierno de asegurarse las elecciones y destruir el movimiento revolucionario salvadoreño era fundamentalmente un plan militar, de eliminación física de nuestros cuadros. Para ese plan, desde luego, la eliminación de Araujo por Martínez iba a ser un factor acelerador. También nos informaban estos oficiales de que en algunos sectores del ejército, sobre todo entre los oficiales, clases y soldados más jóvenes, había disposición de volver los fusiles contra la alta oficialidad y el gobierno, en favor del pueblo. En estas condiciones mi posición se había ido concretando más: mi tesis era que si venía el fraude elec-

toral había que evitar la violencia provocada y refrenar a las fuerzas organizadas, pero si las provocaciones eran tantas de parte del gobierno que llegaran a necesitar una respuesta, habría que encausar la violencia popular hacia la huelga general nacional, huelga general política en cuyo seno podría gestarse la insurrección armada por la toma del poder en condiciones más favorables. El 2 de diciembre de 1931 yo dirigí una gran reunión campesina en las proximidades de Ahuachapán. Después de terminada ésta, me dirigí a dicha ciudad, pero en el camino me interceptaron los miembros de varios comités de mujeres campesinas que me esperaban para hablar de sus problemas y de las elecciones. Ellas me dijeron que circulaba insistentemente el rumor de que se había producido un golpe de Estado, que ese golpe de Estado era nuestro y que el camarada Martí había tomado el poder para los pobres de El Salvador. Mientras hablábamos, algunos aviones militares sobrevolaban la zona. Al llegar a Ahuachapán supe que el golpe de Estado que el partido esperaba se había producido, que el siniestro general Maximiliano H. Martínez había tomado el poder y que era el hombre fuerte que realmente gobernaba tras la fachada de una "junta de gobierno" que había sustituido a Araujo. Efectivamente, la junta desaparecería de la escena en cosa de horas. Ya en aquellos momentos circulaba profusamente en Ahuachapán un llamamiento a la unidad nacional en torno a la junta y al general Martínez, firmado en Santa Ana por Cipriano Castro, conocido político burgués. Todo el material de propaganda de este tipo que cayó en manos de nuestros camaradas fue quemado de acuerdo a mis instrucciones. Yo me fui apresuradamente hacia la capital, para tratar de hacer contacto con el Comité Central. Cuando el golpe ocurrió, la campaña electoral estaba ya bastante adelantada y los comunistas teníamos candidatos para alcaldes y diputados en todo lo que nosotros llamábamos la zona revolucionaria del país, o sea, la mayor parte del centro y el occidente de la república. Entre nuestros candidatos recuerdo a Marcial Contreras, a quien postulábamos como alcalde de Ahuachapán; al chofer Joaquín Rivas, candidato para alcalde de San Salvador, etc. Olvido los nombres de nuestros candidatos en Sonsonate y Santa Tecla, que triunfaron abrumadoramente cuando llegaron los comicios. De nuestra planilla de diputados por San Salvador sólo recuerdo a Ismael Hernández. Quiero adelantar que —como lo veremos luego— los comunistas obtuvimos indiscutibles triunfos electorales en Sonsonate, Santa Tecla, Ahuachapán (aunque aquí, como se verá, tuvimos que retirarnos al final de la votación y declaramos en huelga), Colón, Teotepeque, etc. Esto no fue una sorpresa para nosotros, nuestros cálculos en todos esos lugares lo anunciaban, esa era la perspectiva que ya teníamos cuando se vino el golpe de Martínez y por eso fue que tal suceso no nos achicopó. Por el contrario, el partido ante el golpe dispuso que continuara nuestra campaña electoral y que se acentuara la agitación abierta en favor de nuestras candidaturas. Todos los que estábamos en la clandestinidad relativa salimos de una vez a la calle y reactivamos el local público del partido que estaba ubicado frente al parque Centenario de San Salvador. Creímos que ante la compleja situación había que actuar con audacia. El golpe de Estado y sobre todo la figura del general Martínez había traído el desconcierto incluso a algunos sectores reaccionarios poderosos. Como Martínez era teósofo, había venido haciendo propaganda anticlerical, lo cual había perturbado a la iglesia católica salvadoreña, que tradicionalmente ha sido un elemento unificador muy eficaz de las diversas tendencias de la reacción criolla. Bien pronto nos dimos cuenta de que había varios sectores políticos que no hallaban de momento qué hacer y eso nos allanaba el camino a una actividad abierta de mayor intensidad. Nos vimos obligados a abrir locales públicos en Ahuachapán y Sonsonate, y en las zonas rurales de estos dos

départamentos los comunistas transitábamos como si ya las fincas y haciendas fueran del pueblo, tal era el apoyo de masas con el que contábamos entre el campesinado. Hacíamos propaganda abierta a partir de todos los niveles de la organización del partido. en los mitines públicos hablaban Farabundo Martí, Alfonso Luna, Mario Zapata, hablaba yo mismo, etc. Intensificamos nuestra propaganda impresa y el periódico de los intelectuales del partido, *Estrella Roja*, que aparecía en el seno del movimiento estudiantil, multiplicó su tiraje. La misma masa nos decía que no habláramos tanto, que nos cuidáramos porque el enemigo estaba acechando, esperando tan sólo la mejor oportunidad de destruirnos completamente. La inquietud opositora contra el nuevo régimen crecía sin embargo día a día en todos los sectores de la población. Bien pronto hubo acción entre los estudiantes de secundaria y los universitarios, los primeros sobre todo, en protesta contra la disciplina militar que quería imponerles el nuevo Ministro de Instrucción Pública. En medio de tantos datos agitativos, el gobierno de facto decretó sorpresivamente que las elecciones deberían celebrarse el 3 ó el 5 de enero. A los partidos burgueses se les había avisado esta fecha con gran anticipación a fin de que se nos adelantaran. Nosotros respondimos intensificando aún más la campaña propagandística. Nuestros mitines proliferaban en los barrios de las ciudades, en los pueblos, en las fincas, en los cruces de caminos, en las carreteras y hasta en las playas. La propaganda reaccionaria atacaba ferozmente: su consigna de fondo era atemorizar a las masas par separarlas de nosotros y para ello levantaban la amenaza de la masacre anticomunista que preparaba el régimen. En esta actividad, el clero, a pesar de sus reservas con Martínez, jugó un papel verdaderamente nefasto. Las elecciones se harían separadamente. Primero se votaría para alcaldes y el día siguiente para diputados.

El día de la votación para alcaldes se ha quedado grabado patente en mi memoria. Aquello parecía más que todo una fiesta, pero bajo el jolgorio aparente la tensión era bárbara. Todos los partidos contendientes se presentaron con gran aparato. Todos llevaban marimbas y hacían repartición de tamales, café, marquezote y horchata en los lugares de votación, menos el Partido Comunista. En este aspecto changonetero se distinguieron el Partido Fraternal Progresista del general Antonio Claramount Lucero y el partido de Gómez Zárate, que no ahorraron pisto ni esfuerzos en su afán de sobornar a las masas. Todas esas candidaturas hacían el juego en el fondo al martinismo y, después se supo evidentemente, a la ya entonces creciente penetración norteamericana en nuestro país. Araujo había sido el último peón salvadoreño del imperialismo inglés. El Partido Comunista ni en la forma actuaba como ellos, la alegría y el entusiasmo la ponían los oradores y los coros de niñas, hijas de obreros y campesinos, que cantaban canciones revolucionarias, por ejemplo, "Bandera Roja", "La Internacional" y "Caballería Roja". Recuerdo que los turistas extranjeros que estaban hospedados en el hotel Nuevo Mundo, aplaudían a nuestros oradores, cuyos discursos eran los únicos que mostraban contenidos de algún nivel, y el pueblo en general llevaba agua, refrescos y fruta para nuestros equipos de agitadores. La masa votante más fuerte fue indiscutiblemente la nuestra. El Partido Laborista de Araujo, había sido fuerte hasta el derrocamiento de éste. Ante el golpe de Martínez, el laborismo se desmembró y su masa se dispersó, nutriéndonos a nosotros y a otros partidos. El ideólogo de Araujo, don Alberto Masferrer, salió del país con la cola entre las patas y terminó por morir de flato. La votación para alcaldes comenzó a las ocho de la mañana. Todos los oradores de los otros partidos, aunque nos atacaran, reconocían el orden y la dis-

ciplina con que los votantes comunistas se habían presentado ante las urnas. Es interesante saber que no hubo violencia mutua entre los partidos contendientes. La violencia vino del poder estatal exclusivamente, que no contaba aún, dado lo reciente del golpe martinista, con los instrumentos políticos necesarios para participar en los comicios de manera eficaz, propiciando el fraude en su favor, etc. Al ser entrevistados todos los candidatos por la prensa nacional y extranjera, los nuestros lucían los más serenos, los mejores orientados y los menos ambiciosos. A las colas de votantes nuestros en San Salvador, venían a unirse los votantes de los pueblos cercanos que ya habían votado allá y que concurrían al centro de la ciudad para animar a sus camaradas. Aparte de todo este panorama estimulante, los trucos del aparato oficial contra los comunistas comenzaron a funcionar desde el principio: nos anulaban votos con cualquier pretexto, retardaban la votación de nuestros compañeros y trataban de confundirlos, ya que entonces el voto no era secreto sino que se hacía de viva voz. Muchos de nuestros votantes se confundían con estas maniobras, por tratarse de trabajadores sencillos y sin malicia política. Mientras tanto, el ejército había instalado nidos de ametralladoras en todos los lugares de la ciudad, en azoteas, monumentos, cuarteles, etc. No hubo el menor desorden en aquellas elecciones, sin embargo. Los militares se quedaron con las ganas de ametrallar al pueblo. Por el momento. Una de nuestras desventajas fundamentales fue que cuando terminó el tiempo de votación, la mayor parte de la multitud que se quedó sin votar era de comunistas. Después de terminada la votación, los activistas nos reunimos con el objeto de hacer un balance de la jornada y sacar experiencias. Yo critiqué el tipo de agitación que se hizo frente a la actividad electoral concreta; dije que no se le había dado a la propaganda y a la agitación un contenido de exhortación para el triunfo, que sobre la base de entender que lo principal era la difusión de nuestro programa se había descuidado crear en las masas el ánimo de la violencia. No bastaba con que los comunistas asistiéramos a las urnas como buenos alumnos, ordenados y bien peinados. Por otra parte señalé que por puro sentimentalismo habíamos puesto a votar primero a la masa rural de las afueras de la ciudad y que las anulaciones que se hicieron a innumerables votos de esta masa inexperta en tales manéjos, retrasaron en demasía la votación y al final del día la mayor parte de nuestros compañeros y simpatizantes se quedaron sin votar. Finalmente señalé que el partido no había coordinado toda la labor de promoción electoral en una forma global y que había habido mucha dispersión de esfuerzos. Todas mis críticas fueron aceptadas por la dirección del partido.

Al día siguiente se llevó a cabo la votación para diputados. Con las experiencias obtenidas de la votación para alcaldes, los obstáculos y las trabazones para nuestro triunfo fueron eliminados en lo fundamental, y en las primeras horas de la mañana ya fue evidente en todos los lugares que amasaríamos con todos los partidos a nivel nacional. El gobierno se decidió entonces atacar a fondo. Y aduciendo diversos pretextos que no convencieron a nadie, hizo suspender la votación y anunció que la misma se llevaría a cabo algunos días después. Los partidos políticos burgueses emitieron débiles protestas. Nosotros protestamos enérgicamente pero llamando a nuestras masas votantes a la serenidad. Hay que comprender que en ese entonces no existían en el país las cadenas de radio o de televisión que nos permitieran comunicarnos con todos nuestros correligionarios en forma rápida. Una cosa era cierta y eso lo supimos con los reportes telegráficos que recibimos en el transcurso del día: el pueblo salvadoreño había votado más por nosotros que por ningún otro partido político hasta el momento de la suspensión de las elecciones.

nes y en algunos lugares, como los que adelanté arriba, la votación había concluido ya con nuestro triunfo indiscutible. El pueblo no sólo había votado por nosotros sino que nos había ayudado a organizar nuestra participación electoral y había dado una gran batalla al lado nuestro. Esto nos llenaba de optimismo. Pero todos estos hechos eran puros acontecimientos idílicos en el seno de la verdadera tormenta que estaba a punto de estallar en las entrañas del país. La noche siguiente al día de las fallidas elecciones para diputados, el Comité Central de nuestro partido llamó a una reunión secreta y extremadamente urgente. Se trataba de escuchar el informe que nos traía el camarada Clemente Estrada, de origen nicaragüense, a quien apodaban "el Cenizo", que desde hacía un tiempo estaba destacado por el partido en Ahuachapán. Informó que en aquella ciudad se había comenzado a votar normalmente, que los comunistas se habían presentado en una fila compacta cuyo grueso era de más de cinco mil hombres, pero a la hora en que comenzó la votación, nuestra columna había sido rodeada amenazadoramente por la guardia nacional, armada de fusiles y ametralladoras. La provocación llegó a extremos tales que los camaradas decidieron retirarse de la votación y regresaron a sus lugares de trabajo con la disposición de iniciar de inmediato la huelga general de protesta por aquellos desmanes. Al mismo tiempo, la huelga iba a plantear algunas reivindicaciones económicas locales. Efectivamente, la huelga comenzó a organizarse. El



cento de la misma fue la finca "La Montañita". Los dueños de esta finca cafetalera, ante la actitud de los trabajadores, que les fue comunicada por el sindicato en forma oficial y respetuosa, hicieron llegar al lugar un fuerte destacamento de la guardia nacional. Hasta el mediodía la situación fue normal; los guardias estuvieron inclusive conversando en forma amistosa con los huelguistas. Pero luego, los patronos de "La Montañita" se llevaron al destacamento a almorzar y emborracharon a todos los guardias y los convencieron con obsequios, halagos y amenazas, para que reprimieran a los campesinos. Los guardias regresaron al lugar en que aquellos estaban reunidos y los provocaron hasta el grado de asesinar a balazos frente a todo el mundo al camarada Alberto Gualán, dirigente campesino de la Juventud Comunista y de herir gravemente a otros compañeros, hombres, mujeres y hasta niños. Los compañeros huelguistas se indignaron y respondieron a aquella agresión gratuita y criminal, ajusticiando a catorce guardias nacionales. Aquel hecho hizo cundir la alarma entre los terratenientes de la zona, los cuales lograron que el gobierno enviara apresuradamente a la feroz caballería de Santa Ana a rodear el lugar de los hechos y a tomar venganza contra los campesinos, sin distinguir entre los que habían participado en aquellos hechos de "La Montañita" y el resto de la población pobre. De Ahuachapán no enviaron tropas para esa represión pues tenían miedo de dejar desguarnecido el regimiento. Una ola de terror criminal se desató a partir de aquel momento en todo occidente, principalmente en Santa Ana, Ahuachapán y Sonsonate. Las informaciones sobre muertos, heridos, torturados, atropellos y presos, comenzaron a llegar al Comité Central como una catarata. Discutimos aquella situación gravísima con minuciosidad y espíritu sombrío, a decir verdad. ¿Qué podríamos hacer? La discusión se prolongó mucho y yo propuse tomar el toro por los cuernos, es decir, propuse ni más ni menos que había que intentar parlamentar directamente con el general Maximiliano Hernández Martínez. Martínez había asumido en los primeros días después del golpe la presidencia de la república. Aquella proposición mía cayó como sal en la herida, como limón en la concha, pues se trataba de hablar y parlamentar con el hombre más odiado del país. Todos los camaradas pujaron inconformes y me hicieron mala cara. Recuerdo que esta reunión era en una casa del barrio de Lourdes y en aquellos momentos la tensión fue tanta que yo tuve que salir un rato al patio a darme aire, porque sentí que me ahogaba. Cuando volví a entrar, el negro Martí tenía en las manos un libro en francés y lo leía y dijo que yo tenía razón, traduciendo un párrafo en que se decía que en determinadas circunstancias el estado mayor del proletariado, o sea, el Comité Central del Partido Comunista, puede parlamentar con el estado mayor de la burguesía, o sea, con el Poder Ejecutivo del estado. Martí aseguró que así decía el libro. ¿Quién sabe? Y quién sabe qué libro era aquél. Lo cierto es que me dio la razón. Se serenaron los ánimos y se decidió solicitar la audiencia. La audiencia se pidió en nombre del Comité Central del Partido Comunista de El Salvador al presidente de la república, general Maximiliano Hernández Martínez. Y fue concedida inmediatamente por el dictador. Acordamos invitar a la prensa nacional, pero la prensa no asistió. Entonces los periódicos eran **La Prensa**, **Diario Latino**, **Patria**, etc. **El Diario de Hoy** de la sirvigiencia de Viera Altamirano —uno de los más grandes pícaros de Centroamérica— fue fundado después, con dineros oscuros. Entre los delegados nombrados por nuestro partido para hablar con Martínez, iban Clemente Estrada y otros compañeros de Ahuachapán, y Luna y Zapata. El objetivo nuestro era el de hacer proposiciones concretas al gobierno. El Partido Comunista se comprometía a calmar los ímpetus de los trabajadores a condición de que se suspendiera la represión. A esta actitud, por supuesto, se le pueden hacer

todas las críticas que se quiera, desde el punto de vista de la táctica de un Partido Comunista, pero creo que ante el pueblo salvadoreño ella prueba suficientemente nuestro ánimo de paz. Se llegó el momento de la reunión en la Casa Presidencial. Nosotros nos quedamos tragando gordo. Cuando los delegados volvieron, venían cabizbajos y pálidos. Ni hablar del interés con que les escuchamos. En primer lugar informaron que no habían podido hablar directamente con el general Martínez, pues éste se había excusado argumentando que tenía un fortísimo dolor de muelas, y en su lugar y representación había enviado para hablar con los camaradas al ministro de la Defensa, general Valdez. Mientras se llevaba a cabo la entrevista con dicho general, cuentan los delegados, Martínez asomó la cabeza por un ventanal con un pañuelo atado a la mandíbula. Con el general Valdez no se pudo llegar a ninguna parte. Los camaradas destruyeron toda su argumentación tendenciosa y calumniosa y dejaron claramente establecido que los terratenientes y el gobierno salvadoreño eran los responsables directos del estado de violencia que vivía el país. Inclusive acusaron al gobierno de estar creando concientemente, con base en la crisis generalizada, una situación que desembocaría en el caos nacional, en una verdadera hecatombe, a fin de sacar la ganancia de los pescadores en río revuelto. Sólo que el río iba a ser de sangre popular. El general Valdez, muy nervioso, vacilante e indeciso, se limitó a repetir una y otra vez que con él no podrían negociar nada, pues no estaba facultado para ello por el ejecutivo. Los camaradas tuvieron que retirarse sin haber logrado el menor resultado, excepto, quizás, el de la humillación. Al salir de la sala en que se había efectuado la reunión, se acercó para hablar con Luna y Zapata quien era para entonces secretario particular del presidente Martínez, Jacinto Castellanos Rivas, quien con los años llegaría a ser un destacado miembro de nuestro partido y quien por cierto nos representó en Cuba después de la Revolución. Jacinto se despidió amablemente de los camaradas, abrazándolos, y les dijo que desgraciadamente la gente del gobierno estaba cerrada en sus posiciones irresponsables y que él creía que lo único que quedaba por comprender era que si bien el ejército tenía muchos fusiles para disparar, los trabajadores salvadoreños tenían muchos machetes que desafilar. (1)

- (1) El escritor anticomunista Jorge Schlésinger, en su libro **Revolución comunista Guatemala en peligro**, se refiere a la entrevista PC-gobierno salvadoreño en los términos siguientes:

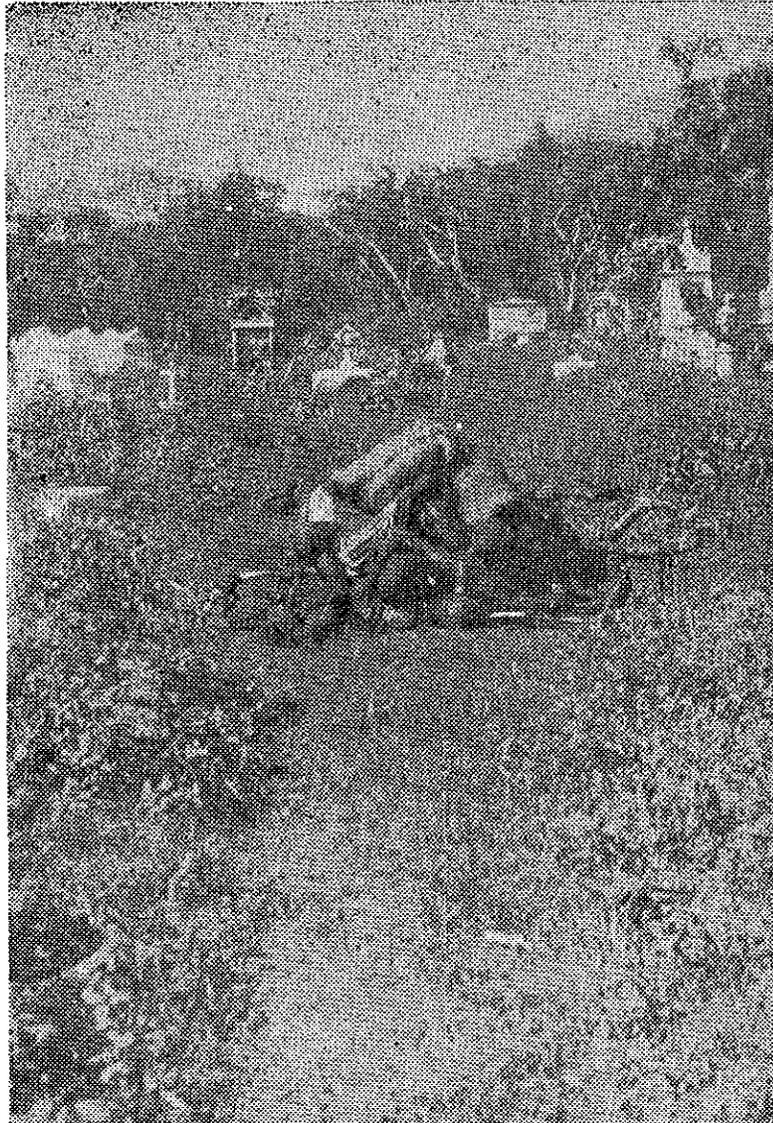
Los acontecimientos referidos (el incidente de la finca "La Montañita". Nota de R. D.) ocurrían el 7 de enero de 1932 y este mismo día en San Salvador, el Comité Central Ejecutivo nombró a los camaradas Clemente Abel Estrada, Alfonso Luna, Mario Zapata, Rubén Darío Fernández y Joaquín Rivas, para que integrasen una comisión que al día siguiente debía abocarse con el presidente de la república, general Martínez, y protestar a su presencia de la manera más enérgica, por los atropellos efectuados por las autoridades de Ahuachapán. En el pliego de esta comisión, se exige al camarada Estrada que sostenga ante el presidente que las huelgas se efectúan por necesidad de reivindicaciones económicas y políticas. Firma este pliego el secretario general interino Octavio Figueira (Farabundo Martí. Nota de R. D.) Las comisiones piden la correspondiente audiencia para hablar con el presidente de la república pero el general Martínez se niega a recibirlos pretextando una repentina enfermedad, indicándoles que en su lugar los recibirá el ministro de la Guerra, coronel Joaquín Valdez. Los comisionados informan que se apersonaron ante el referido funcionario y que al interpellarlo sobre los sucesos sangrientos de Ahuachapán, el ministro les respondió que él no tenía conocimiento alguno de lo sucedido, porque eso era del resorte del Ministerio de Gobernación. Dicen los comisionados que propusieron al coronel Valdez que se entrara en un sendero de cordura.

En esa misma reunión informativa, y de una manera muy firme, yo propuse que llamáramos a las masas salvadoreñas, inmediatamente, a la insurrección armada popular encabezada por el Partido Comunista. Enumeré las condiciones favorables que a mi juicio existían para el triunfo de la misma y el logro del poder político para la posterior realización de la revolución democrático-burguesa. A estas alturas, la reunión se llevaba a cabo ya con Farabundo Martí en calidad de secretario general interino, por la ausencia del secretario general efectivo, Narcizo Ruiz, panificador, que a su vez había sustituido a Luis Díaz, y que se encontraba en aquellos días desempeñando tareas organizativas urgentes en Sonsonate. Max Ricardo Cuenca y otros intelectuales se retiraron de la reunión por diversos motivos y, según se supo después, habían ido a buscar refugio seguro para escapar la tormenta que se avecinaba. La discusión fue intensa, acalorada. Farabundo Martí finalmente estuvo de acuerdo con mi proposición, aceptando que el deber del partido era el de ocupar su puesto de vanguardia al frente de las masas, para evitar el peligro inminente, mayor, y deshonroso para nosotros, de una insurrección incontrolada, espontánea o provocada por la acción gubernamental, en que las masas fueran solas y sin dirección al combate. La reunión había durado toda la noche entre el 7 y el 8 de enero de 1932. Se aceptó pues unánimemente (hablo de los presentes, no de los dirigentes que se retiraron) la realización de la insurrección armada popular. No se trataba de una decisión apresurada e irresponsable: dentro de la vertiginosidad de los acontecimientos se pensó mucho y se planificó mucho. Yo propuse que dada la madurez de la situación revolucionaria, se agotaran todos los preparativos en ocho días, al cabo de los cuales debería abrirse el fuego. Ese tiempo bastaba para preparar toda la labor y permitía guardar la sorpresa que Lenin exigía en este caso. Pensando en la exactitud cronológica que Lenin también reclamaba, yo dije que la insurrección debía hacerse no el 15 de enero ni el 17 sino precisamente el 16 a las cero horas. Se aceptó en principio mi proposición y se dispuso que fuera el Comité Central el organismo que se hiciera cargo de la cuestión militar.

Farabundo Martí y otros camaradas se encargaron de buscar contactos operativos con oficiales amigos en el ejército, búsqueda de armas, elaboración de material bélico tal como explosivos, etc., organización de las comunicaciones con diversas zonas del país, incorporación de otros sectores sociales y políticos a la lucha (por ejemplo, personalidades políticas democráticas, movimiento estudiantil, etc.), búsqueda de dinero, etc. También fueron encargados esos mismos compañeros de elaborar el manifiesto de la insurrección que se dirigiría al pueblo. Seguidamente se dividió el país en zonas de operaciones y cada compañero de la dirección fue destacado en una de ellas. Seguidamente el CC procedió a nombrar los comandantes rojos que serían los encargados de las comisiones militares en las subzonas, en los centros de trabajos, en los regimientos, en las organizaciones de masas, etc., y que responderían de sus actividades ante dicho CC. En las acciones de la insurrección desatada, los comandantes rojos cumplirían las funciones militares de un capitán al frente de su compañía. Pero las comisiones militares tenían además como núcleos de dirección militar otras atribuciones que iban más allá del mero combate. Dichas comisiones iban a estar encargadas de hacer las labores de organización revolucionaria en el seno del ejército, repartir las unidades en pelotones operativos de diez hombres, buscar armas, ubicarlas en los lugares de repartición y proceder a repartirlas en el momento indicado por el CC, hacer sabotaje en las líneas de comunicación, determinar los itinerarios públicos y secretos del ejército de la burguesía, formar compañías de zapadores (se formaron realmente en San Miguel, Usulután,

Santa Cruz, Michapa, pero no llegaron a operar), controlar los ferrocarriles y otros medios de transporte, etc. En nuestros cálculos contábamos con la incorporación a nuestras filas de los cuarteles de Sonsonate y Ahuachapán, donde nuestra penetración era importante, y con las adhesión de por lo menos núcleos relativamente numerosos del cuartel de Santa Tecla. Teníamos también, en la capital, el apoyo de dos compañías del Sexto Regimiento de Ametralladoras que era un regimiento de gran tradición democrática, con dos compañías de la caballería, un núcleo pequeño de soldados del Zapote (Regimiento de Artillería) y con todos los soldados de la guarnición de la aviación de Ilopango. A última hora supimos que también contábamos con el apoyo de dos compañías de soldados del Regimiento de San Miguel, en oriente, y que en torno a ellos y en espera de una acción conjunta, más de setecientos ciudadanos miguelños estaban reunidos en el cementerio local, listos para emprender las operaciones. También teníamos núcleos de oficiales en varios otros cuarteles, pero estos contactos los manejaba única y exclusivamente Farabundo Martí. Es decir, que en el seno del ejército teníamos una fuerza más que suficiente para, con el apoyo activo de las masas insurrectas del campo y las ciudades, derrumbar el aparato del estado burgués. Por otra parte, los sindicatos del campo estaban en pleno desarrollo de una actividad tendiente a la huelga general. Prácticamente estaban en condiciones de propiciar una situación en la cual el proletariado agrícola y rural pudiera dirigir al campesinado en la insurrección revolucionaria. Los sectores de la pequeña burguesía revolucionaria, y esos eran otros contactos que iba a mover casi exclusivamente Martí, se iban a utilizar para formar el gobierno: me refiero a cuadros como el Dr. Meilos, Dreyfus, profesionales radicales, etc. La organización se desplegó en general con eficacia inicial. Hasta esas alturas la represión no había logrado minar el aparato con que se contaba para la insurrección, ni siquiera para su organización y fortalecimiento. La consigna a esas alturas era ya la de ocupar cada quien su puesto y esperar la orden definitiva. Sin embargo, cuando el 14 de enero volvimos a reunirnos en torno al CC para discutir los últimos detalles, nos encontramos con una pésima noticia: se proponía aplazar la insurrección para el día 19. A ninguno de los asistentes nos gustó aquella peligrosa proposición, pero Farabundo Martí nos calmó diciéndonos que el aplazamiento se había hecho frente a una posibilidad muy real de que se incorporara al movimiento revolucionario la oficialidad y la tropa del Primer Regimiento de Infantería. A estas alturas Farabundo Martí era ya más que un secretario general interino: por la fuerza de los hechos y por su cualidad de dirigente, la jefatura suprema tanto dentro del partido como dentro de la organización para la insurrección, había quedado en sus manos. La insustituibilidad del negro fue seguro una de nuestras mayores debilidades. Lo cual hace más grave la actitud de varios de los camaradas intelectuales que hallaron en la hegemonía de Martí el pretexto para enojarse, para alejarse de la labor revolucionaria y negarse a prestar cualquier colaboración. Martí, intelectual él mismo, pero bien proletarizado, decía que eran unos vacilantes carcomidos por la ideología pequeño burguesa. Yo propuse en nombre de la Juventud Comunista que el Comité Militar Supremo (nuevo organismo que se proponía, basado en la membresía del CC) se organizara exclusivamente con obreros, como una forma para acabar con tanta vacilación. Después de la reunión nos distribuímos en las zonas de operaciones que se nos habían asignado para comunicar a los mandos intermedios la proposición: a nadie le gustó la noticia. Y al regresar a San Salvador después de esta tarea, nos encontramos con algo peor aún, con otra proposición: se aplazaba el comienzo de las acciones para el día 22 de enero. Llevar esta nueva disposición a la masa enardecida fue una tarea verdaderamente seria. A todo

esto el enemigo había logrado ya una gran cantidad de información sobre nuestros propósitos y cada día, cada hora que pasaba, estaba acorralándonos más y más. Y eso que el enemigo tenía un servicio de información y contrainformación muy deficiente. Nuestro servicio de información era peor y no teníamos servicio de contrainformación. Sobre todo el enemigo se dirigió a destruir desde el principio nuestra dirección política y militar, nuestros núcleos de más alto nivel. Mi hermana mayor tenía un amigo que era policía de investigaciones y que le pasaba información pues era simpatizante nuestro. Por su medio pudimos saber que la policía tenía controlado al negro Martí, a Luna y a Zapata, que conocía la ubicación del escondite en que estaban y que iba a capturarlos de un momento a otro. Yo fui a verlos de inmediato para advertirles del peligro y para darles informaciones provenientes de Santa Ana que hablaban de un inminente levantamiento de inspiración araujista, para el cual, se decía, habían entrado armas a montones desde Guatemala. Martí, ante mis informaciones alarmantes, se puso a reír nomás y me dijo que yo no debía tener miedo —se negó a tomar en serio lo del peligro de ser capturado— y me dio un paquete de bombas de las que habían estado confeccionando en el traspatio de la casa. Incluso se puso a calmar a los dueños del lugar, que se alarmaron con mis noticias. Se trataba de una familia amiga del partido que vivía cerca del colegio “María Auxiliadora”. Martí me dijo que yo debía ir a San Miguel y ponerme al frente de las acciones en esta zona oriental, pero yo le dije que ya había sido designado para trabajar en la dirección de las acciones que estarían a cargo de la guarnición de la aviación en Ilopango y que esa era una misión demasiado importante como para dejarla tirada. Martí estuvo de acuerdo. Total que yo me fui y, a pesar de mi insistencia, ellos no dieron importancia a mi información. Esa misma noche los capturaron a todos. Mi hermana llegó llorando a mi habitación para avisarme y yo me fui a refugiar a la casa del maestro José Enrique Cañas, pues suponía que el siguiente capturado iba a ser yo. Inmediatamente se convocó a un pleno ampliado del CC para considerar la situación. Para esta reunión convocó Max Cuenca, quien salió para ello de su escondite y llevó la voz cantante en el pleno. Planteó en términos violentos la suspensión inmediata del trabajo insurreccional pues ya había muchos camaradas presos, entre ellos los dirigentes del movimiento que concentraban en sus manos los más importantes contactos militares. Yo me opuse a tal pretensión y dije que los trabajadores de la República estaban ya moralmente en armas, que ya los habíamos engañado mucho y que a estas alturas no los podríamos detener aunque quisiéramos e hiciéramos los más desesperados esfuerzos. Max Cuenca insistió en la suspensión de la insurrección: dijo que no era posible ir imbécilmente a un levantamiento armado acerca del cual el gobierno sabía prácticamente todo y frente al cual el ejército sólo estaba esperando el primer gesto nuestro para cerrar la trampa a sangre y fuego contra todo el movimiento revolucionario y democrático del país. Informó, cosa que nosotros no sabíamos aún, que el gobierno ya había dado los primeros pasos para institucionalizar la represión y había decretado el estado de sitio en toda la zona central del país, estado de sitio, que seguramente se extendería a las otras zonas de inmediato. La mayoría insistimos en que la vacilación era la muerte prematura de la insurrección, que ya era demasiado tarde, que si nos frenábamos íbamos a perder hasta la capacidad de defendernos frente la terrible represión gubernativa que iba a ser desatada con insurrección o sin insurrección. No nos equivocábamos en esto. Impusimos tal criterio y se acordó por el pleno continuar aceleradamente con el trabajo insurreccional y hacer varios ajustes y cambios en el plan de las acciones. Max Cuenca, a pesar de sus opiniones quedó encargado de restablecer los contactos que había



manejado Farabundo y en términos generales dispusimos aparentar la línea de la huelga general nacional para comenzar la movilización de nuestras fuerzas hacia la insurrección. Se quedó en no atacar a los destacamentos del ejército sino hasta cuando fuera irremediable y preparamos instrucciones y equipos de cuadros para confraternizar con las tropas que salieran de los cuarteles. Al mismo tiempo se dispuso que se cortaran las carreteras para impedir la circulación de los motorizados del gobierno, cortar desde ya los sistemas de comunicaciones, tratar de fijar al enemigo en las ciudades, aislándolo en ellas y evitando que circularan alimentos del campo a la ciudad. Se nombró en el seno del CC una comisión de información y enlace que se encargaría de hacer circular las disposiciones de la dirección revolucionaria en todos los niveles del movimiento. El CC, sin embargo, después de la caída de Martí, Luna y Zapata, se encontraba falto de información acerca de muchos detalles vitales que era menester manejar para orientar correctamente la insurrección. Era ya 20 de enero y no había una información completa de los medios materiales y humanos con los que contábamos: no sabíamos mayor cosa acerca del número y calidad de las armas que tenían nuestras fuerzas, ignorábamos el número exacto de batallones rojos formados y apenas había datos sobre la integración de los mandos en todos los niveles, del reparto de responsabilidades concretas, etc. Ignorábamos lo fundamental de la dislocación y los movimientos de las fuerzas enemigas a nivel nacional y sólo teníamos datos esporádicos y no relacionados dentro de un marco general. Los pocos datos seguros con que contábamos estaban guardados celosamente por un número reducido de camaradas del CC y no llegaban al conocimiento de quienes los necesitábamos para obrar en consecuencia. Por otra parte estaba el hecho de que el CC del partido, a causa de la captura de los camaradas referidos, había quedado integrado muy inconvenientemente desde el punto de vista de la unidad de criterio, la mayoría eran camaradas de concepciones encontradas entre sí, de bajo nivel, más y menos sectarios. Creo que a esas alturas nuestro Comité Central no era capaz, en la práctica, de convertirse en una eficaz e indiscutida fuerza coordinadora y directora de toda la labor revolucionaria. En el seno del CC campeaba un increíble desconocimiento acerca de la importancia de la información y su uso revolucionario, una tremenda subestimación acerca del manejo de la técnica militar insurreccional. Hasta última hora el partido manejó la insurrección como un hecho político de masas simplemente, sin desarrollar una concepción militar específica del problema. Simplemente no se reparó nunca en que los problemas militares pasan a ser los fundamentales una vez que se ha decidido hacer la insurrección y que los problemas militares se solucionan con una técnica y una ciencia especiales, que tiene sus propias leyes, etc. Nosotros trabajamos a las masas como si el alzamiento nacional fuera simplemente una forma más elevada de trabajo en el frente sindical, en el frente de masas del partido. El plan militar central casi no era plan militar, como lo veremos más adelante. Como si eso no fuera bastante, contábamos con escasísimos medios materiales: no teníamos ni medios de transporte ni dinero, ni fuimos capaces de obtenerlos. El mero día 22, fecha señalada para el inicio de la insurrección, yo andaba coordinando células en San Salvador (trabajo previo al de las operaciones con la guarnición de Ilopango), a pie, y sin ni siquiera un cortaplumas en el bolsillo. Y lo que más duele es que el espíritu revolucionario de la masa era tremendamente elevado: un espectáculo muy serio que no era para que lo estudiaran los sociólogos treinta años después, sino que debió haber sido el norte de la brújula insurreccional del partido. Ya para ese terrible 22 de enero, el enemigo nos había cogido la iniciativa: en lugar de un partido que estaba a punto de iniciar una gran insurrec-

ción, por lo menos en lo que se requería al aparato de cuadros en San Salvador, dábamos el aspecto de un grupo de desesperados, perseguidos y acosados revolucionarios. De un momento a otro se abandonó prácticamente el trabajo y todo el mundo trató de ponerse a salvo de la represión desatada. El enemigo no esperó nuestra famosa Hora Cero para iniciar sus acciones militares contrarrevolucionarias. A los pocos camaradas que en San Salvador manteníamos contactos mutuos a nivel cercano a la dirección nos comenzaron a llegar noticias del inicio de la lucha en diversos lugares. Cuando esas noticias se referían a lugares que no estaban considerados por nosotros como zonas de operaciones, era evidente que había sido la provocación del ejército lo que había hecho que la masa reaccionara con violencia, dando excusa para proceder a su completa liquidación. A pesar del estado de desorganización en las comunicaciones, el llamado insurreccional del CC había llegado a diversos lugares de occidente y las masas organizadas, disciplinadamente, habían comenzado asimismo a entrar en acción. Noticias en este último sentido llegaron a San Salvador, sobre todo procedentes del departamento de Sonsonate, hacia donde el gobierno despachó una gruesa columna punitiva al mando del general José Tomás Calderón, siniestro asesino, apodado "Chaquetilla". Desde el primer momento se supo que la sangre corría a ríos y que la lucha era completamente desigual y desfavorable para el pueblo, a causa de la mayor organización y el total predominio de volumen de fuego de las fuerzas del gobierno. En momentos en que andaba por las afueras de San Salvador, habiendo perdido contacto por falta de un enlace que falló, me encontré con el camarada Dimas, fiel militante, y me dijo que yo debía ocultarme inmediatamente, por lo menos mientras se hallaba la forma de enviarme a occidente, que era donde se estaba combatiendo de verdad y en donde había que concentrar fuerzas. Me dijo enseguida que tenía un buen refugio en el barrio La Esperanza y hacia allá nos fuimos. Llegamos a una casa ruinoso, cuyo dueño estaba destilando aguardiente en un alambique de contrabando y se puso muy nervioso cuando Dimas le explicó que yo iba a esconderme allí un par de días. En esas estábamos cuando llegó a la casa un camarada del partido llamado Alberto Monterrosa, quien al verme me saludó sin el menor tacto, llamándome por mi propio nombre. Al oír mi nombre el dueño de la casa pegó un respingo y se puso más nervioso aún. Se llamaba Pedro Escobar y era precisamente un informante de la policía que desde hacía dos años andaba siguiéndome la pista. Yo me había enterado de sus informes e inclusive los que firmaba con el seudónimo de "Platero". Y con mi llegada le había caído en las manos a semejante hijo de puta, la perla del cielo. Al poco rato pidió que lo perdonáramos, que tenía que salir a buscar un mandado. Yo estaba en guardia, aunque eso de que Escobar fuera confidente de la policía no lo confirmé sino hasta años después, y le dije a Dimas que nos voláramos de allí. Dicho y hecho. Nos trasladamos a la casa de Rogelio Morales, que había sido candidato a no sé qué cargo en la planilla municipal del partido para San Salvador, que vivía en el barrio Lourdes. Allí tuvimos la sorpresa de que, como a la media hora, llegó el tal Pedro Escobar. Estaba ya afeitado a su presa y no quería soltarla. Aquello sí que me puso al brinco. Para quitármelo de encima le di dinero para que fuera a comprar una botella de guaro y en lo que él salió, pedí a Morales ropa para cambiarme y le di orientaciones para que confundiera a Escobar, escabulléndome de la casa inmediatamente. Pero resultó que en mi camino, al llegar a la vía férrea, pude ver que venían en dirección contraria unos veinte policías de investigaciones, con las armas en la mano. Sin duda me estaban echando un cerco. Yo me tiré a una faja de monte que había cerca y pude darles un rodeo sin que me vieran y logré salir a la avenida Independen-

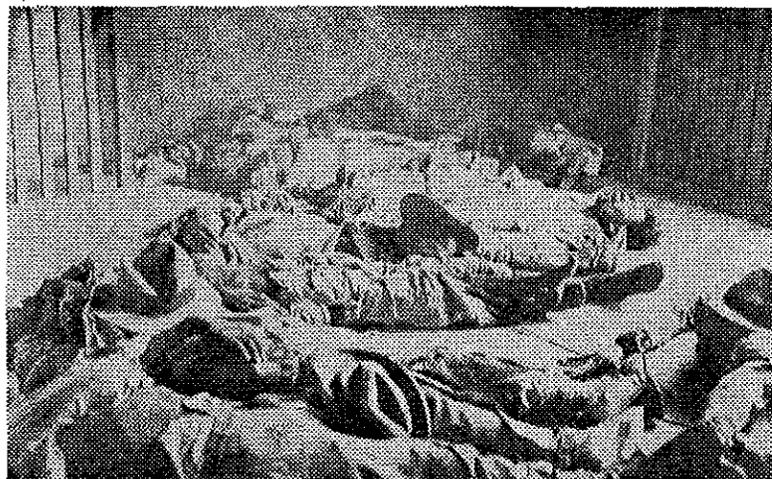
cia. Allí me encontré con el camarada Pineda, un miembro de la Juventud Comunista, que me invitó a entrar y quedarme en su casa, pero yo le dije que me estaban siguiendo de cerca y que no quería comprometerlo. Pineda todavía me dijo que no lo ofendiera, que para él morir a mi lado sería un gusto. Una lluvia de ceniza se había desatado sobre San Salvador, al parecer proveniente de la erupción de un volcán en Guatemala, cuyo fragor se escuchaba en la lejanía y hacia decir a la gente que era la artillería de las fuerzas araujistas que había invadido desde Guatemala el país y que combatían en occidente. Pineda insistió en acompañarme por lo menos mientras no me alejara de la zona de peligro y así lo comenzó a hacer, pero yo le dije que ya se me había ocurrido un lugar al cual ir, muy cerca de allí. Sólo así lo convencí de que volviera a su casa. Efectivamente, me dirigí a casa del camarada Chilano, un activista del partido que vivía en la calle Célis. Allí mismo me coparon. Desgraciadamente el oreja maldito, el tal Pedro Escobar, conocía las casas de todos los comunistas de la zona y llevó a todas ellas a la comisión judicial que buscaba. Pasó que me tomé demasiado tiempo en cambiarme de ropa nuevamente, ya que Chilano me ofreció la suya, y los policías me agarraron con los pantalones en la mano. Traté de luchar pero los policías eran muchos y bien armados y no tuve más que aceptar mi derrota.

Todavía me duele pensar que los comunistas éramos tan idiotas que ni siquiera garantizamos que cada cuadro tuviera en las manos por lo menos una pistola desde el momento en que se decidió ir a la insurrección. No sé en qué carajos estábamos pensando. Sólo eso explica que dirigentes ya de mi nivel, que se suponía arriesgábamos seriamente la vida al ser capturados, cayéramos en las garras de la policía sin disparar un tiro, sin herir siquiera a un pinche oreja. Bajo una lluvia de golpes, mis captores me condujeron a las oficinas de la policía judicial, que así se llamaba entonces la policía secreta, situada en una casa frontal al cuartel en que se encuentra aún hoy la Dirección General de Policía. Al no más llegar me metieron al interrogatorio. Me interrogó un comandante llamado Gregorio Aguillón. Yo lo conocía muy bien pero él no se acordaba de mí: él había sido obrero panificador y luego guardia nacional en San Vicente y posteriormente llegó a comandante de puesto en Soyapango. Durante el interrogatorio entró en la habitación otro conocido mío, un exsargento de la guardia llamado Arturo Martínez, a quien le pedí que interviniera en mi favor, ya que me habían detenido injustamente, etc. El tipo se asustó cuando le hablé y solamente balbuceó que él siempre me había conocido como buena gente, antes de salir velozmente de la habitación. Aguillón me interrogó acerca del lugar de reunión de la dirección del partido, acerca de las horas y lugares del inicio de la insurrección y acerca de los arsenales comunistas. Desde luego, yo sabía muy poco de todo aquello, pero lo poco que sabía me lo tenía que tragar, de manera que comencé a desviar las preguntas y a replicar en otras direcciones. Le hablé hasta de su propia vida. “Yo lo conozco a usted —le dije— y sé que siempre ha sido pobre, como nosotros los comunistas, como yo. Si en estos momentos le pido que me preste dos pesos, seguro que no los tiene. Esta es la lucha de los pobres contra los ricos y es terrible que sean pobres como ustedes los que los ricos usan para reprimir a los demás pobres”. Y por ahí me le fui y él no me pudo llevar a rozar siquiera los temas que le habían mandado sacarme. Al cabo de una hora más o menos, terminó el interrogatorio y me llevaron al interior, hasta una celda oscura, de doble reja, en los meros sótanos. En las inmediaciones había otras celdas, repletas de reos. Recuerdo haber reconocido en una de ellas al Dr. Salvador Ricardo Merlos. Los cuilios que me llevaron a la celda me advirtieron que

pronto iban a volver por mí para otro interrogatorio, pero que éste iba a ser bravo de verdad. Efectivamente, a al cabo de unos cuantos minutos llegaron de nuevo y me llevaron directamente a la oficina de la Dirección General de Policía, en el cuartel de enfrente. Allí me esperaba el propio director general, el temible coronel Osmín Aguirre y Salinas; el subdirector, un coronel cuyo nombre olvidé; y un secretario. Por cierto que el más agudo para tratar de joderme en todo el interrogatorio iba a ser el tal secretario, pues como siempre pasa en estos casos, el hombrerito trató de ganar méritos a mis costillas. Me preguntaron en primer lugar por el viaje a la URSS y por mi militancia partidaria. Yo evité decir todo lo que pudiera ser información utilizable por ellos contra el movimiento, pero les conté de la URSS y de la esperanza que ésta significaba para los pobres del mundo y traté de dejarles en claro cuáles eran las motivaciones profundas de la lucha de los comunistas. Por momentos el interrogatorio se convertía en discusión pura y simple. Como cuando el tal Osmín Aguirre manifestó solemnemente que en El Salvador no había clases sociales. Además de malo era ignorante el criminal este. Yo le dije; "Eso no es motivo de discusión. Es fácil probarlo. Incluso en esta habitación hay clases sociales. Entre usted que no trabaja y vive como un rey y el secretario que trabaja como una mula y vive con el culo roto, hay la diferencia de pertenecer a distintas clases sociales. Si tuviera más tiempo se lo probaba minuciosamente, en el plano nacional." Osmín saltó hecho un basilisco, pálido y desencajado, y me gritó: "No vas a tener tiempo infeliz, porque aquí mismo y en este mismo día te vas a morir." "Con eso me ahueva, mi coronel —le contesté—, los comunistas siempre estamos listos para morir. No necesitamos ni confesiones." El coronel se apartó bufando y recommenzó el interrogatorio: los planos del partido, descripción de nuestros efectivos, dónde y cuándo iban a comenzar nuestras operaciones de mayor volumen. Yo no les dije nada, pero la verdad es que ellos tampoco fueron excesivamente insistentes. Creo que tenían sin mí suficiente información. En total estuve allí más de una hora y luego fui devuelto a las celdas. En el corredor adyacente a la dirección había un nutrido grupo de policías uniformados con gruesos látigos en las manos, y cuando salí armaron gran alboroto. Gritaban "Déjenoslo a nosotros, dénos el permiso, mi coronel, pónganoslo en nuestras manos unos pocos minutos y le vamos a bajar los huevos hasta los calcañales." Yo escupí ostensiblemente contra el suelo y ellos me amenazaron: "Ni trates de dormir que ya mero vamos a ir por vos y te vamos a hacer mierda. No vas a ser el primero." Me quedé sumido en mis pensamientos en la celda de la judicial. Noté que habían vaciado las celdas de los ladrones y sólo quedaban ocupadas las de los políticos. A los pocos minutos llegaron de nuevo por mí. En una habitación bien iluminada habían hecho una serie de conexiones eléctricas que iban hasta un sillón metálico, grande como los de las barberías, y habían echado cortinas negras sobre las ventanas. Adentro había unos veinte policías judiciales al mando de un comandante llamado Balbino Luna, que por cierto todavía vive, metido a creyente evangelista. A empujones me hicieron entrar y cerraron la puerta tras mí. Me sentaron frente a una mesita y comenzó un nuevo interrogatorio, sólo que esta vez había un personaje que no había aparecido antes: un abogado que hacía las funciones de notario y asentaba constancia protocolaria de mis respuestas. Esta pantomima se llama "consejo de guerra" o juicio militar, en la cual el reo nunca sabe nada sino hasta cuando está condenado y ha sido la fórmula para legalizar innumerables crímenes cometidos por las autoridades militares en la historia de El Salvador. Las preguntas me las hacía el comandante Luna. Volvieron a lo mismo: la insurrección acordada, jefes, lugares de reunión, organización, locales, efectivos, etc. Frente a la presencia del notario tuve que ser

mucho más cauto en mis respuestas. Me preguntaron si era comunista y con dolor de mi alma y —aunque lo había aceptado antes, frente a Osmín— dije que no, que simplemente era un dirigente obrero de la regional. ¿Y el viaje a la URSS? Bueno, aunque el sistema de vida de la URSS era el socialismo, dirigido por el Partido Comunista, no sólo los comunistas podían viajar hacia allí y les conté de los muchos turistas del mundo capitalista que vi en Leningrado y Moscú. Yo no había sido invitado por la Komintern, que era la Internacional Comunista, sino por la Profintern, que era el organismo internacional del movimiento obrero organizado. Claro, después de tantos años y de tantas experiencias, me miro la cara de tonto que debí haber tenido en aquella ocasión. ¿Cómo se me pudo ocurrir que con este tipo de defensa y este tipo de diferenciaciones iba a impresionar a los interrogadores en favor mío? Finalmente cerraron aquel interrogatorio superficial y pasaron a las amenazas de tortura. El notario cogió sus papeles y se fue. Los policías me desnudaron, me descalzaron y me hicieron sentar en el sillón metálico. El interrogatorio continuó allí, pero en un tono grosero y burlón. Eso me enojó y me hizo gritar a los policías: “Ustedes son unos cobardes: lo que pasa es que no tienen valor para matarme y están con estas payasadas. Dejen de mariconadas y háganme pronto el sacrificio indio”. Los impresioné “¿Qué es eso del sacrificio indio?” —preguntaron “Pues consiste en amarrarlo a uno con alambres eléctricos al rojo vivo y luego darle fuego a uno con leña o zacate verde. Eso duele como la gran puta”. “¿Qué desgraciados son estos comunistas —dijo un policía— ni ellos mismos se quieren”. Después supe que entre aquel grupo de judiciales se encontraba el agente que avisó a mi hermana acerca de la inminente captura de Martí. También supe luego que en la celda para ladrones que estaba contigua a la sala en que se desarrolló todo este interrogatorio, se había quedado al descuido un ladrón que escuchó todo y que al salir libre fue a contarle a casa de mi hermana. Luego de una media hora me dijeron que me vistiera y me sacaron de ahí. Me llevaron esta vez a las celdas de la policía nacional, las de la planta alta. Estas, que son un buen número y bastante grandes, estaban que reventaban de obreros y campesinos. Al grado de que todos estaban de pie, unos junto a los otros, sin poder sentarse ni mucho menos acostarse. Empecé a reconocer caras de camaradas del partido, de la juventud, de la regional, todos ellos mostrando huellas de las torturas y los golpes recibidos. Con el primero que hablé en la atestada celda en que me metieron fue con Gerardo Elías Rivas, llamado “Cafecito”, un líder anarcosindical, muy puro y sincero, equivocado políticamente, pero una magnífica persona. Se había educado en México. Un grupo de migueleros “sotistas”, entre los cuales recuerdo a un señorón elegante y galán, de apellido Fortis. Otro se llamaba Virgilio y un tercero, Humberto Portillo. Estaban también allí dos jóvenes chalatecos bastante elegantes pero muy tristes, que eran desconocidos para mí; el famoso líder araujista Nefthalí Lagos, buen periodista, de Jocoro; y una gran cantidad de trabajadores y empleados a quienes tampoco reconocí. El hacinamiento era terrible: uno defecaba y comía en un espacio reducidísimo. El olor de la pequeña letrina de hoyo era espantoso. Y frente a la puerta de la celda estaba emplazada, apuntando hacia nosotros, una ametralladora de trípode, cuyos manipuladores nos amenazaban a cada rato con disparar. Entró la noche. Desde los garitones cercanos comenzaron las ametralladoras a disparar al aire para amedrentar a la población capitalina. A cada momento pasaban los aviones de guerra rumbo a occidente: iban a bombardear a los campesinos de Armenia, San Julián, Izalco, Sonsonate. Desde ahí me comencé a dar cuenta de que nada nos había salido bien, pues a esas alturas, según nuestros planes originales, todos los aviones militares del gobierno salvadoreño

deberían estar controlados o destruidos por la acción de los grupos que iban a tomar el aeropuerto, en colaboración con la propia guarnición del lugar. Yo mismo había coordinado el plan y había dejado bien adelantados los contactos, al grado que mi captura no necesariamente tenía que haber paralizado las operaciones. Al día siguiente, después de una noche de nervios verdaderamente terrible, llegó a la celda la prensa diaria con la noticia, a grandes titulares, de la muerte del doctor Jacinto Colucho Bosque. Los titulares de prensa eran enormes y decían: **ASESINADO POR LOS COMUNISTAS**, como si aquella muerte hubiera sido la primera de todo aquel proceso y el gobierno no hubiera asesinado a aquellas alturas a centenares de campesinos. Las noticias relataban en términos espeluznantes cómo un grupo de campesinos había dado muerte a este profesional, después de interceptar su auto en la carretera de Sonsonate. Los términos de todas las noticias al respecto estaban dirigidos a crear en las capas urbanas el mayor terror, presentando a los comunistas como desalmados criminales que con un machete en la mano se habían lanzado a una orgía de sangre y terror. La prensa trataba además de aterrozar a la población anunciando inminentes asaltos de las "hordas rojas" a la capital y planes de los comunistas de asesinar a todos los propietarios privados, grandes y pequeños, y de violar a todas las mujeres, doncellas, casadas, jóvenes y viejas. Ese

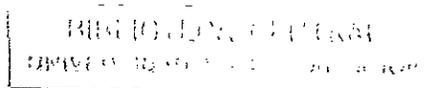


clima de terror iba a servir para justificar el real crimen del gobierno y de las fuerzas armadas contra el pueblo salvadoreño. Los jóvenes chalatecos fueron los únicos que se alegraron al ver los periódicos. Yo les pregunté por qué, ya que aquellas noticias eran, sin duda, parte de nuestra sentencia a muerte. "Ese Colucho Bosque recibió el castigo de Dios —me dijeron— Ese es el culpable de nuestra desgracia actual. Por razones de enemistad personal nos acusó de comunistas allá en Chalatenango, y marcó de rojo nuestras puertas lo mismo que las puertas de otras personas inocentes. Por eso estamos presos. No somos comunistas, pero si ese canalla se fue ya adelante a nosotros no nos importará morir. Ya fuimos vengados de antemano y no vamos a parar en el purgatorio por causas de rencor. Ahora ya podemos perdonar a semejante hijo de puta." Por cierto que los que mataron a

Colocho Bosque fueron unos campesinos de Colón que estaban encargados por el partido de controlar el tránsito en la carretera de occidente, y cuando detuvieron el carro de aquél, reconcieron al profesional que en tiempos del gobierno araujista los había llevado con engaños a trabajar a la carretera de Chlatenango, y una vez allá, los había hecho jornalear como esclavos, maltratándoles y exprimiéndoles, y luego los había hecho arrojar de la zona sin pagarles, valiéndose del apoyo que recibía de las autoridades locales. En realidad aquel carro fue el único atacado, cosa inexplicable si se tratara de asesinos desenfrenados y si se sabe que como al caso de Colocho detuvieron a muchos carros que transitaron por Colón antes y después de comenzada la masacre oficial, los inspeccionaron y los dejaron seguir. Pero lo que la prensa quería era azuzar la represión contra el pueblo y sus informaciones no analizaban nada sino que se limitaban a sei groseras deformaciones horrorizantes. No tenían para cuándo terminar con lo del vandalismo rojo y demás epítetos. Y nosotros veíamos venir nuestro fusilamiento como algo indiscutible "Cafecito" entró en miedo por aquella razón y comenzó a reclamarme en tono subido, echando la culpa al Partido Comunista por la situación en que nos encontrábamos. Yo le discutí con disgusto y me violenté con él. El señor Fortis nos calmó, diciéndonos que si íbamos a compartir la misma suerte era un error estar peleando. Pero el miedo empezó a crecer en horas de la tarde. Cuando llegó la noche la desmoralización era tremenda y hasta yo mismo comencé a sentir que las fuerzas morales me flaqueaban. Era nítido el sentimiento colectivo de la proximidad de la muerte. Entonces decidí tomar una medida radical. Me paré en el centro de la celda y les dije a todos en tono golpeado: "Si sigue este miedo que nos está matando a todos antes del tiempo, me voy a poner a gritar vivas al Partido Comunista para que nos hagan pedazos de una vez con esa ametralladora que nos está apuntando". Esto calmó bastante los ánimos y por lo menos terminaron los conatos de lloriqueo. Hasta algunas bromas salieron a relucir por ahí, haciéndonos reír a la fuerza.

Pero nadie dormía en la celda. Ni por la aglomeración, ni por el calor, ni por el nerviosismo. Como a eso de las diez de la noche retumbó un grito en medio del silencio: "¡Miguel Mármol, al recinto!" El compañero Cafecito me dijo en secreto que no contestara, que de seguro estaban sacando a la gente para ir a fusilar. Pobrecito Cafecito, esa fue la noche en que murió él también, sólo que en otro paredón. Vino un segundo grito, ya muy cerca de la celda, llamándome. Yo contesté golpeado: "¡Aquí estoy, carajada!" En lo que los policías abrían la puerta, repartí mi comida entre los que se quedaban, el rancho de tortilla y frijoles y unos huevos que nos habían logrado meter desde la calle los familiares de algunos reos. Me sacaron a empujones, tomándome del pelo y pegándome hasta con las pistolas. No me dejaron ni ponerme la camisa, me la amarraron a un brazo después de atarme fuertemente las muñecas a la espalda. Yo todavía les dije, para no perder la moral: "No saben ni amarrar como la gente, chambones". Ahí me dieron un codazo en el estómago que me sacó el aire y me hizo ver lucitas. A pura riata me bajaron al patio, al grado que yo pensé que ahí mismo me iban a matar. Pero no, me habían llevado allí para reunirme con otros reos. En pocos minutos estuvimos reunidos dieciocho prisioneros, casi todos camaradas del partido o sindicalistas de la regional. Entre ellos recuerdo a Manuel Bonilla, líder del Sindicato de Trabajadores de Hotel, un muchacho de unos veinticinco años, miembro de la Juventud Comunista; a Rafael Bondanza, un gran camarada del partido, maquinista del ferrocarril de Sonsonate; al camarada Marcelino Hernández, panificador; a Santiago Granillo, paisano mío, oriundo de Ilopango y especialmente odiado por las autoridades por-

que se había dado el lujo de verguear uno por uno a todos los aviadores militares del aeropuerto, pues era un hule el muchacho aquel para dar y quitarse los zopapos, además de magnífica gente (esa noche, por cierto, por estar tan mal recomendado por los de la aviación, se ensañaron con él y le cortaron los brazos al cadáver); a mi camarada Dimas, de la Juventud Comunista, de quien ya hablé antes; a Serafín G. Martínez, líder sindical y trabajador de la Singer, que por cierto no era miembro del Partido; a Alfonso Navas, sastre comunista y hombre muy estimado en su gremio, por trabajador y honrado; al ruso y su ayudante, etc. Este ruso era un extranjero que se dedicaba a vender imágenes de santos en las zonas rurales y la gente decía que era un comunista soviético de la Internacional, pero la verdad es que nunca tuvo contacto conmigo ni con el Partido, que yo sepa. Era joven, alto, rubio, bien parecido y tenía tipo eslavo. Y si no era comunista, la verdad es que murió como si lo hubiera sido, con una serenidad tremenda. Su ayudante, un muchacho muy joven, de Santa Tecla, no quería salir de la celda en que se encontraba, pero lo sacaron a culatazos y así le rompieron la cabeza. Cuando nos estaban alineando en el patio, llegaron unos oficiales del ejército y preguntaron por mí. Luego discutieron conmigo superficialidades acerca del porqué de la insurrección. Bondanza y Bonilla se dirigieron a ellos y a los policías en son de arenga, diciéndoles que llegaría el día en que se convencerían de la bondad del comunismo y del crimen que el gobierno estaba cometiendo entonces con nuestro pueblo. Los oficiales contestaron simplemente que ya habían terminado con la insurrección comunista y que en todo el país había miles y miles de muertos. Por lo demás no se mostraron agresivos ni nos ofendieron. Unos policías grandotes terminaron de amarrarme por los brazos con cuerdas fuertes y tan apretadamente que comencé a sentir como si la sangre se me quisiera salir por la boca. El cuerpo me comenzó a temblar y entonces ellos comenzaron a burlarse diciéndome que tenía miedo. Yo les reclamé ofendido y les dije que era sólo por la presión de la sangre y que en realidad tenía menos miedo que ellos, que ellos en mi lugar ya se habrían cagado tres veces. Un camión grande entró en el patio para llevarnos. Los policías comenzaron a obligar a los reos a subir, a puros culatazos. Yo no pude subir porque la cama del camión era muy alta y entonces dos policías me guindaron de los brazos y me tiraron al camión como si fuera maleta. Caí todo doblado junto al ruso y le pedí que me permitiera recostar la cabeza sobre sus piernas. El hablaba con acento pero en correcto español, y me respondió con gran cordialidad: "Acuéstese, camarada, no tenga pena". Así salimos de la policía velozmente y enfilamos con rumbo a los alrededores de la ciudad, precisamente en dirección a mi zona natal, cosa que se me hizo evidente cuando pasamos frente a Casamata, donde un piquete de soldados nos pasó una inspección. A cargo de nuestra custodia iban en el camión diecisiete policías nacionales armados con fusiles máuser, el jefe de la comisión, llamado capitán Alvarenga, que iba en la cabina con una ametralladora de mano alemana, de las llamadas "Solotur", y el chofer, que también llevaba una "Solotur". Por cierto que el tal capitán Alvarenga falleció algunas semanas después, de fiebres intestinales, impresionado quizás por tantos y tantos crímenes como aquellos. Se fue en caca el hombre. Al pasar por Soyapango nos salió al paso un pelotón de guardias nacionales que tenían tendida una emboscada y pidieron que fuéramos entregados a ellos para fusilarnos allí mismo. Dijeron que nos querían "beber la sangre". El capitán Alvarenga se negó, alegando que la misión era de él y que él la iba a cumplir. Entonces fue que supimos claramente y de una vez por todas nuestro destino. Los guardias finalmente accedieron a dejarnos pasar y les dijeron a los policías que podían actuar con tranquilidad, ya que esa zona estaba contro-



lada por ellos y por tres o cuatro patrullas militares en ronda constante. Yo pensé que en medio de todo había tenido suerte porque me iba a tocar morir cerca de mi pueblo, cerca de donde está enterrado mi ombligo. Como hubo inquietud en el grupo al saberse de plano que no teníamos salvación, los policías comenzaron a repartir culatazos e insultos. Para qué toda aquella crueldad si todos estábamos amarrados como si fuéramos tamales de azúcar. A Serafín G. Martínez le rompieron la boca y los dientes con el cañón de un fusil. Al final paramos en un lugar bien oscuro que corresponde al cantón El Matazano, jurisdicción de Soyapango, había entonces un camino vecinal de tierra, muy polvoriento. Actualmente está ahí la carretera hacia el aeropuerto o boulevard del ejército, en la parte que está frente al motel Royal, un poco más adelante de la fábrica de zapatos ADOC. La luna brillaba en el cielo, pero los árboles hacían que el lugar permaneciera oculto en la oscuridad. Nos bajaron a todos del camión a punta de culata. Yo me tiré como pude y quedé como sembrado en el suelo y llegó un policía a ayudarme y me quitó el sombrero de un manotazo. Pero yo lo puse en firme y él se retiró y no me siguió jodiendo. Cuando me incorporé al grupo, sacaron de él a empellones a Bonilla y a Bondanza y los pusieron contra el paredón. Serafín Martínez, con la boca toda llena de sanguaza y de pedazos de dientes le decía al capitán Alvarenga que no mataran a Navas, porque tenía cinco hijos. Era una gran alma Serafín. Pero yo que siempre he sido bruto y endiablado, le dije en voz alta: "No pida nada a estos hijos de puta, que a matarnos han venido". Los faros del camión iluminaban la escena. Quince policías se formaron en pelotón de fusilamiento, mientras los otros dos y el chofer y el jefe nos apuntaban a nosotros. El jefe dio la voz de "preparen, apunten y fuego" casi de una sola vez. Digo yo que por los nervios. Pero la tropa estaba muy nerviosa también y de la primera descarga sólo hirieron levemente a nuestros dos compañeros. Con la segunda descarga los hirieron bien, pero los compañeros no cayeron, aguantaron a pie firme los bergazos, aunque en la cara se les vio la muerte. A veces sueño todavía con sus gestos. Bondanza gritó "¡Viva el Partido Comunista!" La tercera descarga fue certera y los dos se desplomaron. El capitán Alvarenga preguntó "A ver, ¿quién es el que quiere morir ahora?" "Yo" —grité, y di un paso al frente. El pelotón de fusilamiento estaba a un lado del camino y el paredón estaba del otro. Los policías sudaban, a pesar del frío de verano. Todo el cuerpo me picaba y yo no me podía rascar por el amarre de los brazos. Comencé a atravesar el camino, cuando oí una voz serena: "A la par del camarada Mármol moriré yo". Era el ruso. Como pudimos nos estrechamos las manos dándonos las espaldas y juntándonos, y nos pusimos frente al paredón con actitud altiva. El jefe dio la voz de mando y nos vino encima la primera descarga. No nos tocaron y yo pensé que eso era por puro joder, por prolongarle a uno el martirio. "Ni a tirar bien han aprendido, cabrones" —les dije, con calma. Los policías todavía nos tiraron dos descargas más, que sólo nos rozaron, y el capitán Alvarenga comenzó a putearlos. A la cuarta descarga sí me hirieron, a la altura del pecho, pero felizmente no de adelante para atrás sino de lado, por la postura que adopté al sonar la voz de "¡Fuego!". Los tiros me atravesaron la tetilla y el brazo izquierdo. Para mí la herida fue sabrosa, pues al salirme la sangre a borbotones se me alivió la presión que las ataduras de los brazos me hacían. Yo no me acordé ni de bajar santos del cielo ni de nada. De mi madre sí me acordé. Pero más que todo, no sé por qué aún allí y en aquella situación, yo sentía que iba a salir de aquel lío, que no me iba a morir allí. De todas maneras, caí, pataleando, por la fuerza de los impactos. El ruso no cayó, aunque fue herido también, en el pecho o en un hombro. Cuando unos policías de pelotón llegaron a ayudarme a incorporar, ya yo estaba otra vez de pie.

“Putá —les dije— así no vamos a terminar nunca” No sé de dónde me salía aquella serenidad, aquel sentimiento de invulnerabilidad. Vino otra descarga. Aquí sí me dieron bien. Sentí varios golpes en el cuerpo y un como timbrado, un como golpe eléctrico en toda la cabeza. Después vi una luz intensa y perdí el sentido. Al despertar estaba de bruces manando sangre de la cabeza. Mi pensamiento estaba claro. El cuerpo del ruso estaba sobre el mío y todavía goteaba sangre caliente. Cerré los ojos e hice lo posible por respirar sin ruido, aunque me salía sangre por la nariz. Oí que el camión calentaba el motor, pero lo peor vino cuando pude oír que el bandido del capitán Alvarenga ordenaba que le dieran el tiro de gracia a cualquier cuerpo que diera señales de vida. A Bonilla y a Bondanza los encontraron todavía vivos. Oí la voz de Bondanza que decía: “Mátennos de una vez, hijos de puta, con un chorro de tiros”. Bonilla gritó: “¡Viva la Internacional Comunista, viva el Partido Comunista Salvadoreño, viva la Unión Soviética, viva el camarada Stalin, muera el general Martínez!” Y Bondanza contestaba. A mí me dieron ganas de contestar también, pero me contuve. Los policías los insultaron y les dispararon repetidas veces. Luego llegaron hasta donde yo estaba tendido. Levantaron el cuerpo del ruso, que no dio señales de vida. Un policía me iba a tirar a mí, oí cómo el cerrojo del fusil cortó el cartucho, pero el otro le dijo: “Eso es gastar pólvora en zopes, ¿no ves que tiene los sesos de fuera? Lo que podemos ver es si tiene dinero. Al ruso, después me di cuenta, un balazo en la frente le había abierto la cabeza y le había saltado los sesos y parte de la masa de sus sesos me cayó a mí en la cabeza y parecía que eran mis sesos salidos por las heridas que tenía en ambas sienes. Me rompieron el pantalón buscando pisto. Yo sólo tenía ochenta centavos que eran lo que me había quedado después de que mandé al traidor Escobar a comprar guano. El capitán Alvarenga ordenó que le cortaran las pitas de amarre a todos los cadáveres, para que los enterradores los pudieran arrastrar mejor a la fosa al día siguiente. Entonces fue que machetearon todo el cadáver de Granillo. Luego siguieron cortando los amarres a puños machetazos. Me hirieron seriamente en los dedos y en el brazo que todas maneras ya tenía muerto por las heridas de la fusilada. Entonces se fueron por fin. Para mí habían pasado los siglos y había vuelto a nacer. Cuando oí el camión bastante lejos, me incorporé dificultosamente y fui a ver si no había algún otro camarada vivo como yo. Todos estaban bien muertos. Me llevé el sombrero café, nuevecito, de Serafín G. Martínez, porque nunca me he acostumbrado a andar sin sombrero.

III

“EL PORQUE DE LA INSURRECCION Y SU FRACASO”: EL ANALISIS Y LA DENUNCIA

Desde el punto de vista del contenido, nuestras primeras reuniones de organización y propaganda se caracterizaron por tratar de examinar críticamente con los escasos elementos de juicio que se poseían en el pozo clandestino a que habíamos sido reducidos, la justeza de la línea insurreccional, la oportunidad de la insurrección, la forma en que ésta fue llevada a la práctica, los resultados obtenidos y la reacción del enemigo contra las masas, el fracaso militar y la situación nacional después de los sucesos y, finalmente, la perspectiva para las fuerzas revolucionarias bajo las condiciones de terror impuestas por la férrea dictadura martinista. Como

resultado de las discusiones llevadas a cabo en aquellas reuniones de Usulután y sus alrededores; elaboramos un informe de unas treinta y cinco páginas titulado "El por qué de la insurrección y su fracaso", una copia del cual se envió posteriormente a México y otra a la URSS. No se cuál de las copias llegó a su destino porque una cosa cierta es que cuando me volvieron a capturar, en 1934, en la policía me pasaron por las narices una copia de dicho informe. En él se llegaba a la conclusión de que a fines de 1931 y a principios de 1932 existían las condiciones para plantear a las masas salvadoreñas la toma inmediata del poder mediante la insurrección armada de las clases trabajadoras de la ciudad y del campo con el fin de implantar la revolución Democrático Burguesa que mejorara las condiciones socioeconómicas de la clase obrera y propiciara su desarrollo; que entregara la tierra a los campesinos necesitados y que desarrollara la industria de la naciente burguesía nacional, que se vería liberada así de las ataduras imperialistas. De haber habido éxito y de haber tenido el respaldo de la existencia de un campo socialista como el actual, el tipo de revolución a plantear de inmediato habría sido, claro está, la del desarrollo de la economía no capitalista sobre la base de la más profunda reforma agraria, las nacionalizaciones, las paulatinas socializaciones y la liberación nacional anti-imperialista. Pero para entonces

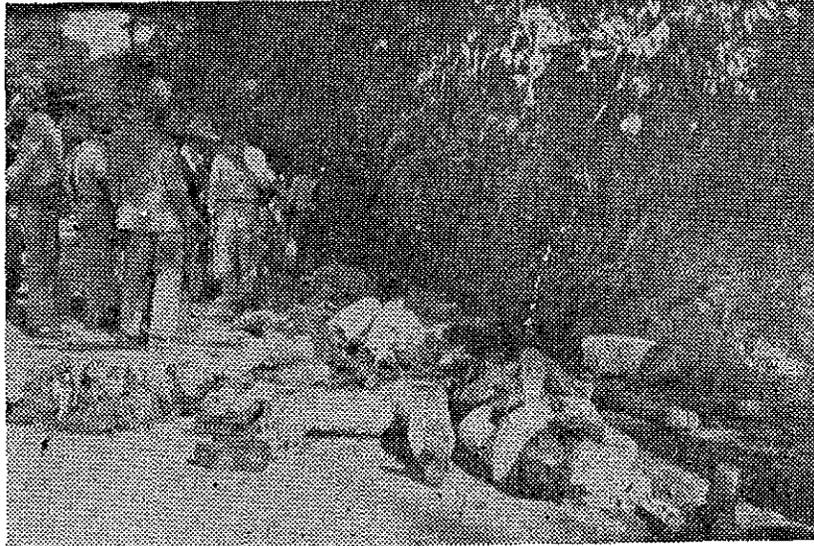
✓ Las condiciones que establecieron la existencia de una verdadera situación revolucionaria y que reclamaban el planteamiento de la acción por parte del partido ante las masas (que es un asunto que no se suele examinar entre nosotros actualmente y que es omitido o disminuido entre otros por el Dr. David Luna en sus análisis, asunto sin lugar a dudas fundamental) eran las siguientes:

1) La crisis de la economía mundial capitalista iniciada en 1929 llegó a El Salvador y se cebó en las masas con especial crueldad. Los precios internacionales del café se vinieron al suelo. El hambre apareció en todo el país y la desesperación de las masas trabajadoras llegó a un nivel sin precedentes. La burguesía estaba totalmente desconcertada ante la crisis económica y por el nuevo giro político nacional desde el fracaso de Araujo y su caída. La crisis económica planteaba además a la oligarquía salvadoreña, que vio con espanto las movilizaciones de las masas, un momento crucial su salida de la crisis y las posibilidades de su desarrollo como poder político nacional en las nuevas condiciones del mundo dependían del aplastamiento del movimiento revolucionario popular.

2) Crisis política nacional. Furia contenida de las masas radicalizadas por el derrocamiento del gobierno de Araujo, derrocamiento llevado a cabo por una fracción civil-militar manejada desde las sombras por el general Martínez a escasos nueve meses de asumir el poder con gran apoyo popular y gran pompa ceremonial. Repudio unánime a los golpistas y al nuevo gobierno.

3) Repudio internacional al nuevo gobierno. A un mes y días de asaltar el poder, o sea, cuando se planteó seriamente por nuestra parte la posibilidad insurreccional, el gobierno de Martínez no tenía el reconocimiento diplomático de ningún gobierno del mundo.

4) El Salvador era uno de los eslabones más débiles del imperialismo en esta parte del mundo. Aún más: El Salvador era un campo de batalla de varias contradicciones interimperialistas, pero todos los imperialismos eran relativamente débiles con respecto al país. No se podía decir rotundamente que el imperialismo yanqui o el imperialismo inglés tuvieran la sartén salvadoreña cogida por el mango en aquel



entonces Inclusive el general Martínez manifestaba claramente sus simpatías germanófilas y se inclinaba por el nazi-fascismo Desde luego, ya el imperialismo yanqui preparaba su asalto al país y pronto llegaría a desplazar a los demás imperialismos, primero después de la masacre del 32, cuando jugó a la carta del general Martínez y luego, definitivamente hasta hoy, al salir victorioso de la segunda guerra mundial Es interesante ver cómo en la historia nos encontramos con numerosos casos en que el eslabón más débil del imperialismo en una zona es fortalecido por medio de la violencia: masacres contra el pueblo, guerras locales entre naciones hermanas, conflictos fronterizos, etc. Si el pueblo no se apresura para usar la violencia revolucionaria para dominar la situación favorable en un momento histórico, o, como nos sucedió a nosotros, si se usa mal la violencia, el imperialismo pone más tarde o más temprano su empujón de violencia reaccionaria y fortalece su sistema de dominación local

5) Había extremo descontento de la burocracia estatal y de los servidores y trabajadores del estado en general por la radical reducción de sus salarios (reducción fijada en un 30 por ciento), dispuesta por el gobierno martinista

6) Había una tremenda indignación entre las masas campesinas por el acen tuamiento de la explotación y la extrema violencia que la clase patronal y las fuerzas represivas gubernamentales habían venido desarrollando en contra suya en todo el país: trato de esclavistas a esclavos en fincas y haciendas, salarios de hambre, rebajas de los salarios en forma arbitraria e inconsulta, despidos masivos injustificados, desalojos en contra de los colonos, negación sistemática de arrendar tierras, agravamiento de las condiciones de trabajo para aparceros, destrucción de la cosecha de los campesinos inconformes por el método de quemar los sembrados o echar

sobre ellos el ganado de pasto, cierre de los pasos a través de fincas y haciendas —inclusive en el caso de que dichos pasos tuvieran la categoría de caminos vecinales—, represión directa y enconada de la guardia nacional en forma de encarcelamientos, expulsiones de domicilio, quema de viviendas, violaciones de mujeres, torturas y asesinatos contra quienes se atrevieran a protestar. Todo esto, agravado por el desempleo y el hambre y todas las demás miserias extremas que trajo la crisis económica, y por el arrebatamiento del triunfo electoral a los comunistas y demás sectores progresistas en que los campesinos y peones depositaban sus últimas esperanzas, todo ello, hizo que la masa rural entrara en una actitud insurreccional aguda. Las masas urbanas del centro y el occidente apoyaban en lo fundamental el clamor que venía del campo. Las masas populares no querían seguir viviendo como hasta entonces.

7) Intensa agitación político-ideológica y propaganda social de distintos sectores extremistas, como los anarcosindicalistas, los demagogos electoreristas, los araujistas (que habían hecho de la promesa del reparto de tierras —luego incumplida— la base de su propaganda en la campaña presidencial), etc.

8) Contábamos con un Partido Comunista que, aunque poco experimentado y con grandes vacíos ideológicos y teóricos, tenía una gran disciplina y gozaba de una enorme popularidad y autoridad. Su dirección era aceptada por el movimiento obrero organizado, por el movimiento campesino (en el seno del cual su línea era realmente indiscutida) y era muy dominante en el movimiento estudiantil y entre la intelectualidad pequeño burguesa. Además nuestro partido contaba con un buen núcleo de soldados comunistas y hasta con grupos de oficiales situados en lugares claves de la organización militar de la burguesía, como veremos más adelante. En este aspecto creo que podemos decir que contábamos con suficiente fuerza dentro del ejército como para iniciar una insurrección masiva, apoyada en dicha fuerza para dar un primer golpe devastador, de sorpresa, desde dentro del aparato represivo burgués. El PCS tenía, ya a los dos años de su nacimiento, las características de un núcleo de vanguardia que, dentro de las condiciones del país en aquel entonces, podría ponerse a la cabeza de las masas y plantear la revolución. En ese sentido cubríamos todos los requisitos que habían sido señalados en las reuniones informales entre comunistas en la Conferencia de la Sindical Roja en Moscú, o sea, que al lanzarnos a la insurrección no nos salíamos de los criterios corrientemente aceptados en el movimiento comunista internacional de la época. Ello nos hacía esperar, asimismo, que si nuestra insurrección se veía coronada con el éxito y ante la toma del poder por el pueblo se produjera una intervención extranjera contrarrevolucionaria, imperialista, tendríamos la solidaridad material y moral de todos los partidos comunistas del mundo, del movimiento obrero internacional y de la Unión Soviética de Stalin.

9) Contábamos también con un programa amplio de la revolución democrático-burguesa con el que esperábamos tener un gran campo de maniobra frente al imperialismo y poder incorporar a la revolución a las capas medias, neutralizando inclusive, por lo menos temporalmente, a la oligarquía terrateniente. Este programa tenía un criterio y una sistematización de los problemas inmediatos de gobierno en la primera etapa de la revolución. Incluso estaba ya designada la persona, el negro Martí, que se encargaría de coordinar los contactos para la integración de un gobierno democrático y amplio, con participación de profesionales consecuentes con el pueblo, etc. La toma del poder por parte de la clase obrera y el campesi-

nado para hacer la revolución democrático-burguesa no era una consigna sectaria. El movimiento obrero organizado, aunque de composición primaria ya que el desarrollo capitalista de nuestro país era escaso, tenía un prestigio enorme a nivel nacional y era una fuerza verdaderamente decisiva. Entonces no existía la AGEUS, las organizaciones profesionales, los frentes únicos democráticos. Los problemas políticos populares se discutían fundamentalmente en el seno del movimiento obrero. Y de la población rural ni se diga. Era (campesinos pobres y peones o proletarios agrícolas) la mayoría aplastante de la población (más de 75 por ciento) y estaba en su conjunto en las posiciones más radicales e incluso tendía o comenzaba a tender hacia una insurrección espontánea

10) Las vías legales estaban agotadas. En primer lugar las grandes masas no creían, no creían más ni en los partidos políticos burgueses ni en el juego electoral burgués. La demagogia del Partido Laborista de Araujo fue la que dio al traste con la fe en los partidos tradicionales y el fraude electoral contra nosotros hundió a todo el sistema electoral ante los ojos de las masas. Las masas indígenas y campesinas, por ejemplo, habían creído que un cambio de autoridades resolvería sus problemas, como ya expliqué, es decir, un cambio de autoridades que llevara a las diputaciones y alcaldías a autoridades indígenas, campesinas, etc., a autoridades provenientes de esas capas superexplotadas. Esta demanda fue muy sentida por la población y por ello fue que nuestros candidatos, extraídos realmente del seno de la masa, obtuvieron tanto respaldo. El fraude terminó con las ilusiones y la masa engañada y dolida vio que sólo el camino de las armas significaba una garantía para ella.

No creo coger cara de profesor o académico al decir que creo que bastan estos aspectos de la realidad salvadoreña de entonces para comprobar que nos encontramos con una situación revolucionaria típica y que era necesario pasar a la acción. No creo que se nos deba atribuir aventurerismo pequeño-burgués por haberlo hecho. Incluso lo hicimos demasiado tarde, como pendejos, lo hicimos después de que el enemigo había comenzado la represión y nos había asestado golpes demolidores en los aparatos de dirección, en los núcleos militares básicos, poniéndonos por completo a la defensiva. Creo que nuestros errores fueron de derecha y no de izquierda. Nuestros errores fueron por una parte de vacilación en la aplicación de una línea que era en lo fundamental correcta, lo cual no permitió el aprovechamiento de la oportunidad adecuada, la sorpresa, el mantenimiento de la iniciativa, etc. Nuestros errores fueron también de un tremendo desprecio por los medios materiales para la insurrección: armas, transporte, medios económicos, comunicaciones, etc. Y desde luego, nuestros fundamentales y principales errores fueron de tipo militar y organizativo, como tendré chance de explicarlo más adelante. Nosotros creíamos que teníamos un partido suficientemente capacitado para dirigir la insurrección. Este es tal vez uno de los aspectos que se pueden discutir de acuerdo con los resultados, pero después de los hechos, es decir, ahora. Lo que quiero decir es que creo que estábamos a la altura de lo que corrientemente se entendía en aquel tiempo a nivel internacional como un partido capacitado para dirigir a las masas en la acción hacia el poder. En nuestra forma organizativa y nuestra actividad seguíamos las normas leninistas fundamentales, tratando de adaptarlas a nuestro medio. ¿Me van a decir ahora que debíamos haber supuesto que un partido leninista clásico no es un organismo suficientemente capacitado para plantearse la toma del poder si no tiene resuelto el problema militar? Pues eso era exactamente lo que nosotros

suponíamos. No éramos niños de pecho. Como ya lo he dicho, nosotros creíamos que con la fuerza con que contábamos en el seno del ejército bastaba para iniciar la insurrección y tener suficientes cuadros de mando para poner al frente de las masas insurrectas de acuerdo con el plan operativo elaborado y del cual hablaré después. Incluso quiero decir que yo en lo personal lo sigo creyendo, incluso ahora que ya puedo citar muchas frases de Lenin sobre este tipo de problemas.

Quisiera hacer aquí un paréntesis y aprovechar para decir de una vez por todas que nosotros no recibimos “órdenes” ni “consignas” de la Internacional Comunista para “hacer” la insurrección. La participación de nuestro partido en aquel acontecimiento histórico de nuestro país es responsabilidad exclusiva de los comunistas salvadoreños. No cabe duda que en aquella época predominaba en el seno de la IC una tendencia sectaria que sin duda tenía una influencia importante en nuestra manera de pensar. Pero la decisión, el análisis previo y la forma en que se emprendieron las acciones fueron exclusivamente nuestras, basadas en los datos locales de nuestro país, de acuerdo a nuestro punto de vista. En este sentido, a la Internacional Comunista no le cabe en los sucesos del año 32 en El Salvador otra responsabilidad que la de haber sido el marco histórico-mundial proletario en el cual se movía nuestro partido. Digo esto porque los publicistas burgueses y la prensa salvadoreña se han aburrido calumniando y mintiendo en el sentido de que los sucesos del 32 se llevaron a cabo en aplicación de órdenes concretas provenientes de Moscú, de la Internacional, de Stalin mismo. Esta es una estupidez y una bandidencia más del enemigo de clase. Tampoco es cierto que la URSS o la Internacional nos proporcionara cuantiosos medios económicos para hacer la insurrección. La única y escasísima ayuda económica que durante algún tiempo recibimos del extranjero fue a través del Socorro Rojo Internacional y para eso que no pasaba de cincuenta dólares al mes, ayuda destinada a las familias de los caídos en la represión, a la defensa de los presos, etc. Si hubiéramos recibido de afuera grandes cantidades de dinero, armas, etc., de seguro que hubiéramos puesto a parir por mucho tiempo al gobierno del general Martínez y no nos hubiera caído tan destructivamente la acción reaccionaria. Desde luego es menester decir también en voz alta algo que nunca negaríamos: los comunistas salvadoreños del 32 entendíamos que con nuestra labor revolucionaria contribuíamos también a fortalecer las posiciones del comunismo en el mundo y que en concreto nuestra labor ayudaba directamente a la consolidación y al desarrollo de la Unión Soviética, única patria donde el proletariado había tomado entonces el poder. Los comunistas siempre hemos sido esencialmente internacionalistas y precisamente por eso es que somos los mejores patriotas: porque nuestro deber internacional más alto consiste en hacer la revolución en cada uno de nuestros países. Aclaro este punto porque es importante, porque es justo y porque es verdad.

También es conveniente situar, por muchos motivos y para ordenar la discusión que se pueda dar algún día sobre estos acontecimientos, el carácter leninista de la actividad del Partido Comunista Salvadoreño desde su nacimiento hasta la masacre del 32. Creo que los hechos siguientes lo fundamentan:

—Nuestra actividad estuvo dirigida principalmente a las masas trabajadoras de la ciudad y del campo (artesanos y obreros urbanos, empleados; campesinos pobres, semiproletarios y proletarios agrícolas), es decir, al sector explotado fundamental del país.

—Estuvo ligada como lucha de masas a todas las capas susceptibles de incorporación, o sea: campesinos medios, dueños pobres de taller, pescadores, vendedores de pequeños comercios ambulantes o no, inquilinos de tierra y vivienda, estudiantes y profesionales, burgueses progresistas, etc. Para cada sector, nuestro partido elaboró programas de demandas específicas sobre las cuales basar su integración a la lucha. Se organizó a los desocupados en demandas de pan y trabajo.

—Se conquistó por parte nuestra la dirección de la Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños, principal organización de masas del país, arrebatándola de manos de los reformistas y anarco-sindicalistas, lo cual, a más de una necesidad concreta en nuestro país del desarrollo del movimiento revolucionario, era un problema planteado a nivel mundial para todo el movimiento comunista.

—Se proclamó muy principalmente nuestra ligazón internacional con todos los revolucionarios del mundo y con todos los explotados. Proclamamos entre las masas nuestro apoyo a la lucha anti-imperialista del general Sandino en Nicaragua, a la China revolucionaria, etc., y nuestra solidaridad con el movimiento internacional de los obreros y campesinos organizados y con la Unión Soviética.

—Organizamos y dirigimos huelgas económicas amplias y numerosas en la ciudad y el campo y realizamos incontables y amplias acciones de masas (mitines, concentraciones campesinas —públicas y secretas—, manifestaciones políticas y sindicales, acciones de agitación y propaganda, etc.) contra la injusticia social y el imperialismo, contra la política represiva del régimen, que elevaron la conciencia de las masas y contribuyeron a profundizar la crisis política nacional.

—Teníamos asimismo una política concreta (la revolución democrático-burguesa en los términos que he dejado expuestos) y un programa detallado. Por cierto que todas las copias de este programa desaparecieron y no he podido volver a ver ni una desde entonces. Habría que preguntarle a los camaradas soviéticos si no tienen ejemplares en el archivo de la Internacional, porque nosotros les enviamos entonces un montón.

Ahora bien, para dar un panorama completo, los pro y los contra, quiero decir que quienes en el interior del partido se oponían rotundamente a la insurrección, daban, para fundar su criterio, las siguientes razones:

1º) Que solamente teníamos una influencia parcial en el país y que no contábamos con el apoyo de la zona oriental de la república. Esto era falso. Teníamos hasta apoyo militar en la zona oriental y el trabajo de agitación, organización y propaganda era amplio, aunque menor que en el centro y occidente. Además contábamos con que una vez tomadas todas las imprentas y los periódicos, podríamos inundar oriente con nuestra propaganda, destacar equipos de agitadores especializados, etc.

2º) Que había muchos compañeros presos que podían ser masacrados por el gobierno en cuanto comenzáramos las operaciones. Lo que habría que haber planteado fue la forma de rescatar a estos camaradas, pues los resultados fueron que el gobierno de todas maneras mató a los presos que ya tenía y a muchos miles más que andaban “en libertad”. Cuando se discutía esto en la dirección del partido,

los presos se contaban aún con los dedos de la mano: los hermanos Mojica de Sonsonate, el camarada Zafarrancho, Gabriel Mestica, el camarada Erizábal, etc. Y luego Martí, Luna, Zapata.

3º) Que el imperialismo norteamericano por mucho menos de lo que nosotros proyectábamos había invadido Nicaragua y no dejaría pasar 24 horas sin lanzarnos la invasión militar directa en el caso de que tomáramos el poder, y que no estaríamos en capacidad de hacer frente a sus tropas modernamente equipadas y con gran organización. Esta tesis se nos echó en cara antes y después de la insurrección y no sólo en El Salvador sino en el seno de la Internacional Camaradas como Panelón, del partido argentino, y Siqueiros, del partido mexicano, la esgrimieron contra nosotros. Nosotros sin embargo no creíamos (y yo veo aún que había mucha razón en nuestra apreciación) que una intervención armada directa del imperialismo fuera fatal, segura. No eran tan fuertes entonces como para hacer lo que les diera la gana. Inclusive después de la masacre, cuando quisieron desembarcar tropas, el general Martínez no los dejó bajar a tierra como ellos querían. Pero incluso ante la realidad de una intervención yanqui de gran envergadura, el general Sandino nos había mostrado ya el camino desde las selvas segovianas de Nicaragua: la guerrilla en la montaña, la guerra nacional contra el invasor. Y en el caso salvadoreño (partiendo de la posibilidad de triunfo insurreccional que estamos planteando) los yanquis iban a tener que enfrentar una lucha de masas que para entonces, es decir, cuando ellos desembarcaran, ya habría destrozado el poder de la burguesía local. La cosa no era tan sencilla. Además, el programa de la revolución democrático-burguesa daba, como he dicho, campo de maniobra frente al imperialismo. Claro, que en este terreno hubo también camaradas que se fueron del otro lado, es decir, que subestimaron por completo el peligro imperialista y que simplemente creían que éste se iba a quedar con los brazos cruzados para siempre y que hasta nos iba a ayudar. Eso sí ya era orinarse fuera de la bacínica, como decimos los salvadoreños.

4º) Que nuestro partido no estaba en capacidad de dirigir a las masas hacia la insurrección, ni política, ni organizativa, ni militar, ni ideológicamente. En este aspecto hay que establecer algunas diferencias, digo yo. Creo que nuestro partido habría estado en capacidad de dirigir una insurrección en la que se hubiera tenido y conservado la iniciativa y la sorpresa. Pero la verdad es que, por las vacilaciones y los retrasos, por las groseras violaciones de las más elementales medidas de seguridad conspirativa, la insurrección vino a iniciarse por nuestra parte, como ya lo he dicho más de una vez, cuando ya el gobierno había asesinado a todos los oficiales y soldados comunistas dentro del ejército burgués, había capturado y liquidado o estaba a punto de liquidarlos, a la mayor parte de los miembros de la dirección del partido y de las organizaciones de masas. Creo que es mejor pasar a los detalles de la insurrección, para no seguir hablando un poco en el aire. Pues hay que recordar que no estoy tratando de meterme en una discusión teórica.

El inicio de la insurrección se aprobó para el día 16 de enero en una reunión llevada a cabo el 7 de enero, como ya dejé relatado. Ya para el 14 de enero era evidente para todos nosotros que el gobierno tenía información fundamental sobre nuestros planes. En vez de acelerar los preparativos y precipitar los acontecimientos (ya que no había ninguna posibilidad de dar marcha atrás dado el estado de ánimo de las masas que se habrían insurreccionado espontáneamente en ausencia del partido y dadas las provocaciones armadas del gobierno y del ejército contra

la población campesina) se aprobó en el Comité Central un nuevo aplazamiento del inicio de las acciones, esta vez para el día 19. Este día fue capturado Farabundo Martí, el dirigente más reputado y autorizado del partido, junto con los camaradas Luna y Zapata, importantes dirigentes del movimiento estudiantil, de las masas urbanas de San Salvador y del partido. Después de largas discusiones se aprobó la insurrección para el 22 de enero. A esas alturas, prácticamente, ya había comenzado la represión en gran escala. El día 16, por ejemplo, nuestros camaradas soldados del Sexto Regimiento de Ametralladoras comenzaron a limpiar sus armas para iniciar las acciones, ya que seguían las consignas del día 7. Los oficiales se extrañaron muchísimo con aquellos movimientos y hubo además la denuncia directa de un sargento a quien los camaradas le revelaron los planes de alzamiento para tratar de atraerlo. Ese mismo día, con tropas de otros cuarteles y de la guardia nacional que llegaron sorpresivamente al sexto, asesinaron a casi todos los camaradas soldados y clases y los pocos sobrevivientes fueron encerrados en la penitenciaría hasta su muerte, como en el caso de un camarada sargento de apellido Mérfos, y



otros. Para nosotros aquel asesinato masivo significó en términos operacionales la pérdida de dos compañías de ametralladoras, que habrían sido determinantes si hubieran podido actuar plenamente en el inicio de la insurrección. Asimismo, fueron muertos o controlados, reducidos a la impotencia, nuestros camaradas del cuartel de Casa Mata (Primer Regimiento de Caballería, donde se perdió totalmente una compañía, por liquidación física), del cuartel El Zapote (Primer Regimiento de Infantería) y de la aviación. Además de los asesinatos masivos en el interior de los cuarteles, la comandancia del ejército dispuso un mutuo traslado de tropas y oficiales entre unos y otros cuarteles de la república a fin de descoordinar toda posible operación de alzamiento interno. A los más reconocidos como comunistas se les siguió asesinando en estos traslados, incluso a pelotones y compañías completas, a los cuales el mismo ejército les tendía emboscadas de destrucción total.

Asimismo, se hizo un rápido y masivo reclutamiento forzoso de tropas en oriente, donde nuestra propaganda era débil, tropa con la cual se reprimió en la zona occidental y en el centro. No estuvimos en capacidad, en aquellas circunstancias, de coordinar la acción con los núcleos que teníamos en oriente tanto dentro del ejército como en la población de San Miguel y la Unión, que se habían organizado en contingentes paramilitares armados, incluso hasta con compañías de zapadores, sanitarios, etc.

Este descalabro inicial en el seno de nuestros núcleos en el ejército fue terrible para nosotros, decisivo en realidad, de acuerdo con nuestro elemental plan militar que expondré en sus rasgos generales más adelante.

Para comprender hasta qué punto el gobierno nos tomó la delantera y nos construyó (a nosotros y al pueblo salvadoreño) una trampa mortal, hay que conocer el documento falsificado y atribuido a la secretaría general del partido, que con el nombre de "Instrucciones al comunismo salvadoreño para su ofensiva general del 22 de enero de 1932" comenzó a circular abundantemente por todo el país, por lo menos a partir del día veinte. El documento es el siguiente, con todos sus puntos y comas:

A LOS COMITES EJECUTIVOS DEPARTAMENTALES DEL PARTIDO COMUNISTA

INSTRUCCIONES GENERALES URGENTES

1º) Todos los comandantes rojos deberán operar obedeciendo las órdenes de los Comités Ejecutivos Departamentales del PC.

2º) El día 22 de enero de 1932, a las doce en punto de la noche, deberán estar movilizados y listos para el asalto de los cuarteles de las cabeceras departamentales todos los contingentes de nuestras organizaciones revolucionarias, empeñando así la acción inmediata para la toma de dichos cuarteles, así como los puestos de la policía y la guardia nacional.

3º) La acción sobre las fuerzas de la guardia nacional deberá ser decisiva, no dejando con vida a ninguno de estos agentes, apoderándose de todas las armas y municiones que tengan.

4º) La acción revolucionaria contra la burguesía deberá ser lo más contundente que sea posible a efecto de que, en pocas horas de terror inmisericorde, quede reducida a las más absoluta impotencia, empleando contra ellos los medios oportunos, es decir: fusilación inmediata o muerte en cualquier otra forma, sin detenerse en nada.

5º) A la casa de todos los burgueses, propietarios y terratenientes conocidos, deberán penetrar nuestras fuerzas, acabando con todos ellos y respetando sólo la vida de los niños y poniendo a disposición de los Comités Ejecutivos Departamentales del Partido Comunista todos los fondos de dichas casas y todo lo que guarden en sus bodegas o graneros.

6º) Deberán ser abiertos todos los almacenes y casas de bancos, apodrándose inmediatamente de todo lo que en ellos se encuentre y poniéndolo todo a las órdenes inmediatas de los Comités Ejecutivos Departamentales del PC

7º) Deberá procederse a la requisita de los carros y camiones, lo mismo que a la requisita de toda la gasolina que se encuentre en las tiendas, almacenes y casas particulares

8º) Las casas vacías y desocupadas deberán estar listas para ser ocupadas para el encuartelamiento de la fuerza del Ejército Rojo y para el abrigo de las familias de obreros y campesinos.

9º) Inmediatamente después de la toma de los cuarteles y demás puestos de la policía y la guardia, y de haber sido reducida a la más absoluta impotencia la burguesía por la acción violenta y decidida de las fuerzas del Ejército Rojo, deberá iniciarse la marcha sobre la capital, disponiendo para ella de todos los vehículos que se tengan, a efecto de que dicha marcha sea lo más rápido posible

10º) A las órdenes de los Comités Ejecutivos Departamentales del PC deberán estar dos carros de los mejores, los cuales deberán ser manejados por camaradas de la más absoluta confianza

11º) A todo contrarrevolucionario, así como a todas las fuerzas restantes, deberá fusilárseles sin previo consejo de guerra, inmediatamente de ser capturados

12º) Toda resistencia de parte del ejército blanco, así como a todos los que en una forma u otra se opongan a la marcha y desarrollo de las operaciones del Ejército Rojo, deberá ser castigada inmediatamente con la pena de muerte

13º) El abastecimiento de las fuerzas del Ejército Rojo deberá verificarse nombrando para ello comisiones especiales, quienes se encargarán de la alimentación y vestuario

14º) Deberá organizarse la Cruz Roja, en la cual deben tomar parte todas las camaradas y a disposición de dicha Cruz Roja deberán ponerse todos los vehículos que sean necesarios. A todos los profesionales, como médicos, practicantes de medicina y de farmacia que se nieguen a prestar sus servicios a las fuerzas revolucionarias, deberá tratárseles como contrarrevolucionarios, fusilándolos inmediatamente. Y a los que voluntariamente se pongan a las órdenes de nuestras fuerzas, deberá tratárseles con toda clase de consideraciones

15º) Deberá organizarse el cuerpo de telegrafistas y telefonistas, procediendo a la custodia, por medio de tropas rojas, de las oficinas que caigan en poder de nuestras fuerzas, fusilando a los empleados contrarrevolucionarios que traicionen o se nieguen a trabajar al servicio de la revolución

16º) Las imprentas deberán ser custodiadas, poniendo inmediatamente a trabajar a todos los empleados que tengan bajo dirección del Partido Comunista, entendidos para que se encarguen de la edición de manifiestos comunis-

tas, diarios, periódicos, etc. A los que se nieguen a prestar estos servicios deberá tratarseles como contrarrevolucionarios, fusilándolos inmediatamente

17º) Las fuerzas del Ejército Rojo deberán ser tratadas bajo las más estricta disciplina revolucionaria, considerando como contrarrevolucionarios a todos los que desobedezcan las órdenes y fusilándolos inmediatamente.

18º) En vez de municipalidades, deberán proclamarse los soviets, los cuales deben constituirse por consejos de obreros, campesinos y soldados, quienes administrarán la producción y el reparto de la producción con poder suficiente para proceder por su cuenta contra elementos contrarrevolucionarios fusilándolos inmediatamente.

19º) A las órdenes de los soviets deberá quedar una policía que infundirá con los hechos el terror más grande a la burguesía, capturando y fusilando a todos los elementos reaccionarios y contrarrevolucionarios que aún queden vivos después de la toma de las cabeceras departamentales.

20º) Los Comités Ejecutivos Departamentales quedarán ampliamente facultados para proceder a la toma de todas las medidas que tiendan al afianzamiento rápido de nuestra fuerza y a la conquista inmediata del poder, sabiendo de antemano que todo el éxito de la acción depende de la decisión y disciplina que se emplee en los momentos de la lucha, sin olvidar que mientras la toma de los cuarteles de la capital no se verifique, nada casi se habrá hecho. Por consiguiente, todos deben saber que el objetivo principal es la toma de los cuarteles de la capital y el aplastamiento de la gran burguesía capitalista que en ella vive

21º) Las fuerzas revolucionarias podrán hacer uso de los ferrocarriles, tratando como contrarrevolucionarios a todos los empleados que se nieguen a prestar sus servicios, fusilándolos inmediatamente

22º) Deberá darse preferencia para marchar sobre la capital a las carreteras, haciendo uso de todos los carros y camiones que se tengan disponibles y estableciendo un contacto con las tropas de retaguardia por medio de correos en forma de estafetas

23º) Nada deberá detener a las fuerzas revolucionarias. La menor vacilación será fatal. La ofensiva debe ser desarrollada a toda costa. La defensiva es, como lo sabemos la muerte de la insurrección. Los golpes deberán descargarse contra todos y contra todo aquello que se oponga a la marcha y desarrollo de nuestras operaciones. Todos los obstáculos deberán ser salvados con empuje revolucionario y con la mayor de las audacias

24º) Ofensiva general y el mayor terror contra la burguesía, aplastándola en pocas horas y reduciéndola a la nada

25º) ¡Qué vivan las tropas del Ejército Rojo, que lucharán gloriosamente por la conquista del poder! ¡Qué vivan los guardias rojos! ¡Qué vivan los valientes soldados del Ejército Rojo! ¡Qué viva la revolución proletaria!

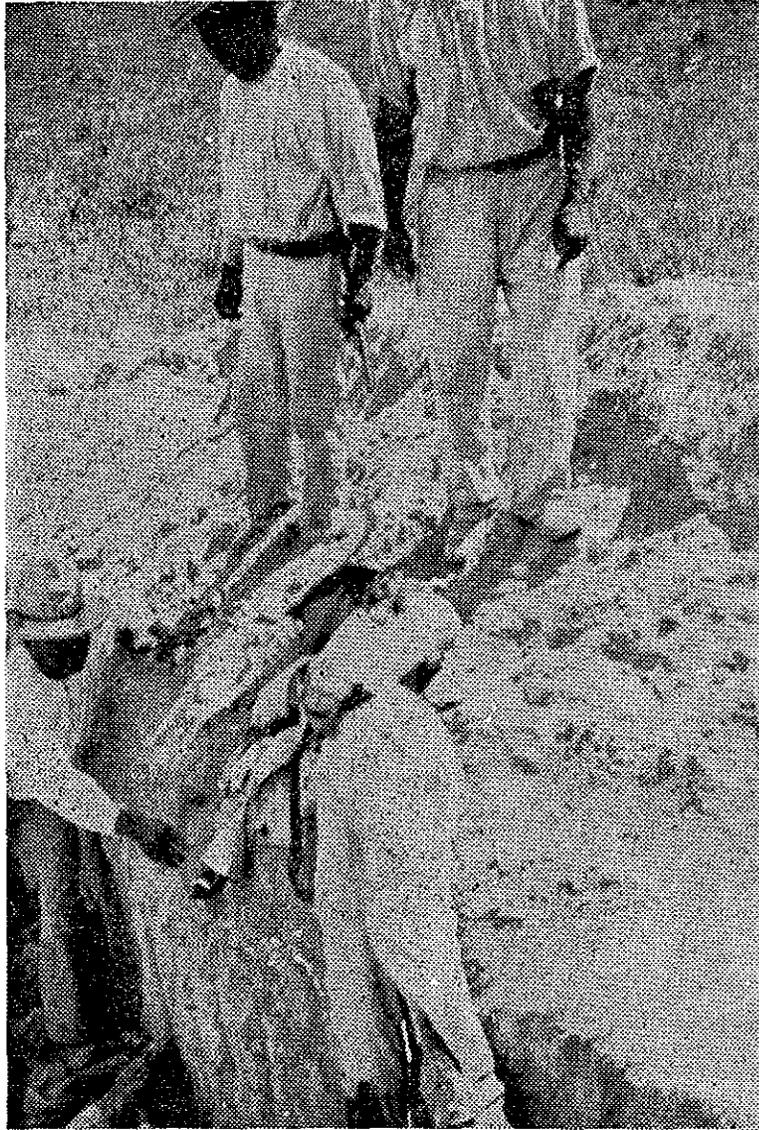
San Salvador, 16 de enero de 1932 Secretaría General.

Como se ve, se trata de un documento muy malicioso y muy hábilmente confeccionado, que circuló mucho y realmente nos hizo bastante daño, pues nos presentó ante los ojos de mucha gente sencilla como una bandada de asesinos, sedientos de sangre, que fusilaban por cualquier cosa y sin preguntar o hacer juicio. También tenía este documento el propósito de atemorizar al ejército, a los elementos de la guardia nacional y la policía, al hacer creer que nuestras intenciones eran de asesinarlos a todos. Con esto el gobierno perseguía que sus tropas y cuerpos de seguridad nos combatieran hasta el último tiro y no creyeran en nuestra propaganda que los invitaba a pasarse a nuestras filas y que en verdad estaba dando resultados formidables en diversos cuarteles, como el mismo enemigo reconoce, a través de Schlésinger, por ejemplo. Este falso documento perjudicó sobre todo porque estaba redactado en un lenguaje muy parecido al nuestro y porque señalaba muchas actividades que indudablemente nosotros tendríamos que desarrollar en el curso de la insurrección (y acerca de las cuales se había discutido en diversas reuniones a nivel de dirección), con la requisita y ocupación de muchos servicios públicos, sobre todo en materia de trasportes y comunicaciones. Lo único que el documento ese le daba a la actividad insurreccional una mano de sangre tal, que repugnó mucho en contra nuestra, inclusive en el seno de nuestras propias filas, dando lugar a mucha confusión. Fue en documentos como este que las fuerzas represivas trataron de basar la justificación del asesinato masivo de más de treinta mil campesinos y obreros: alegando que se trataba de una acción preventiva contra los crímenes programados supuestamente por los comunistas. Eso independientemente de las bolas que se echaron a correr: que íbamos a violar a las mujeres, que íbamos a ahorcar a todos los curas, etc. Y en documentos como este fue también que, posteriormente, se basaron algunos partidos hermanos de la Internacional para decir que el nuestro no era un partido, sino una partida de macheteros. El enemigo logró su objetivo confusionista en todos los niveles, inclusive en algunos que no tenía en su mente. La verdad fue distinta. Si nuestro partido hubiera llamado a degüello, si hubiera cometido ese crimen irresponsable y contrarrevolucionario, el drama salvadoreño habría sido aún más catastrófico porque si a alguna organización obedecían las masas populares, sobre todo las masas campesinas, en nuestro país, era a nuestro partido, a nuestro Comité Central. Baste decir, como ya veremos luego en detalle, que los muertos causados por nuestras fuerzas insurreccionadas fueron alrededor de veinte y casi todos ellos cayeron en combate, exceptuando uno o dos casos en que se cayó ciertamente en un exceso reprobable. En cambio el gobierno repitió, al desatar la represión, no paró la masacre hasta haber asesinado a más de treinta mil de nuestros hermanos, la gran mayoría de ellos absolutamente inocentes de toda participación en el trabajo revolucionario.

Examinemos ahora con más detalle los hechos de la insurrección frustrada y de su terrible represión.

Las acciones de insurrección popular se llevaron a cabo principalmente en el occidente del país, como es sabido. En Tacuba se asaltó la Guardia nacional y se tomó el pueblo por uno o dos días, instaurándose un soviet local. En Ahuachapán las masas sitiaron el cuartel departamental y plantearon un duro combate, pero no se logró dominar la situación. La acción más grande fue la de Sonsonate, donde los campesinos se tomaron el edificio de la aduana y varios otros puntos estratégicos. Se asaltó el cuartel del Regimiento Departamental, pero el fuego de las ametralladoras nos hizo mucho daño. Sin embargo, diecisiete de nuestros combatientes

lograron penetrar al cuartel a puro machete, pero por la falta de apoyo con un buen volumen de fuego fueron aislados del resto de la masa y fusilados en plena acción. Sonsonate es la tercera o la cuarta ciudad de El Salvador en orden de importancia. En Juayúa se tomó el cuartel local, se instauró el soviet y por tres días la bandera roja ondeó allí al lado de la bandera de El Salvador. Con la represión posterior creo que ninguno de los miembros del soviet de Juayúa sobrevivió. Como dice el tal Pedro Geoffroy en uno de sus poemas "Al primer soviet de América, lo hicieron mierda a balazos". Tanto habló de mierda Pedrito en sus versos que terminó bañándose en ella. En Izalco, asimismo, un contingente de unos dos mil camaradas se tomó el pueblo durante tres días y tres noches y sólo mediante el ametrallamiento y bombardeo aéreo fue que dicho contingente se retiró, dispersándose. Nahuizalco se tomó por completo, por un período igual. En Teotepeque las acciones estuvieron dirigidas por el padre de Farabundo Martí, quien comenzó por tomarse la alcaldía a punta de pistola. Nuestras fuerzas se posesionaron asimismo por breve tiempo de Tacuba, Ataco (que era el pueblo natal de los compañeros Cuenca, cuyo padre y hermanos menores fueron ahorcados luego por el ejército y las llamadas guardias cívicas), Salcoatitán, Colón, Sonzacate, Turín, San Julián (que fue seriamente bombardeada y ametrallada por la aviación del régimen) y estaban listas para caer sobre Armenia y Ateos. La intensa y bien organizada represión del régimen nos desalojó de todas nuestras posiciones, desorganizó nuestras columnas y lanzó a la fuga, en alocada dispersión por los campos y montañas, a nuestros camaradas y simpatizantes, creando así las condiciones para el aniquilamiento masivo y prácticamente sin respuesta de la población. El asesinato de miles y miles de salvadoreños fue fríamente planificada por el gobierno martinista y los altos mandos militares, con el total respaldo de los núcleos más poderosos de la oligarquía criolla y la naciente burguesía local, y fue llevado a la práctica contra el pueblo en general, indiscriminadamente en lo que tocaba a campesinos y obreros, a lo largo y ancho de todo el país y no solamente en las zonas de acción, aunque en estas zonas, desde luego, la matanza fue mucho mayor. Se trataba de borrar todo vestigio de organización popular eliminando físicamente la militancia real o potencial de las organizaciones democráticas y populares, incluidas las menos radicales. Y se trataba de hacerlo para siempre, para crear una desolación que durara años y años. Los primeros días murieron cerca de dos mil hombres diarios y luego se siguió asesinando al por menor durante dos o tres meses, en toda la república. Y a nivel de asesinato individual, prácticamente durante los trece años del gobierno del general Martínez. A los compañeros que se trasladaron a otras zonas, los localizaban por las listas de vecinos que se elaboraban en las oficinas de telégrafos y correos por medio del recibo de cartas, e inmediatamente los mandaban a matar, y a los que permanecían cerca de sus pueblos los mataban en cuanto eran reconocidos. Las extensas listas de votantes comunistas usadas para las elecciones dieron la base para la localización y la liquidación de miles de personas. Comisiones de guardias nacionales y policías secretos vestidos de paisano, recorrían las fincas del país en los días de pago y a quien reconocían como revolucionario o simpatizante comunista, o a quien creían reconocer, lo sacaban de inmediato de la fila y lo iban a matar ahí nomás, en cualquier matorral. Los demás campesinos oían los tiros y los gritos y sabían que había caído un comunista más. El terror era, pues, tremendo. Además en cada localidad se organizaron guardias blancas contrarrevolucionarias llamadas "guardias cívicas", formadas por elementos burgueses, oportunistas, delincuentes o fanáticos reaccionarios, que se encargaron de localizar y entregar a los cuerpos armados a las personas clasificadas anteriormente como comunistas o progresistas, y asimismo de cometer



BIBLIOTECA CENTRAL
FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

por la propia mano asesinatos, robos, violaciones, torturas, etc, en contra de las capas humildes de la población. Inclusive personas que luego han pasado a la historia de nuestro país como demócratas y hasta progresistas, formaron parte de estas gavillas criminales y participaron en las más tremendas fechorías contra el pueblo. Ni se diga la cantidad de odios y pleitos personales que se zanjaron por estas vías cobardes.

Es imposible relatar siquiera aproximadamente los detalles de la barbarie desatada en todo el país por la represión del gobierno burgués del general Martínez. Han pasado muchos años y ya en la cabeza de nuestros compatriotas se han acumulado prejuicios casi inmovibles sobre el 32. Desgraciadamente, también las grandes cifras nos dejan fríos y tampoco nos comunican la verdadera intensidad de aquellos acontecimientos. Y también es cierto que el imperialismo en todas partes del mundo ha seguido cometiendo crímenes enormes que dejan atrás el terror de aquellos días que nosotros creíamos insuperables. Pero creo que el drama del 32 es para El Salvador lo que fue la barbarie nazi para Europa, la barbarie norteamericana en Viet Nam, un fenómeno que cambió por completo, en sentido negativo, la faz de una nación. De parte del pueblo salvadoreño hubo en los acontecimientos del año 32 más de treinta mil muertos, lo cual era más del dos y medio por ciento de la población de aquella época. No echamos en la cuenta a los heridos, golpeados, torturados, etc, sólo a los muertos. Tratemos de recordar que cada uno de esos muertos no era un simple número sino una persona con anhelos, dolores y sentimientos; con nombre, apellido, intereses, opiniones, familia, amigos. Es verdaderamente terrible. Y como decía, los sobrevivientes pagaron también un precio terrible: heridos, torturados, apaleados, presos, mujeres violadas, niños que quedaron huérfanos, familias que desde entonces pasaron su vida huyendo de la muerte y de la persecución, hambreados, expulsados de sus hogares, familias divididas, personas despojadas de todo lo que tenían, etc, etc. para no hablar de los miles y miles de compatriotas que tuvieron que salir huyendo con solamente la ropa que tenían encima hacia otras tierras como Guatemala, Honduras, Nicaragua. Hay que decir que la más grande oleada masiva de migración salvadoreña rumbo a Honduras se produjo en el año 1932. Desde ese año maldito todos nosotros somos otros hombres y creo que desde entonces El Salvador es otro país. El Salvador es hoy, ante todo, hechura de aquella barbarie; así lo creo yo firmemente. Todo lo demás son colochos, adornos, caramelos para babosear al pueblo. Puede que haya cambiado el estilo de los gobernantes, pero el modo de pensar básico que aún nos golpea es el de los masacradores de 1932. Basta pensar en muchos nombres de civiles y militares que hoy ocupan los principales puestos en la administración pública y en las fuerzas represivas. Digo todo esto porque la verdad es que no sé por dónde empezar para tratar aunque sea parcialmente esto de los crímenes cometidos por los ricos y por el ejército salvadoreño contra el pueblo en aquel entonces. Sólo diré que las mayores masacres colectivas se dieron en Soyapango (donde se fusiló a la mayor parte de los prisioneros capturados en San Salvador y en oriente), Ilopango, Asino (igualmente), el Playón (Cujuapa) donde mataron a un gran contingente de camaradas o simpatizantes capturados en distintos puntos del país y de una vez, por puro sadismo, a todos los presos comunes que trabajaban forzados en una carretera que pasaba por allí; en Santiago Texacuangos, en Colón, Comasagua, Tacuba, Izalco, Juayúa, Salcoatitán (donde asimismo se ametralló a una gran multitud congregada en la plaza pública), Zaragoza, Teotepeque, Jayaque, alrededores de Santa Tecla y Ahuachapán. En Armenia, un general de apellido Pinto

mató personalmente a setecientos campesinos después que sus soldados los obligaban a abrir la fosa, uno por uno. El general Ochoa, gobernador que fue de San Miguel, obligaba a los capturados a caminar de rodillas hasta donde estaba él sentado en una silla, en el patio del cuartel, y les decía: "Vení, olé la pistola" Los reos le suplicaban por Dios y por sus hijos, le lloraban y le imploraban, pues antes de entrar al patio habían oído disparos intermitentes. Pero el bárbaro general insistía y convencía: "Si no olés la pistola es que sos comunista y tenés miedo. El que nada debe, nada teme". El campesino oía el cañón y ahí mismo el general le pegaba el balazo en la cara. "Que pase el otro" —decía luego. El famoso "héroe" de la lucha contra Martínez en 1944, el coronel Tito Tomás Calvo, fue el verdugo de Izalco y tenía una variante hija de puta con respecto al truquito del general Ochoa. Cuando llegaba el campesino preso y amarrado, le decía: "Abrí la boca y cerrá los ojos, a ver como tenés las muélas". Simulaban que era un examen físico para el reclutamiento forzado. Cuando el hombre abría la boca Tito Calvo le daba un tiro en el paladar. Todos estos hechos los conoció medio mundo en El Salvador. Lo que pasa es que mucha gente suele hacerse olvidadiza a su favor. Este mismo famoso "héroe", Tito Tomás Calvo, ametralló en la iglesia de Concepción de Izalco, que era un simple ranchón con atrio, a más de doscientas personas de una sola vez, la mayor parte mujeres y niños. En Chanmico y Las Granadillas, los guardias nacionales incendiaron todos los ranchos de una zona de veinte kilómetros a la redonda y violaron a todas las mujeres mayores de diez años. A los hermanos Mojica, que estaban presos en Sonsonate desde antes de las acciones, los asesinaron después de horribles torturas, aunque no habían participado, como era lógico, en las acciones. En Tacuba, como ya dije, ahorcaron al anciano padre de los compañeros Cuenca, que no había participado en las actividades políticas de sus hijos, juntamente con los únicos de entre ellos que tampoco habían participado, como en el caso de Benjamín que era un niño. A un camarada de Nahuizalco lo ahorcaban en presencia de su familia y luego los soldados lanzaban el cuerpo al aire tomándolo por los brazos y por las piernas y otros soldados lo recogían aún en el aire, enganchándolo con las bayonetas. En Izalco, para el ahorcamiento del respetado líder indígena Feliciano Ama, llevaron a presenciar el espectáculo a los niños de las escuelas, "para que no olvidaran lo que les pasa a los comunistas que osan levantarse contra sus patrones y las autoridades establecidas". La aviación pasó días y más días ametrallando las zonas rurales. persona que se movía era persona que hacía escupir fuego a los aviones. La gente de Feliciano Ama en los alrededores fueron masacrados así, y por medio de la infantería punitiva. Por cierto que Ama ha quedado en la historia nacional como el último gran representante de la rebeldía indígena, seguidor de la tradición de Anastasio Aquino. Ama había ingresado al comunismo y con él había ingresado a nuestras filas lo más puro de nuestra nacionalidad. Pero Ama no había entrado a la lucha en calidad de indio, sino en calidad de explotado. La familia Regalado, por ejemplo, le había robado toda su tierra y lo había hecho apalear y colgar por los dedos. Siguiendo con los ejemplos de barbarie diré que todos los caseríos de la zona alta del departamento de Ahuachapán, absolutamente todos, fueron arrastrados por la metralla. Ni siquiera preguntaban o captuaban, el fuego y el plomo era el único argumento. En el caso de los ranchos de paja, primero disparaban y luego entraban a ver si había gente en el interior. Un chofer que años más tarde ingresó al partido y que aún milita entre nuestras filas, nos cuenta que trabajaba en una finca cafetalera de Ahuachapán y que el 25 ó 26 de enero fue obligado por un destacamento del ejército a conducir un camión de carga al que se le instaló una ametralladora en la cabina. En el montacarga del

camión se instaló también un pelotón de soldados con armas automáticas. Salieron a patrullar, a “celar el orden”, y a cualquier grupo de campesinos que encontraban en su camino, ya se hallaran conversando o vinieran caminando, sin previo aviso, a una distancia de treinta metros o más, los despedazaban con el fuego de la ametralladora y de sus armas personales. Luego, el capitán que iba al mando, con una cuarenta y cinco en la mano, obligaba a nuestro actual camarada a seguir la marcha del camión pasando incluso por encima de los moribundos que se retorcián en el suelo dando alaridos. Este compañero estuvo loco casi dos años, de la impresión que le dio sentir cómo se ladeaba el camión al pasar sobre los promontorios de cadáveres. “Bien clarito sentía cuando se quebraban los huesos o se reventaban los cuerpos bajo las llantas” —recuerda el compañero. En San Salvador, a un nutrido grupo de artesanos y empleados furiosamente anticomunistas que se llegaron a presentar a un cuartel para pedir armas o para ingresar en el ejército e ir a combatir a los comunistas, los pasaron adelante cortésmente y una vez en el patio los fusilaron a todos. Eran más de cien. Durante años y años la gente del campo se quedó encontrándose a cada rato la desagradable sorpresa de ver salir de la tierra una mano de esqueleto, un pie, una calavera. Asimismo, a cada rato aparecían los animales domésticos, cerdos, perros, etc., con una mano podrida o un costillar humano entre los dientes. Los perros hicieron su agosto desenterrando cadáveres cuyos asesinos apenas los habían cubierto con una delgada capa de tierra, ya que no había tiempo de hacer fosas profundas, había que seguir matando. Los zopilotes fueron los seres más bien alimentados del año en El Salvador, se les veía gordos, con los plumajes lustrosos como no se les vio nunca ni se les ha vuelto a ver, felizmente. La guardia nacional fue la institución represiva más feroz. A ellos los habían engañado mucho y los superiores habían publicado supuestos documentos nuestros como el que ya dejé expuesto, en donde se decía que íbamos a acabar hasta con el último guardia después de torturarlos y vejarnos, y que íbamos a matar a sus familiares, etc. Con ese temor y ese engaño, y con el odio anticomunista que les habían inculcado en nombre de la patria, la religión, etc., los que un buen día habían engañado mucho y los superiores habían publicado supuestos documentos bestias sanguinarias, sin escrúpulos ni piedad. La acción típica de la guardia era al llegar a cualquier ranchito campesino, ametrallarlo. Luego los sobrevivientes, si es que los había, eran alineados fuera de la casa. A los varones mayores de diez a doce años se les fusilaba, con o sin previa tortura, con o sin interrogatorio. A las mujeres mayores de doce años y que no fueran ancianitas, se les violaba allí mismo, en presencia de sus madres, padres, maridos o hijos. Cuando no quedaban sobrevivientes se ponían los cadáveres en una horqueta o una estaca y se les agregaban rótulos en que se advertía que esa era la suerte que esperaba a todos los comunistas y que había que escarmentar y colaborar con la guardia, o bien que se trataba de una familia ultrajada y asesinada por los comunistas. No se crea que exagero. No se crea que estos son inventos propios de la imaginación de un comunista que busca justificarse y justificar a su partido. No. Los mismos gobiernos oligárquicos sucesivos de El Salvador han reconocido estos hechos en más de una ocasión y además, pese a que su línea general ha sido la de echar sobre los mismos una gruesa cortina de humo, la verdad suele surgir cada cierto tiempo para llenar de vergüenza a la nación. Hay por ejemplo un documento oficial muy importante, entre muchos otros que obran en nuestro poder, que aparece en la *Historia Militar de El Salvador*, del coronel Gregorio Bustamante Maceo (quien, dicho sea de paso, es hijo natural del Titán de Bronce cubano, el general Antonio Maceo), publicada en la Imprenta Nacional salvadoreña por orden del Ministerio del Interior en 1951, bajo el gobier-

no anticomunista y represivo del coronel Oscar Osorio, un gran admirador por cierto del general Martínez. Dice lo siguiente el coronel Bustamante Maceo, refiriéndose a los sucesos del 32:

Así fue que en diciembre de 1931 se efectuaron grandes levantamientos populares en los Departamentos Occidentales de la República, organizados por los líderes principales Farabundo Martí y los estudiantes Mario Zapata y Alfonso Luna, quienes tenían su cuartel general en los suburbios de San Salvador, donde fueron capturados y fusilados inmediatamente sin forma de juicio alguno. Y habiéndoles cogido varias listas de adeptos en que figuraban nombres de muchos obreros residentes en la capital, todos fueron perseguidos y fusilados a medida que iban siendo atipados. Inclusive obreros inocentes, que fueron denunciados por inquinas personales. Pues bastaba el chisme de una vieja cualquiera para llevar a la muerte a muchos hombres honrados y cargados de familia. Todas las noches salían camiones cargados de víctimas, de la Dirección General de la Policía hacia las riberas del río Acelhuate, donde eran fusilados y enterrados en grandes zanjas abiertas de antemano. Ni los nombres de esos mártires tomaban los bárbaros ejecutores. El general Martínez movilizó fuerzas para enviarlas a combatir los levantamientos, dando órdenes sumamente drásticas, sin restricción alguna, a los jefes que mandaron esas tropas. Las ametralladoras comenzaron a sembrar el pánico y la muerte en las regiones de Juayúa, Izalco, Nahuizalco, Colón, Santa Tecla, el Volcán de Santa Ana y todos los pueblos ribereños, desde Jiquilisco hasta Acajutla. Hubo pueblos que quedaron ariasados completamente y los obreros de la capital fueron diezmados bárbaramente. Un grupo de hombres ingenuos que se presentó voluntariamente a las autoridades prestando sus servicios, fue llevado al interior del cuartel de la Guardia Nacional, donde, puestos en fila, fueron ametrallados sin que quedara uno vivo. El pánico cundió. Varios comerciantes extranjeros pidieron auxilio a sus respectivas naciones y el gobierno británico envió barcos de guerra al puerto de Acajutla, desde donde pidieron permiso al presidente Martínez para desembarcar tropas en auxilio de sus conciudadanos. Y en prueba de ello les trascribió un parte telegráfico; fechado en la ciudad de Santa Ana, transmitido por el general don José Tomás Calderón, que decía: "Hasta el momento llevo más de cuatro mil comunistas liquidados". La matanza era horrorosa: no se escaparon niños, ancianos ni mujeres; en Juayúa, se ordenó que se presentaran al Cabildo Municipal todos los hombres honrados que no fueran comunistas, para darles un salvoconducto, y cuando la plaza pública estaba repleta de hombres, niños y mujeres, pusieron tapadas en las calles de salida y ametrallaron a aquella multitud inocente, no dejando vivos ni a los pobres perros que siguen fielmente a sus amos indígenas. El jefe que dirigió aquella terrible masacre, pocos días después, refería con lujos de detalles aquel hecho macabro en los parques y paseos de San Salvador, jactándose de ser el héroe de tal acción. Las matanzas siguieron al por menor, efectuadas por las famosas "cívicas", organizadas por el general Martínez en todos los pueblos, compuesta de hombres perversos que cometieron abusos incalificables contra la vida (de las personas), las propiedades y la honra de niñas inocentes. Diariamente informaban al mandatario el número de víctimas habidas en las 24 horas transcurridas y el despojo de bienes era tal que hasta las aves de corral quedaron agotadas. Las crónicas publicadas por distintas personas afirmaron que el número de muertos ascendió a más de treinta mil, pero en realidad no

bajaron de veinticuatro mil los asesinados Jamás podrán olvidarse los aciagos meses de diciembre de 1931 y los de enero, febrero y marzo de 1932

Hasta ahí llega el documento del general Bustamante Maceo Creo que no hay necesidad de hacer comentarios sobre él.

La sangre de todos esos miles y miles de inocentes asesinados y vejados todavía clama justicia, del cielo o de la tierra, aunque a los revolucionarios nos corresponde que esa justicia sea de la tierra Venganza no No somos revanchistas románticos sino pretendemos ser revolucionarios científicos que trabajamos con las leyes de la historia Buscar una simple venganza sería deshonorar a nuestros muertos. Pero sí debemos perseguir la justicia revolucionaria frente a tan espantoso crimen Y ella no puede ser otra que el logro de los fines últimos que perseguían las masas salvadoreñas al levantarse contra la injusticia social: un cambio de régimen social, la victoria de la revolución Hasta mientras no venga esa justicia Hasta mientras no venga esta justicia, nuestra nación, así se cansen de engañar al pueblo los demagogos nacionalistas, no podrán ser parte del mundo civilizado, de la humanidad libre y de cara al progreso ya que ha echado a andar en todos los confines de la tierra.

Pero no hay que esperar a que la revolución triunfe para ir aclarando al pueblo estas verdades de su historia reciente Incluso creo que mientras los sucesos del 32 no estén claros en la cabeza de los trabajadores salvadoreños, la vanguardia revolucionaria tendrá para su trabajo un obstáculo ideológico muy serio. Porque la calumnia sistemática contra los comunistas salvadoreños tiene ya casi cuarenta años Al tiempo que las fuerzas represivas disparaban los primeros tiro contra el pueblo, la prensa burguesa, la radio, los curas católicos, los maestros en las escuelas y la universidad, etc., comenzaban una campaña enorme (que no ha terminado hasta ahora y más bien se ha agravado con la incorporación de nuevos medios de difusión como las cadenas de radio y TV, el cine, etc) para tergiversar los hechos del gran crimen y echarnos a los comunistas todas las culpas de la matanza y de los incontables atropellos Desde entonces se comenzó a pintarnos como una horda de desalmados que entrábamos en las ciudades machete en mano, asesinando y saqueando, volándole la cabeza a los propietarios y violando a los vírgenes Se echó a correr, recuerdo, entre otras infamias, la especie de que los comunistas habíamos repartido entre nuestras filas unos bonos que daban el derecho de pasar la noche con la mujer que uno escogiera una vez que estuviera en nuestro poder la población de que se trataba La pequeña burguesía timorata temblaba en sus casas, pensando en sus ahorritos y en la virginidad de sus hijas Los oligarcas permanecían tranquilos y alardosos porque sabían perfectamente que se cometían en su nombre, contra las clases menesterosas. Los hechos son de una objetividad mayúscula, por otra parte. ¿Dónde están esos numerosos “vejámenes” cometidos por nuestras fuerzas en las poblaciones que cayeron en nuestro poder? Los “grandes abusos” contra las mujeres de la burguesía por parte nuestra nunca pasaron de uno o dos casos en que, por razones de extrema necesidad, los camaradas hicieron que incluso las “mujeres distinguidas” participaran junto a sus sirvientas y mujeres humildes voluntarias en la confección de comida para la tropa hambrienta Los muertos que nuestras tropas causaron fueron en combate o en defensa propia, con la excepción de uno o dos casos en que, como ya lo he reconocido, se cayó en un exceso criminal que desde luego nosotros habríamos sido los primeros en juzgar y castigar, en cuanto hubiera habido oportunidad Tampoco quiero decir que una insurrección popular

se hace con pinzas, algodoncitos y ceremonias. En una insurrección lo menos que se espera es que haya muchos muertos de ambos bandos y en una batalla las formas dematar no son bonitas ni mucho menos. Se insiste por ejemplo en que nuestros camaradas mataron bárbaramente a los guardias de la aduana de Sonsonate por que los mataron a machetazos y sus cadáveres estaban desfigurados. ¿Qué quería la burguesía? Los guardias de la aduana se defendían y nos atacaban a balazos y nosotros solamente teníamos machetes. ¿Qué debimos hacer? Seguramente para nuestros acusadores calumniosos, nuestros muertos sí eran “bonitos”, “civilizados”, “a la moderna”, porque murieron asesinados a balazos de ametralladora y fusil. Es el colmo ese reclamo y esa argumentación

Pero veamos los hechos de nuestra supuesta barbarie a partir del momento en que se hizo el llamado a la insurrección popular por parte del partido. Los datos de la propia prensa burguesa y reaccionaria y de los libros y folletos escritos al respecto por cagatintas o instituciones del régimen militar e inclusive de algunos estudios de especialistas anticomunistas norteamericanos, comprueban que los comunistas causamos los siguientes muertos en las acciones de insurrección o defensa ante la represión desatada

a) Dr Jacinto Colucho Bosque, su acompañante el señor Víctor Durán y (esto el único que lo dice es Schlésinger en su venenoso libro) el chofer que los conducía a ambos. Fueron muertos en la carretera de San Salvador a Sonsonate, al pasar por las alturas de Colón, cuando entre los patrulleros rojos que lo detuvieron hubo quienes reconocieron a Colucho Bosque como el propietario que los había tenido sometidos a trabajos forzados en la carretera a Chalatenango y era culpable de mil una tropelías, como yo pude deducir de los relatos que me hicieron los compañeros de celda antes de que nos fusilaran. Si el hombre no se defiende en la forma en que lo hizo, la cosa no habría pasado de un por de pescozadas. Desde luego, lo muerte no se justifica por la venganza y repito que nosotros habríamos juzgado a los culpables y deducido sus responsabilidades con el mayor rigor revolucionario. Pero si fuera verdad que estos camaradas que mataron a Colucho Bosque eran unos simples asesinos, “¿Cómo se explica —ya lo pregunté antes— que fuera a él y sus acompañantes a los únicos que mataron, si en sus manos estuvieron centenares de familias que pasaron en sus autos por el lugar, hacia San Salvador, hacia Santa Ana o hacia Sonsonate y que fueron sometidas a control comunista de tránsito?

b) El telegrafista de Colón cuyo nombre no se menciona y el comandante local y secretario municipal del mismo lugar, coronel Domingo Campos y Efraín Alvarenga, respectivamente. El telegrafista era odiado por la población porque era confidente de la policía y el comandante local era un esbirro tal, que mantenía perennemente emplazada una ametralladora pesada en la comandancia, apuntada contra la plaza donde se reunía el pueblo. Los tres murieron en combate, defendiéndose a tiros, no fueron asesinados como dicen las fuentes burguesas

c) El terrateniente Tobías Salazar, en el departamento de Ahuachapán, y el hacendado Juan Germán, en el mismo departamento. Fueron muertos al chocar y disparar contra patrullas comunistas.

d) Señor Miguel Call, alcalde de Izalco, y Rafael Castro Cárcamo, vecino de la misma localidad, que había sido candidato a la alcaldía de Chalchuapa. Fueron muertos en combate abierto, cuando trataron de impedir la entrada de las fuerzas comunistas en la ciudad.

e) Emilio Radaelli, comerciante y teniente de Juayúa. Coronel Mateo Vaquero, también de Juayúa. Con respecto a la muerte del primero hay varias versiones, algunas de las cuales dicen que fue muerto por sus enemigos personales, que aprovecharon la confusión y le robaron las famosas joyas que poseía y de las que nunca más se supo. Otros dicen que murió, pistola en mano, defendiéndose de los que suponía le iban a incautar sus bienes, etc. El coronel Vaquero murió en plena refriega, tratando de imponer su autoridad a balazos.

f) Murieron asimismo los ya mencionados guardias de la aduana de Sonsonate, que no pasaron de cuatro o cinco.

g) El teniente Francisco Platero, de las fuerzas represivas, que murió en las operaciones.

h) El mayor Carlos Juárez con dos de sus soldados y el general retirado Rafael Rivas, que murieron en combate en la toma de Tacuba.

i) En Nahuizalco fueron heridos los vecinos Alejandro Martínez, Alejandro García, Antonio Roca y Rafael Ramírez.

En total, pues, diecisiete muertos, más cuatro o cinco de la aduana de Sonsonate, veintiuno o veintidós muertos, y cuatro heridos. Ese fue el saldo en contra de la burguesía y de las fuerzas reaccionarias de la insurrección comunista de 1932 en El Salvador. Veintidós muertos, la casi totalidad de ellos en franco combate y el resto en circunstancias no del todo determinadas, y cuatro heridos, son las cifras que se nos pueden achacar a los comunistas en esta acción. El resto de los treinta mil muertos que hubo es culpa negra y eterna de la oligarquía y burguesía salvadoreñas, del ejército de la tiranía de Martínez, del sistema capitalista dependiente del imperialismo norteamericano que todavía subsiste en nuestro país. Como dijo, más o menos Marx, acerca de la represión llevada a cabo contra los comuneros parisinos, "la burguesía se vengó de una manera inaudita, del miedo mortal que había pasado". No se vengó del daño real que le hicimos, porque no le hicimos apenas ninguno.

Puede ser que haya habido más bajas, pero esas son las que ha dado y esgrimido siempre la reacción y ya se sabe que ella no desaprovecha para encajarnos cuanta acusación calumniosa encuentra a mano. Por otra parte, ¿dónde están las mujeres que violamos, los hombres que torturamos, los grandes saqueos que hicimos? Tuvimos tiempo suficiente para hacer y deshacer en numerosas ciudades, antes de que nos desalojara la represión. Por el contrario, salvo los daños causados por los combates, salvo algunas irrupciones violentas indispensables que apenas cobraron sustos y causaron destrozos, las ciudades que cayeron en nuestras manos fueron respetadas escrupulosamente, reorganizadas con prisa, incorporadas a una nueva manera de vivir siendo iguales los unos y los otros. En la prensa de la época y en todo lo que

se escribió desde entonces al respecto, sólo se habla del miedo, del temor, de lo que podría haber pasado, de lo que se imaginaban los comerciantes. Pero ¿dónde están nuestros atropellos contra las poblaciones que dominamos completamente por tres días y más? Claro está que habrá señorítingas para las cuales ayudar a echar un par de tortillas de maíz para un ejército de campesinos descalzos debe haber supuesto un ultraje mayor que la muerte, pero de ahí a aceptar que la conducta de los comunistas justificaba una represalia tan vasta, hay una distancia criminal que ni la burda soberbia de las clases dominantes salvadoreñas puede hacer desaparecer. Aún suponiendo que nuestras acciones hubiesen dado lugar a veintidós asesinatos verdaderos e indiscutibles, no hay palabras para calificar los treinta mil y más asesinatos que cometió el gobierno del general Martínez en nombre de las clases dominantes salvadoreñas. Y es que la gran verdad, la verdad de fondo, es que estas treinta mil muertes no estuvieron dirigidas exclusivamente contra nosotros, no estuvieron dirigidas a propiciar la destrucción del Partido Comunista de El Salvador, del partido que existía en 1932. Ese gran crimen se hizo para traumatizar y mutilar al pueblo salvadoreño para un largo futuro, para asegurar las condiciones del dominio oligárquico-imperialista en el país, para instaurar una "paz de cementerio" que fuera la base de una férrea dictadura militar como la de Martínez, que por cierto duraría nada menos que trece años. Fue un asesinato colectivo perfectamente planificado y maquinal y fríamente ejecutado y sus consecuencias fueron determinantes en la historia posterior de nuestro pueblo. Lo siguen siendo hasta ahora, según mi criterio. Treinta mil salvadoreños asesinados en pocas semanas, es el argumento más grande que tiene hasta ahora el anticomunismo en El Salvador. Y su manipulación ha sido sin duda alguna magisterialmente dirigida en el sentido reaccionario. Los años de dictadura martinista, la continuación del régimen militar hasta la fecha, el volumen de la propaganda imperialista durante décadas, la labor de los pulpitos, la escuela, etc., han logrado echar sobre nuestro honor revolucionario la carga terrible de aquel gran crimen, mientras los verdaderos criminales, los cuadros de mando del ejército fascista-imperialista que ha pasado por "ejército nacional de El Salvador", los burgueses que asesinaron a tanta gente, incluso por el mero gusto de probar sus escopetas nuevas en las filas de las tristemente célebres "guardias cívicas", los confidentes y los cobardes que hicieron de la denuncia un *modus vivendi*, los instigadores, los que pagaron la iniciativa militar con dinero constante y sonante, los curas que bendijeron las ametralladoras que diezmaron a nuestro pueblo humilde, esos, han estado casi sin interrupción en el poder político nacional en los últimos años largos, casi cuarenta años, unos siendo ya substituidos por los hijos o por sus discípulos, otros permaneciendo aún, a pesar de su edad, prendidos con dientes y uñas al presupuesto, mostrando una cara de ancianitos que ya comienza a hacer olvidar a nuestro pueblo el furor y la saña con que actuaron en 1932. A mí no me gusta andar con discursos, pero los recuerdos de aquellos días terribles me hacen hervir la sangre y me exaltan hasta hacerme echar lágrimas de furia. Si la verdad no fuera la que estoy exponiendo y si la verdad estuviera en manos del gobierno y de la burguesía, en sus versiones, ¿por qué es que sigue siendo prácticamente prohibido en El Salvador hablar de 1932? ¿Por qué hasta los periódicos de aquella época tremenda han desaparecido de las bibliotecas y hemerotecas, de los archivos de las mismas empresas periodísticas, que se ofrecen como servicio público? ¿Por qué nuestros historiadores y periodistas se siguen conformando con dar a la juventud la visión esquemática, falsa y criminal de "la matanza que en 1932 hicieron los comunistas", y no se atreven a plantear con pelos y señales la verdad desnuda? ¿Es que cuesta tanto aceptar que desde entonces

venimos siendo gobernados por un sistema absolutamente manchado por la sangre de nuestros hermanos, padres e hijos? Hay que decir que inclusive los comunistas hemos tenido una actitud profundamente negativa e incorrecta a este respecto. Independientemente de que desde 1932 nuestro partido ha sido sumamente débil, perseguido, reprimido, y ha trabajado en condiciones terribles, la verdad es que no hemos hecho todo lo suficiente para profundizar en aquel acontecimiento que formó la historia contemporánea de nuestro país. Y una cosa es cierta: que el comunista que no tenga claro el problema del 32, su significado y sus experiencias, no podrá ser un buen comunista, un buen revolucionario salvadoreño. Pero no se trata sólo de llevar la claridad a las filas selectas de nuestro partido. Debemos acabar de una vez por todas con nuestra "leyenda negra" a los ojos del pueblo y poner las cosas en su lugar. Inclusive en lo que se refiere a las graves responsabilidades políticas que nos corresponden como partido. Cuando estas cosas estén históricamente en su lugar, los comunistas salvadoreños también estaremos en nuestro lugar adecuado, como nunca quizás lo hemos estado antes en el país. Sólo entonces podremos enterrar de verdad y con honor a nuestros muertos. A los que murieron asesinados en los montes y las ciudades, a los que murieron en la clandestinidad, después de años de persecuciones, humillaciones y miserias; a los que se pudrieron en las cárceles, a los que se quedaron en las salas de torturas; a los que tuvieron que salir huyendo con los hijos a rastras, con una mano adelante y otra atrás, para Guatemala, para Honduras sobre todo, para Nicaragua y más lejos aún, buscando un lugar que les permitiera, algún día, olvidar tanto horror.

Algunos de estos aspectos, aunque ciertamente no todos, fueron introducidos en aquel informe preliminar que elaboramos en las reuniones de reorganización llevadas a cabo en Usulután, y que fuera enviado al extranjero, como ya dejé anotado. Quiero decir que en la actualidad estoy expresando puntos de vista en los que también ha tenido que ver la maduración del tiempo, la meditación de los últimos treinta y tantos años, la poca elevación que mi nivel político pueda haber experimentado. En todo caso, aquel informe recogía lo esencial, lo más urgente de poner en conocimiento del movimiento revolucionario internacional de la época.

Quisiera ahora decir unas palabras sobre los aspectos estrictamente militares de nuestra concepción insurreccional de entonces. Concretamente, sobre el plan militar que el partido se propuso desarrollar, el plan militar que iba a ser el esqueleto de la insurrección, de la acción para la toma del poder. El plan era sumamente sencillo, como correspondía a quienes lo elaboraron: los miembros de una dirección partidaria que no tenían conocimientos de estrategia militar ni de táctica militar, que no habían leído a los clásicos de la guerra y que no contaban, hay que recalcar esto lo más posible, con la experiencia internacional del presente. Para esa época ni sabíamos quién era Mao Tse Tung y los mariscales soviéticos que ganaron la segunda guerra mundial estaban en las academias o eran todavía tenientes, digo yo. El Che Guevara y Fidel Castro aún dos niños con dientes de leche. Es decir, no estaba elaborada la teoría de la lucha armada antiimperialista de los pueblos subdesarrollados y nuestro antecedente fundamental era la insurrección de los obreros rusos encabezados por Lenin, por medio de la cual se tomó el poder y se dio lugar al nacimiento de la URSS. El plan de nuestro partido se basaba en una idea central, que fue detectada tempranamente por el enemigo, como ya he dicho: la toma de los cuarteles principales del ejército en todo el país con el objeto de quebrar en lo fundamental las fuerzas esenciales del enemigo, en uso del factor sorpresa;

y con el de apoderarse del armamento liviano y pesado para entregarlo a las masas populares del campo y la ciudad y formar así el ejército Rojo de El Salvador. Una vez armados, estas masas se dislocaban convenientemente para tomar el control de todo el país, desde el punto de vista militar, administrativo y político, de acuerdo con las orientaciones y las formas organizativas indicadas por el Partido Comunista y las organizaciones de masas, etc. Para normalizar la vida institucional del país después de la toma del poder, éste pasaría en el nivel local a las manos de los Consejos de campesinos, obreros y soldados (soviets)

Para tomar los cuarteles y posesionarnos de las armas, nos planteábamos dos métodos distintos: 1º) La toma del cuartel desde adentro, que se daría en los casos en que en el interior del cuartel tuviésemos la organización comunista de soldados suficientemente fuerte, como pasaba en el Sexto Regimiento de Ametralladoras, la caballería, etc., en San Salvador. Estos contingentes habían recibido instrucciones de actuar antes que nadie, serían los encargados de abrir el fuego de la insurrección. 2º) La toma de los cuarteles desde fuera, o sea por medio de la Educación directa de las masas. También se contemplaban posibilidades de un caso intermedio: cuarteles que se tomaran por la acción de las masas pero con un apoyo limitado desde adentro. Cuando la fuerza interna no fuera suficiente para decidir por sí la situación. También se tuvieron en cuenta algunas variantes, de acuerdo con las particularidades de algunos contingentes especiales en alguna rama de las fuerzas armadas burguesas, como era por ejemplo el caso de la aviación. En este caso se había dispuesto la captura de todos los aviadores y su encarcelamiento, con la excepción del oficial piloto Cañas Infante, que se había mostrado en sus actuaciones como un hombre avanzado y progresista. A Cañas Infante pensábamos obligarlo a bombardear las posiciones del gobierno que resistieran el empuje de las masas o el alzamiento interno de los soldados.

Desde luego cada cuartel como objetivo en concreto tenía su propio plan de asalto o levantamiento, que contemplaba sus características especiales. Este plan asimismo incluía diversas maniobras para sorprender al enemigo, para reducir la efectividad de sus fuerzas o inutilizar su contraataque.

Para las acciones de la insurrección interna en los cuarteles, los soldados comunistas deberían actuar en unidades pequeñas, correspondientes a las células del partido organizadas, bajo el mando de comandantes rojos elegidos secreta pero democráticamente. Una vez que el cuartel estuviera en manos de las fuerzas revolucionarias y se procediera a armar al pueblo, cada soldado, comunista o simpatizante, habría pasado a ser, por regla general, Comandante Rojo de un grupo de cinco civiles, que a su vez quedaban supeditados a la célula militar de la cual provenía su comandante. Por su parte, el partido había ya nombrado comandantes rojos civiles que dirigirían a pequeños grupos para las operaciones en los departamentos de Sonsonate, La Libertad, Ahuachapán y Santa Ana. Incluso cuando se tratara de operaciones de gran envergadura masiva (por ejemplo, el asalto de un cuartel grande, como el Regimiento de Sonsonate) nuestras fuerzas actuarían internamente divididas en pequeños grupos con gran autonomía de acción.

La represión se desató antes de que hubiéramos terminado de coordinar a nivel nacional este plan y antes de que hubiéramos montado la organización mínima

correspondiente. Por eso fue que una vez capturada la dirección del partido y liquidadas las fuerzas comunistas dentro del ejército, la gran masa con que contábamos para la toma del poder en todo el país, quedó dispersa, desorientada, sujeta a instrucciones contradictorias, sin saber qué hacer. Desde luego que la falta de organización a nivel nacional no sólo fue causada por la avalancha represiva de enero de 1932, sino en general por las condiciones del clima de terror fascista impuesto contra todo tipo de organización popular y democrática a lo largo de 1931. Quiero aclarar: sí teníamos en funcionamiento, a duras penas, una organización a nivel nacional, pero exclusivamente para movilizaciones de la masa para actividades abiertas, no armadas, gremiales, economicistas, etc. Esas condiciones y la calidad amplia del movimiento de masas de El Salvador habían determinado asimismo que llegáramos a la etapa preinsurreccional con un alto grado de infiltración enemiga en nuestras filas, lo cual permitió al gobierno estar informado en lo esencial de nuestros pasos. La verdad es que fuimos excesivamente tibios en esto, pues muchas veces dejamos seguir militando en paz a traidores contra los que habían pruebas abrumadoras y a los que era indispensable aislar e inclusive ejecutar.

La falta de coordinación, la desaparición de la dirección nacional en el momento más álgido, el descuido en las medidas de seguridad conspirativa, la falta de organización adecuada a nivel nacional para las tareas netamente militares de la insurrección, fueron, creo yo, las principales causas del fracaso militar, base del fracaso total.

Habría que discutir, desde luego, si el plan militar mismo era adecuado o no, si daba margen a la flexibilidad ante el cambio de las circunstancias o no. Algunos piensan que aquel plan militar no era efectivamente un plan militar sino un esquema muy general al cual le faltaban los detalles. Yo estoy inclinado a estas alturas a creer eso, pero en todo caso se trata de un problema para especialistas en asuntos militares de la revolución. Creo que no me corresponde a mí entrar a hacer un análisis profundo y una crítica total en este aspecto. Solamente he querido adelantar una serie de datos generalmente desconocidos por los salvadoreños, que podrán ser examinados por nuestros camaradas más jóvenes y rendir buen provecho para el análisis. Yo no tengo las capacidades ni los conocimientos suficientes. Y creo que esta no es tarea de ninguna persona aislada, por capaz que sea, por bien formada marxistamente que esté. El resultado de un análisis individual frente a un problema tan complejo y tan concientemente enmarañado, será siempre parcial. Es que se trata de una tarea de organización revolucionaria, de partido, que los comunistas salvadoreños no hemos cumplido todavía. ¿La razón profunda? Hay muchas: desidia, exceso de trabajo, opiniones divergentes entre los camaradas a nivel de dirección partidaria, temor a las consecuencias políticas inmediatas que puede tener una labor de revelación de verdades tan serias en el seno de una situación dominada todavía por el enemigo de clase, temor a que la historia nos desautorice, poco dominio de los instrumentos de análisis marxista, criterios que nos alejan del estudio de los problemas históricos y de todo lo que no sea la elaboración de la línea política y de acción para la próxima semana, etc. Y sin embargo, insisto, se trata de una labor revolucionariamente indispensable. Por mi parte yo no le tengo ninguna clase de temor. Por el contrario, creo que sólo moriré tranquilo si mi partido y mi pueblo demostraran haber aprendido las lecciones fundamentales de la hecatombe del año 32.

APENDICES

CANDIDATOS A DIPUTADOS POR EL PARTIDO COMUNISTA EN LAS ELECCIONES DE ENERO DE 1932

- Por el Departamento de San Salvador:
Propietarios: Ismael Hernández, Federico R. Ayala, José María López.
Suplentes: Hermógenes Rodas Guzmán, Balbino Marroquín
- Por el Departamento de La Libertad:
Propietarios: Víctor Manuel Angulo, Lázaro Sánchez, Lino Argueta
Suplentes: Leonardo Luna y José Solórzano
- Por el Departamento de Santa Ana
Propietarios: Federico E. Delgado, Raúl Vides, Pablo Guevara
Suplentes: Juan Marroquín, Braulio Flores
- Por el Departamento de Sonsonate
Propietarios: Gregorio Cortez Cordero, Pedro Sergio de León, Luis S. Magaña
Suplentes: Tomás Mújica y Carlos Villafranca
- Por el Departamento de Ahuachapán:
Propietarios: Abel Antonio Cuenca, Alberto Cadena, Arturo Navas
Suplentes: Clemente Abel Estrada y Carlos Castillo

INSTRUCCIONES ELECTORALES DEL PC EN ENERO DE 1932 (Adjuntas a las planillas de diputados)

Este Comité Central ha acordado las siguientes resoluciones

1ª) Para el día de las elecciones todas las organizaciones deben portar sus respectivas banderas en las cuales deberá decir el nombre de la organización sindical, por ejemplo: "Sindicato de Trabajadores Agrícolas de los Amates", etc

2ª) La junta directiva deberá llevar una bandera roja adelante, sin ninguna inscripción, debiendo procurar que el desfile del comité a la alcaldía se haga en el mayor orden y en columnas de a cuatro en fondo, con separación regular entre una organización y otra

Cada Comité Ejecutivo Departamental deberá desarrollar en su más alto grado la agitación necesaria, a efecto de que estos camaradas salgan triunfando en las próximas elecciones de diputados; no deben, pues, desmayar ni un sólo segundo, y todos los trabajadores deberán apoyar nuestras candidaturas para así llevar al seno mismo de la asamblea, que es donde fragua sus complots el capitalismo, a compañeros que vayan decididos a defender los intereses de nuestra clase explotada. El triunfo es urgente, las masas deben ser movilizadas en su totalidad por la Comisión Nacional de Política Electoral del Partido

MANIFIESTO COMUNISTA PARA LOS SOLDADOS DE AHUACHAPAN

A los camaradas soldados:

Los obreros y los campesinos, todos bajo la dirección del CC del Partido Comunista de El Salvador, no tenemos nada que esperar del gobierno actual que está en manos de los ricos. Vosotros mismos conocéis que los camaradas del cantón Santa Rita están en una huelga por la que reclaman aumento de salarios, disminución de los terrajes que no les dejan casi nada a los trabajadores agrícolas. El capitalista Rogelio Arriaza y Rafael Herrera Morán, también capitalista, emborracharon a la guardia para que asesinara a los camaradas en huelga. El gobierno, siendo como es, de los ricos, ha mandado fuerzas para aplastar a los trabajadores. Vosotros, camaradas soldados, sois de nuestra clase explotada y no debéis disparar un cartucho contra los trabajadores. Los obreros, campesinos y soldados deben unirse para establecer el gobierno obrero y campesino. Vosotros debéis desconocer a los oficiales y jefes porque todos ellos están contra los trabajadores. Nombrad vosotros delegados para que entren en un acuerdo con nosotros. Acabemos con los jefes y oficiales del ejército de los ricos y formemos el Ejército Rojo compuesto de soldados y de jefes nombrados entre los mismos soldados. Ni un cartucho contra nosotros. Los delegados de los camaradas soldados deben recibir órdenes del Partido Comunista. El Comité Central del Partido Comunista nos llevará a la victoria contra los ricos ladrones.

Ahuachapán, enero 7 de 1932

SOCORRO ROJO INTERNACIONAL SECCION DE EL SALVADOR COMITE EJECUTIVO NACIONAL

(Confidencial y urgente)

Camarada

Esperamos que a la hora definitiva no se desanime ni lleve desaliento a las masas. Debe estar convencido de que los Estados Unidos mirarán con buenos ojos la insurrección y la atribuirán a una reacción del araujismo y en consecuencia nos reconocerán inmediatamente una veligerancia que de momento nos es indispensable, mientras tomamos las riendas del poder, que es nuestro objetivo, y después, ya con las armas en la mano y con la ayuda de los camaradas de toda América y en especial la de los camaradas de Estados Unidos, podremos enfrentar cualquier situación desesperada. La lucha es de vida o muerte.

Por las víctimas de la reacción y del imperialismo
Por el Comité Ejecutivo Nacional.
Ismael Hernández, secretario general

**PLAN QUE DESARROLLARA EL COMITE MILITAR
REVOLUCIONARIO EL DIA . DEL ACTUAL (ENERO)
EN LA LUCHA POR LA TOMA DEL PODER POR LOS OBREROS,
CAMPEÑINOS Y SOLDADOS, POR RESOLUCION DEL COMITE
CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR**

1º) Este CC del PCS nombra al Comité Militar Revolucionario que operará bajo la dirección de este mismo CC y queda integrado por los camaradas: .

2º) El Comité Militar Revolucionario queda facultado por este CC para organizar la insurrección inmediata planteada por este CC ampliado, en su sesión del 8 del actual

3º) Todos los miembros del partido quedan bajo las órdenes del Comité Militar Revolucionario a quien le deben la disciplina más severa

Enero 9 de 1932. Proletarios de todos los países uníos
Por el CC Octavio Figueira, Secretario General Interino

14 de enero de 1932.

**POR QUE EL SOLDADO DEBE TOMAR PARTE EN LA
REVOLUCION PROLETARIA**

Ante todo, el soldado es un obrero o un campesino a quien los ricos explotan en fábricas, talleres y campos. Todavía joven es llevado a los cuarteles, donde se le obliga a manejar un arma para defender las riquezas que como obrero o campesino le hizo a la clase rica. El descontento que el soldado siente en los cuarteles por la opresión en que vive, se debe a que el soldado, a pesar de las mentiras de los jefes y oficiales, siente que ellos son sus enemigos, porque esos mismos jefes y oficiales pertenecen a la clase que los explota en los talleres, fábricas y campos

Un ejemplo: el golpe del dos de diciembre del año pasado. En este golpe, el soldado comprendió que peleando al lado de sus jefes no consigue más que la mejoría de éstos, quedando él en la misma condición de esclavo; así vemos que mientras los jefes están bien, gozando de todo, al soldado no le pagan: mientras a los cadetes los han ascendido, el esclavo se está muriendo de hambre

Todo esto te hace comprender, camarada soldado, que tus intereses son los mismos de estas clases trabajadoras a quienes tus jefes y oficiales te obligan a matar, cuando en defensa de sus derechos, como son aumentos de jornales, disminución de horas de trabajo, disminución de terrajes, luchan por lo mismo que a ti te tienen sin sueldo el rico, o sea por la crisis que los ricos echan sobre las espaldas de nosotros y sobre las de ustedes mientras ellos viven como príncipes en grandes banquetes y fiestas

Por consiguiente, tu deber de hombre proletario, tu deber de explotado como obrero, como campesino o como soldado, es organizarte hoy más que nunca, porque tienes un arma en la mano que te permitirá ayudar de una manera efectiva a tu clase, que dirigida por el Partido Comunista llegará al poder para suprimir la explotación del hombre por el hombre

No dispares jamás un tiro contra tus mismos camaradas del campo y del taller. No atiendas a tus jefes y oficiales cuando éstos te manden a que te manches las manos con la sangre de los oprimidos, pues tú eras como ellos una víctima del capitalismo. Saluda a la bandera de la revolución y quíerela porque es la que te llevará a la libertad que durante tanto tiempo te han negado tus jefes y oficiales y el gobierno que es un criado de los ricos

¡Viva el Partido Comunista que llevará al poder a los obreros, campesinos y soldados! ¡Viva el Ejército Rojo en el cual el soldado tendrá los derechos de hombre y no será un esclavo como es el ejército manejado por los ricos!

**COMUNICACIONES DE MILITANTES DIRIGIDAS AL COMITE
CENTRAL DEL PARTIDO EN LOS DIAS ANTERIORES A LA
INSURRECCION Y UNA INFORMACION DIRIGIDA AL
COMITE MILITAR REVOLUCIONARIO DE
SAN SALVADOR**

I

Camarada jefe: quiero que se discuta de una manera amplia y a fondo, para definir un movimiento eficiente y de resultados efectivos, los puntos siguientes: 1) ¿Qué puntos hay que asegurar para el desarrollo de la contienda? Esto es de vital importancia, porque deben ser de una estrategia definida 2) ¿Con qué medios y elementos se cuenta, dónde estarán los lugares de aprovisionamiento o si no los hay? 3) ¿Cómo están organizados los diferentes sectores y quiénes los comandan para tener seguridad de unificar la acción? 4) ¿Cuáles deben ser los puntos de concentración de los diferentes sectores al iniciarse la acción? 5) ¿Qué medios más rápidos de comunicación deben adoptarse en los momentos necesarios 6) ¿Qué medios políticos deben emplearse con los habitantes de los lugares que se tomen? Esto también es de vital importancia 7) ¿Quiénes o quién dirigirá la acción puramente militar? 8) La hora matemática en que deben estar todos en su puesto Salud. (Fdo) **MAGON**

II

Santa Tecla, enero 14 de 1932 Al Comité Central del Partido Comunista Camaradas nuestros Este comité ejecutivo departamental pone en conocimiento de este comité que el cro Nicolás Gálvez, que el día 1º de enero del mismo puso su renuncia ante el comité por escrito con los puntos que siguen: 1) Que ponía su renuncia por escrito del cargo de secretario de organización para que se le aceptara sin discusión por motivo de su mala situación económica; 2) que tenía que buscar trabajo donde hallar y que se quería retirar de aquí sin zozobra, porque si quería volvía y si no, no, y ahora viene él a dar aquí una resolución del Comité Central del Partido Comunista y vemos que este compañero no tiene ninguna comprobante que lo acredite, así es que necesitamos que se nos conteste si está aceptado siempre como miembro del Partido Comunista. También informamos que aquí se nos ha dado la resolución de que en la insurrección armada se tome en cuenta el clero y vemos que esto nos daría mal resultado porque este pueblo no está controlado a base anticlerical sino sólo a base de antipatronato, pues también se nos informa

que en el Valle Limón están para organizar una entrada de carácter religioso y lo mismo en el Valle de las Granadillas Sin más, etc , José G Solórzano

San Salvador, enero 15 de 1932

Al Comité Militar Revolucionario
Ciudad

Rindo este informe porque lo creo de mucha importancia con respecto a lo tratado el 10 del corriente pues dijimos que ni a la madre más querida le diríamos pero parece que no acido posible cumplirlo porque andan muchos dibulgándolo diciendo que la cosa está seria y que se preparen esto lo sabe asta la misma policía también andan diciendo lo que se dijo que Claramout y la demás burguesía y burgueses había que liquidar sólo a los niños había que dejar también andan diciendo que nosotros contamos con la artillería cosa que a mí me parece incombieniente de andar con estas iluciones también aquello que se dijo que a Luis Díaz y Bondanza y demás que no se les comunicara lla lo saben y si así bamos me parece que no realizamos nada antes del tiempo un camarada quien me a dicho es quintanilla y quien le a dicho cullo nombre no lo sabe la filiación que da es así un compañero alto de Sombiero Extexson ay que aberiguar quien es el también les informó que lla ay un cuerpo de policía que estos tienen instrucciones de Liquidar sin tomar declaración a los agitadores por de pronto ay 22 agentes en estas condiciones

Sin más que siempre firmes.
Proletarios de todos los países Unidos.
Virgilio M Ramos.

CREDECIAL DE COMANDANTE ROJO

Partido Comunista de El Salvador
Sección de la Internacional Comunista
Comité Central

Este Comité Central nombra al CAMARADA Inocente Rivas Hidalgo COMANDANTE ROJO DE LAS FUERZAS DEL EJERCITO ROJO que operará en la Zona de ----- y en la toma de la ciudad de San Salvador, quedando bajo su absoluta responsabilidad la marcha de la lucha revolucionaria hasta el triunfo final contra la clase explotadora

Extendido en el Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador a los diez y seis días del mes de enero de mil novecientos treinta y dos

POR LA DESTRUCCION IMPLACABLE DE LA
BURGUESIA NACIONAL Y EL IMPERIALISMO

Por el Comité Central,
El Secretario General Interino
Octavio Rodríguez

111

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

(En la esquina inferior izquierda se ve un sello con una hoz un martillo y una estrella de cinco puntas y una leyenda circular en torno (con dos erratas) que dice: PARTIDO COMUNISTA/C.C. Sec Salvador III)

Según la policía y el Ejército, se recogieron más de mil quinientos de estos carnets

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR A LOS SOLDADOS DEL EJERCITO

San Salvador, enero 20 de 1932
Camaradas:

El Comité Central del Partido Comunista, se dirige a ustedes en los momentos en que las clases trabajadoras de la república comienzan la lucha armada por conquistar el poder que emplearán para libertarse y libertar a ustedes del yugo del capital y de los grandes dueños de tierras que hoy están condenando al hambre a muchísimas familias trabajadoras en fábricas, ferrocarriles, talleres, fincas, haciendas y demás empresas capitalistas con salario tan bajos que no alcanzan a remediar la miseria de todos los que producimos las riquezas

Ustedes mismos conocen las matanzas que los gobiernos de Romero Bosque, Araujo y Martínez, de acuerdo con los ricos y el imperialismo han hecho en los trabajadores de Santa Tecla, Sonsonate y Zaragoza y últimamente, el 5 de este mes, en el cantón Santa Rita, jurisdicción de Atiquizaya Ustedes conocen también que las huelgas que declaramos los trabajadores tienen por objeto obligar a los ricos a que nos aumente los jornales, pues no podemos vivir con los mismos pagos que siempre y ahora son miserables. Los ricos y el gobierno actual no quieren que los trabajadores organizados reclamemos derechos y por eso han matado y matan, han puesto presos y ponen todavía a cientos de trabajadores a quienes están mandando a la carretera de Cojutepeque a pesar de que las huelgas se hacen en la forma más ordenada

Este Comité Central ha guiado a los trabajadores en las elecciones municipales y de diputados. En todas las ciudades, villas y pueblos, todo el mundo se ha dado cuenta de que el Partido Comunista es el más grande de todos, habiendo obtenido mayoría de votos, como los mismos diarios de la clase rica lo han dicho; pero a pesar de esa mayoría el gobierno de Martínez, que es el criado de los ricos, no ha permitido que los trabajadores lleguemos a ocupar las alcaldías, ni puestos de diputados en la Asamblea Nacional

Comprenden los ricos y el gobierno que los trabajadores en esos puestos hubiéramos favorecido a nuestra clase pobre que toda la vida ha estado con el yugo de la esclavitud

Por estos motivos, el Comité Central del Partido Comunista tiene armados para lanzarse con ellos a todos los obreros, obreras, campesinos y campesinas para conquistar el poder y establecer un gobierno de obreros, campesinos y soldados, quienes por medio de Consejos en que estén representados los obreros, los cam-

pesinos y los soldados, tendrán toda l fuerza para aplastar sin piedad a los ricos y a la burguesía en general dando las tierras a los campesinos y soldados y protegiendo a los campesinos pobres que tienen su pedacito de tierra, puesto que nuestra lucha va contra los ricazos que tienen grandes fincas y haciendas y no contra los que tienen un pedacito apenas y no tienen ni siquiera donde morir

El levantamiento armado de las masas obreras y campesinas, dirigida por este Comité Central, debe encontrar en ustedes, camaradas soldados, toda la ayuda, todo el apoyo que son ustedes capaces de prestar como hermanos nuestros en la lucha a muerte contra los ricos explotadores, que son los mismos que los tienen a ustedes ahí condenados a la disciplina dura del cuartel, no pagándoles y ocupándolos sólo para oprimir a la misma clase de pobres a que ustedes también pertenecen

En cuanto el movimiento armado comience, en cuanto las grandes masas de trabajadores se levanten al grito de la revolución, deben ustedes nombrar delegados que recibirán amplias instrucciones del Comité Central

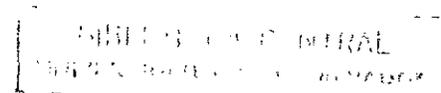
Deben nombrar Comités de Soldados entre ustedes mismos y a un soldado como Comandante Rojo, quien de acuerdo con este Comité Central los dirigirá en el movimiento. NO DEBEN DISPARAR NI UN SOLO TIRO CONTRA NOSOTROS; ¡VIVA EL EJERCITO ROJO! VIVA EL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO QUE ES EL JEFE DE LA REVOLUCION PROLETARIA! ¡ABAJO LOS OFICIALES Y JEFES!

MANIFIESTO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA A LAS CLASES TRABAJADORAS DE LA REPUBLICA: OBREROS, CAMPEINOS Y SOLDADOS

Camaradas:

El Partido Comunista, que es el Director del Proletariado hacia la victoria final que sólo podrá alcanzarse hasta que hayan sido suprimidas el hambre, la desocupación y todas las demás formas de esclavitud a que la clase rica y el imperialismo nos condenan a nosotros los trabajadores, ha sostenido para bien de los trabajadores una lucha encarnizada contra los gobernantes y los grandes propietarios. Primeramente los ricos y su gobierno trataron de desacreditarlo diciendo que el Partido Comunista era una banda de ladrones. Ladrones nosotros los trabajadores a quienes están matando lentamente, condenándonos a vivir en mesones cochinos, sin agua, sin luz, o en cuarteles hediondos o trabajando día y noche en el campo bajo la lluvia y el sol. Somos calificados de ladrones por exigir el jornal que se nos debe, disminución en las horas de trabajo y en los terrajes, que son tan grandes que los ricos se quedan con casi toda la cosecha, robándonos el trabajo

A las calumnias agregaron la muerte, los palos, las cárceles y la expulsión del país para camaradas luchadores de nuestra clase. Así hemos visto las matanzas de trabajadores y trabajadoras y hasta de niños y ancianos proletarios de Santa Tecla, Sonsonate y Zaragoza y en estos momentos en Ahuchapán. Nosotros los trabajadores, según los ricos, no tenemos derecho a nada, no debemos hablar. Nuestros perió-



dicos han sido suprimidos, nuestras cartas abiertas y robadas. En nuestra lucha por poner alcaldes y diputados de nuestra misma clase, a pesar de que el Partido Comunista es el más grande y disciplinado, el gobierno y los ricos descaradamente nos demostraron que mientras la clase rica no caiga del poder por la fuerza de todos nosotros, siempre seremos sus esclavos. En Ahuachapán, después que no dejaron votar a nuestros camaradas, la guardia, por orden de los ricos, los maltrató. Valientemente nuestros compañeros de Ahuachapán están con las armas en la mano defendiéndose de los asesinos.

En presencia de todo esto, el Comité Central del Partido Comunista, que representa la opinión de todos los trabajadores y trabajadoras de la República y que cuenta con el apoyo moral y material de todos los trabajadores del mundo, y bajo la dirección de la Internacional Comunista,

ORDENA:

El armamento de todos los obreros y campesinos y el establecimiento del Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador

La insurrección general de los trabajadores y trabajadoras hasta establecer un gobierno de obreros, campesinos y soldados

Camaradas obreros ¡ármense y defiendan la Revolución Proletaria! Camaradas ferrocarrileros ¡tomen los ferrocarriles y pónganlos al servicio de la revolución!

Camaradas campesinos: ¡tomen las tierras de las grandes haciendas y fincas y protejan al que actualmente tiene un pedazo de tierra y defiendan sus conquistas revolucionarias con las armas sin piedad para los ricos!

Camaradas soldados: ¡no disparen ni un sólo tiro contra los obreros y campesinos revolucionarios! ¡Maten a los jefes y oficiales! ¡Pónganse a las órdenes de los camaradas soldados que han sido nombrados Comandantes Rojos por este Comité Central!

Camaradas ¡formemos consejos de obreros, campesinos y soldados!

¡TODO EL PODER A LOS CONSEJOS DE OBREROS, CAMPESINOS Y SOLDADOS!

San Salvador, a 21 de enero de 1932 Dado en el Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador El Comité Central